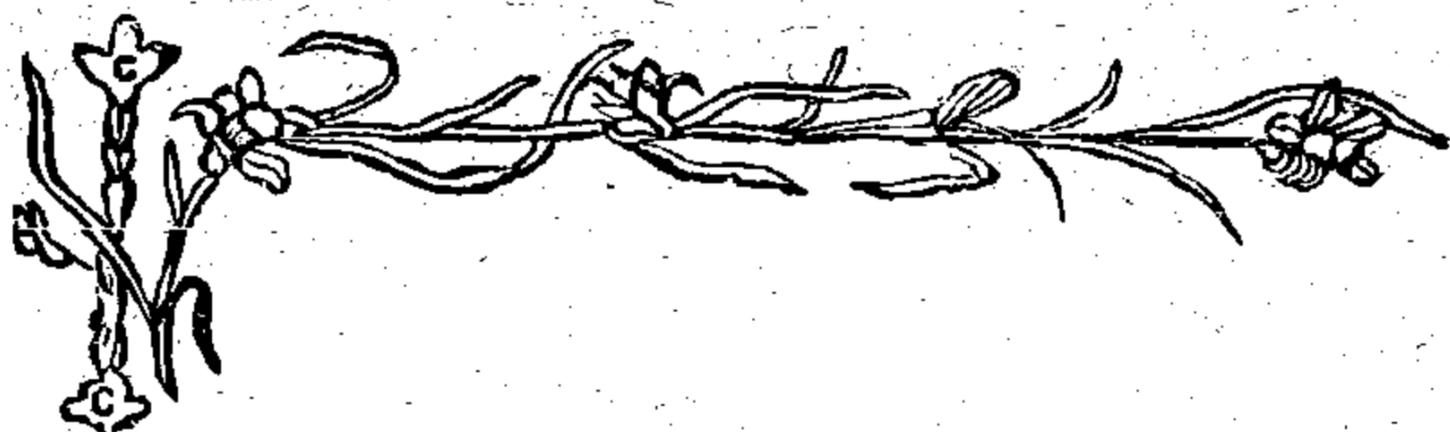


UN VERANO EN BORNOS



PRÓLOGO

Y para qué escribirlo, si el mismo autor nos le presenta en esa tan merecida como lisonjera dedicatoria que vais á ver al volver la hoja?

¿Qué menos son que un prólogo esas tres ó cuatro líneas en que nos revela su propósito? Y si *él*, bajo su firma, promete pintar en dos diferentes tipos de mujer la imagen de todas las virtudes domésticas, ¿habrá quien desconfíe de su palabra, y antes bien no se impaciente del retardo de disfrutar del placer que le espera?

Ya nadie ignora que de la paleta de tan sublime pintor así proceden los matices más suaves, como los colores más vivos y las tintas más aterradoras.

Esclavo tuyo soy, escritor insigne, desde que las fúnebres páginas de uno de tus libros

(LA FAMILIA DE ALVAREDA) penetraron en mi corazón arrancándome un mar de lágrimas. Desde entonces suelen mis ojos en sus horas tristes posar por largo espacio sobre aquel cuadro tan bello como doloroso; vuela mi pensamiento hasta el lugar de aquel terrible drama, y me figuro hacer gustosa compañía á los afligidos ancianos, y que el pobre mastín me reconoce por amigo de su perdido dueño.

No están las figuras de este otro lienzo destinadas á conmover nuestras pasiones; pero el dibujo es correcto siempre, el colorido es igualmente verdadero: como pintura de género es una obra bien acabada, si aquél como cuadro de historia es una obra maestra: el uno está iluminado por el siniestro resplandor del relámpago, y el otro por la luz decaeciente de una apacible tarde de verano.

Limitándose la presente novela á describir escenas de la vida real y ordinaria; desenvolviendo su argumento amores sin obstáculo ni intriga; siendo desde las primeras páginas fácil de adivinar el desenlace, ¿en qué consiste su interés? En la pureza de los sentimientos de RELIGIÓN y PATRIA, de que FERNÁN CABALLERO está siempre poseído; en la dulzura de

los afectos de familia; en la fidelidad con que retrata el suelo y las costumbres de aquel risueño país de Andalucía; en la amenidad de su estilo, franco, ingenuo, vivo, apasionado; siempre gracioso, siempre poético, ya interpretando el lenguaje de las aves, ya leyendo en la fisonomía de las flores, ya en la mirada de las estrellas.

En verdad, estos son atributos de todas sus novelas. Mas reservó para ésta, como distintivo, la originalidad (entre nosotros) de escribirla en cartas; y ciertamente que ni pudo hacerlo de una manera más hábil en su combinación, ni con más donaire y ligereza en la frase. Cartas hay que no son cartas, sino EPÍSTOLAS dignas de Argensola ó Jovellanos; y alguna, como la de Peñarreal á Félix de Veá, parece inspirada por la musa del divino RIOJA.

¿Quién de los escritores de nuestros días aventaja á FERNÁN en la manera de enseñar y corregir? ¡Qué sencillez en la expresión y qué profundidad de pensamientos! ¡Qué mezcla tan feliz y provechosa de lo festivo y lo patético! ¡Oh! Muchas son las veces, lo confieso, que, entregándome á la meditación que me sugieren algunos trozos de sus novelas, cautivo de

tanta galanura, hechizado por el prestigio de aquellas imágenes tan llenas de verdad y lozanía, le pregunté como quejoso:—Si tan rico y tan inagotable es el tesoro de poesía que tu mente y tu corazón encierran, á los que poetas nos llamamos, ¿qué nos dejas?..... ¡Ay! La desesperación de no poderte imitar, y el consuelo de palpar de adoración y entusiasmo al leer la menos interesante de tus obras.

Madrid 27 de Febrero de 1858.

EMILIO OLLOQUI.





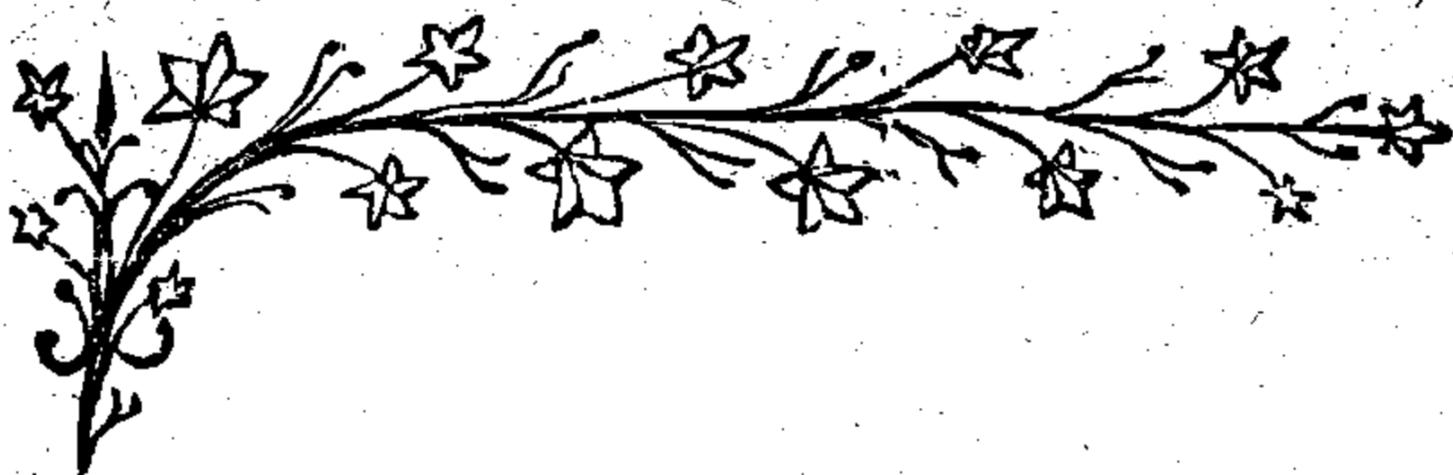
Á LAS SEÑORITAS

Doña Enriqueta y Doña Frasquita de Mora.

Al intentar, aunque no sé si lo habré logrado, pintar á dos jóvenes tan cultas como bondadosas, modestas sin afectación, dignas sin altivez, entendidas y sencillas, instruidas é inocentes, hijas amantes y respetuosas, hermanas tiernas y unidas, he buscado, para dedicar mi obrita, personas que reuniesen iguales circunstancias y méritos, y por eso á ustedes se la dedico. Aunque de tan escaso valor y de fecha atrasada, pues ha cuatro años que está escrita, espero que la indulgencia de ustedes acogerá con agrado su dedicatoria, por ser ésta una muestra de aprecio, de simpatía y de admiración á sus personas.

FERNÁN CABALLERO.





UN VERANO EN BORNOS

Lo que debemos pedir á los eventos de cada día no son *sensaciones* sino *enseñanza*.

ANÓNIMO.

(En el *Magasin Pittoresque*.)

CARTA PRIMERA

SERAFINA VILLALPRADO Á LUISA TAPIA

Bornos, 15 de Junio de 1850.

Hemos llegado con felicidad. Tú, que eres fina y distinguida en palabras, pensamientos y obras; tú, que encumbrarías gustosa la elegancia á una semivirtud, como lo hacen los ingleses tocante al aseo, hallarás este vulgar y trillado encabezamiento muy poco digno de una carta dirigida á ti; pero es lo cierto que mudarías de parecer y lo encontrarías tan importante como un artículo de fondo, si nos hubieses acompañado en nuestro viaje. Desde

Jerez hemos recorrido siete leguas por un suelo pedregoso, cortado por profundos barrancos, y atravesando campos despoblados, sin hallar ni aun una venta en que pedir un vaso de agua, y teniendo que pasar por entre toradas bravas y amenazadoras. Y aun mejor lo comprenderías si, unido á todos estos motivos de angustias, tuvieses, como yo, la debilidad de tener miedo en coche, y la desgracia de sentir una dolorosa, profunda y vehemente lástima á los pobres animales que nos sirven, y á los que tan inicualemente paga el hombre sus servicios, ya por el bárbaro trato que les da, ya por el cruel abuso que hace de sus fuerzas.

No quiero ni aun recordar lo que sufrieron los pobres caballos que arrastraban la pesada berlina. Destroza mi corazón é indigna mi razón el cinismo de crueldad que sin freno alguno se enseñorea en España, sin que se le ponga más cortapisa que algunas gacetillas en los periódicos, en las que nadie para la atención, porque lo bueno tiene la desgracia de pasar siempre desapercibido. Yo, Luisa, que tanto medito sobre este escándalo, y veo que tantos gobiernos como se suceden, nada han hecho ni hacen en este ramo de verdadera y bien entendida civilización, no he podido hallar más medio de imbuir sentimientos de humanidad al vulgo, y de atajar poco á poco este arraigado barbarismo, que el que se inculcase

desde el púlpito la caridad, extensiva á todo sér á quien Dios dió la vida y con ella la facultad de padecer. Sólo bajando de esa santa cátedra tiene la palabra del hombre esa fuerza moral, ese poder de convicción contra el que en vano lucharán todas las demás cátedras que no cubre con sus alas el Espíritu Santo. Puede ser que lo que digo sea un despropósito, y hasta una irreverencia; pero Dios sabe que si yerro es por exceso de lástima, y así se me debe perdonar. La lástima es el amor más puro. Pero dejemos la cuestión de la suerte de los animales, que tanto preocupa mi corazón, y que es tan trascendental, que la aparto de mi inteligencia, porque á veces la confunde. ¡Sufrimiento inmerecido y sin compensación! ¡La antítesis de lo que la justicia y la misericordia divina han establecido! Es un absurdo en la esfera de las ideas, una monstruosidad en la de los sentimientos, y no puede ser cosa permitida ni religiosa ni moralmente.

Vengamos á Bornos, esto es, al oasis después del desierto, puesto que tanto tú como nuestra querida aya Carolina Meridal han deseado que lo describa detalladamente. No vayas á creer que estamos metidas entre breñas, alcornoques y lobos, no. Bornos es un serrano oculto y ataviado, que posando aún sus pies entre las doradas mieses del llano, corona su cabeza con las hojas de la verde encina y

con la rosada adelfa de las montañas. No se ostenta anticipadamente como curioso ó deseoso de ser visto: el viajero, al acercarse, tiene que bajar la vista para mirarle. Vense allí montes de todos tamaños, á todas distancias y en todas direcciones. Uno de estos montes, romo, escueto y de poca altura, se alza y prolonga á la derecha del pueblo, y lo separa de Arcos y su término como un muro colosal, viejo, pero indestructible. Al frente y á la izquierda del pueblo vuelve á bajar el terreno hasta que forma un cómodo cauce al Guadalete, volviendo después á empinarse, como si tirase de él el San Cristóbal, picacho que se encasqueta la sierra como un gorro griego. Engalánase el encumbrado gigante de tintes, ya morados, ya oscuros, blancos ó rosados, según place al sol, ó bien se envuelve en nubes, como Júpiter, para ocultarse á la vista de los mortales; y es tal su altura, que puede decirse con Monroy:

Pirámide inmortal del horizonte,
Tan alto, que sus huellas
Dejan en él impresas las estrellas:
Tan alto, que la nube más volante
De corona le sirve ó de turbante.

Este pueblo es muy lindo, y tiene un indisputable *aire señorito* (así traduzco el *comme il faut* francés). Se deja ver que la esplendidez con que Cádiz en otros tiempos esparcía y aun

tiraba el dinero, lo hizo llegar hasta este apartado lugar, al que vendrían aquellos millonarios que sabían serlo, á buscar el bienestar y la salud que procuran sus aires puros, sus hermosas aguas y los baños de su río, suaves y tónicos á un tiempo, por afluir á él en estas cercanías algunas fuentes minerales. Vense aquí muy buenas casas, conventos é iglesias. Á mí me ha sentado muy bien; mis insomnios son menos, y mi desgana igualmente; los baños, sobre todo, han calmado mis nervios y desterrado mi dolor convulsivo de estómago; he embarnecido, he perdido la palidez romántica y el aire lánguido que han inspirado tantas composiciones en el mismo género á nuestro poeta Efigenio. Dile, pues, que quite el bemol á su canto y el pedal á su arpa para cantar los favores con que me han obsequiado las náyades y los céfiros de Bornos. ¡Ay, Luisa!..... Si no fuese por la inquietud en que estoy por los riesgos á que están expuestos los que forman parte de la expedición de Roma, ¡qué temporada tan grata y tan simpática á todo mi sér pasaría aquí!

Hoy por fin, después de mucho tiempo, he tenido carta suya; nada habla en ella de volver: ¡hace cuatro años que está ausente; pero le ocupa la *gloria* mucho más que su amor á su prometida! Luisa, dime, ¿qué es gloria? ¿Es la faja de general? ¿Es una cruz? ¿Es la

fama? ¿Es que de nosotros se hable después de muertos? Nada de eso me parece de gran valor, ni que merezca tan retumbante dictado. ¿Será que el sentido de esa palabra sea tan masculino que no lo puedan apreciar nuestros alcances femeninos? ¿Ó será más bien que hay asuntos morales, como hay objetos materiales, que no pueden considerarse microscópicamente sin perder su prestigio y parecer otros? Prefiero la estimación á la gloria, Luisa. Esta no puede sostenerse sin la primera; pero la estimación no necesita de la gloria para realzar al que la merece; al contrario, suele deslustrar su frescura, como lo hace el sol con las flores que alumbra. No le acuses al poeta ni le repitas esta mi opinión, que tú llamarás, como sueles hacerlo, una de mis ideas violetas, sin altura, sin garbo y sin brillo. Ten presente que la gloria es mi rival afortunada, que me roba hace ya cuatro años al que ha sido el amigo de mi infancia, al que es amado de mi juventud y al que será el compañero de toda mi vida, y disculparás que mire á esa competidora con muy poca simpatía.

SERAFINA.

CARTA II

LUISA TAPIA Á SERAFINA VILLALPRADO

Cádiz, 20 de Junio.

¿Conque ese lindo Bornos, rodeado de montes como de una guardia de honor, ha borrado á tal punto tus nociones sobre las cosas que privan en la palestra del mundo, que me preguntas qué es gloria? ¡Vive Dios! Tal pregunta en la boca de una futura nuera de Marte no la disculpa ni aun el hacerla en la montaña. He querido satisfacer tu pregunta á renglón seguido; pero como muchas cosas que nos entusiasman y extasían, al quererlas definir, se escapan á la torpeza de nuestro análisis como agua entre las manos, me hallé que como no conozco á esa gran señora sino de oídas, no podía describírtela exactamente. Por lo cual he dicho al poeta que te la defina; y él, con tal motivo está en conciliábulo con las nueve hermanas, para darte una respuesta que esté á la altura y sea digna de la pregunta. Por mí no puedo decirte otra cosa sino que cifro la gloria mía en tu amistad, mi Serafina.

Dices que tienes una rival en la gloria, y yo á mi vez me devano los sesos para descubrir cuál será el rival que tiene Alejandro, porque

estoy persuadida que le tiene. ¿A qué novia, lejos de su prometido y sabiéndolo en peligro, que es otro ítem más, se le abre el apetito —lo que es una vergüenza, —engorda —lo que es una ignominia, —trueca los jazmines de su rostro en rosas —lo que es un contraamor, —duerme —lo que es un prosaísmo de ochenta navidades, —y está tan contenta —lo que es un *sarcasmo*? (Esta palabra está de moda: me muero por ella; Síñigo (1) hace unos caramelos á lo *sarcástico* que despacha á millares.)

Repito que estoy persuadida de que Alejandro tiene un rival: no sé si será ese San Cristóbal que se va á conversación con las nubes; ese Júpiter, como tú le llamas, que continuamente estrena vestidos de diferentes colores para agradarte. Si no es él, es de cierto la nieve que lo cubre, que se refleja en tu corazón como en un espejo; porque ello es que tu amor es un manso río con poca corriente, como el Guadalete de tu valle; es un cielo muy despejado sin la más mínima tormenta, como el que cobija ese cielo; una flor sin colores ni matices, como la azucena. Te pronostico que no brillarás entre las Eloísas, Safos, Medeas y Armidas.

Tengo un repertorio de chismes y de noticias de modas, con las que poder dar un gran interés á mi carta; pero como me temo que

(1) Confitero afamado de Cádiz.

con tu prematura formalidad no las leas, no quiero escribir chismes ni describir modas para el obispo. Una sola cosa te diré, porque es la que más ocupa á Cádiz hoy: no es el camino de hierro, ni la franquicia de puerto; es la llegada de mi primo Félix de Veá, que después de haber viajado mucho tiempo, viene á recoger la pingüe herencia que le dejó su padre. Es ciertamente un joven completo, y lo que más agrada en él es que, al adquirir en sus viajes buen trato, mundo, ilustración y saber, nada ha perdido de su gracia y naturalidad españolas. Y puedes creer que no dicta estas palabras el cariño que le tengo, sino la justicia: se le lleva en palmas; no se habla en todas partes sino de Félix de Veá: le he pronosticado que veremos su traslado en los abanicos de calaña, que es el apogeo del aura popular.

Mi hermana Teresa, que tiene, como sabes, una desgraciada propensión á picarse, lo está mucho con Primitiva porque no le ha escrito; díselo para que enmiende su yerro, y que sea una carta suya un tafetán inglés sobre esta herida.

Adiós: háblame de la casa en que vivís, de lo que hacéis; y dime si tenéis ahí con quién tratar, y tu madre con quién jugar al tresillo: deseo que no, para que os volváis cuanto antes.

LUISA.

CARTA III

PRIMITIVA VILLALPRADO Á TERESA TAPIA

Bornos, 25 de Julio.

Me ha leído Serafina lo que le escribe Luisa sobre estar tú muy picada conmigo porque no te he escrito: es éste un pique inmotivado é intempestivo. Antes de venirnos te advertí en un aparte que tuvimos en el balcón, metidas entre las macetas de pinos, como los ladrones entre los pinos de los pinares, que el mayor encanto que tenía para mí el viaje que íbamos á emprender, era proporcionarme un completo divorcio con las lecciones, plumas, mapas y libros, tiranos de que he sido víctima desde mi más tierna infancia, gracias á nuestra aya Carolina Meridal, á quien, á pesar de eso, quiero de todo mi corazón; esto se llama anomalía (no olvides esta palabra, que es muy distinguida). Te dije — y si no me crees, preguntaselo á los pinos, que no lo habrán olvidado — que me prometía gozar ampliamente de la recientemente canonizada libertad y de las delicias campestres. Veinte días he disfrutado de ambas excelencias; las plumas han dormido como marmotas sin sus feísimas caretas negras; el papel ha rivalizado en tersa

blancura con las azucenas; yo he hecho lo que he querido, como los pájaros, cuando ha venido tu pique á interrumpir y dar en tierra con nuestro dulce *farniente*. Ahora te advertiré, como mayor que soy (pues no ignoras que tengo diez y siete años, siendo así que tú apenas has cumplido los diez y seis), que Carolina Meridal dice que el picarse no es solamente señal de tontería, sino también de amor propio; y yo añadiré con franqueza—que es una virtud *primitiva*, y por consiguiente me está identificada—que el picarte te sienta muy mal á la cara. Cuando estás picada, tus ojos parecen dos faroles de los que había antes que se hubiese introducido el gas; tu boca un acento circunflejo, y todo tu talante el de una muñeca de goznes: pierdes ciento por ciento. He dicho.

Voy, pues, á escribirte; pero ten entendido que no me mueve á hacerlo tu pique, el que no me ha hecho gracia ninguna, pero sí el obedecer á Carolina Meridal, que me lo encargó para adiestrarme á expresar mis ideas sobre el papel; aunque á la verdad, me parece que mis ideas no merecen semejante trabajo. Lo haré porque considero que tiene razón Carolina cuando dice que tendré precisamente que escribir cartas en el trascurso de mi vida; y como una carta no se puede escribir como el poeta Efigenio confecciona sus versos, esto es, sin ideas, sean éstas buenas ó malas, salgan de

adentro ó préstenlas los objetos que nos rodean, ello es que es preciso aprender á expresarlas por escrito, claritas, con lógica y sin faltas de ortografía.

Después de esta previa introducción, empezaré mi carta por lo primero, y no por lo último, como me gusta empezar los libros.

Bornos me agrada mucho: es alegre como un cascabel, florido como un jardín, y lo riega la sierra con sus aguas con el mismo esmero que tú tus macetas de adelfa. Nos ha sentado muy bien á todos, y en adelante no podrá Efi (omito el genio por abreviar) llamar á mi hermana Serafina *Cerafina*, porque ha adquirido un color como una rosa, y no parece ya poderse quebrar de un soplo. Mi madre está contenta porque tiene su partida de tresillo. Juegan con ella tres individuos que la suerte ha reunido en Bornos para mi solaz y mi alegría. Si fuese reina, los hacía mis pajes para tenerlos siempre á mi lado, y preservarme así de toda melancolía, *spleen*, tristeza, hipocondría, *diablos azules*, *saudades*, humor negro y demás ictericias morales, indígenas ó exóticas.

El primero es un hijo de Esculapio, un viejecito que parece hecho de alambre, que lleva una peluquita de pelo rubio, lacio y corto, el que se llama D. Pío Maté. Aunque este apellido no tiene acento sobre la e, yo se lo he colocado por tener el gusto de repetirle todos

los días que su apellido, puesto en el epitafio que ha de eternizar su memoria, no le recomendará como médico á las generaciones futuras. No querrás creerme cuando te diga que su peso es tan leve, que un día que soplabá recio se lo llevó el viento; pero te convencerá de este hecho el saber que desde entonces nadie le nombra en el pueblo sino D. Pío Viento. Como es todo espíritu, se exalta con facilidad, y esto sucede cada vez que se habla de Broussais, de la hidropatía, y sobre todo, de la homeopatía. En nombrando al doctor Hahnemann, se pone fuera de sí. Para él no hay sino tres medicamentos: quina en polvo, quina en infusión y quina en píldora.

El segundo es un administrador, no sé de qué renta, ramo, contribución, caudal ó cosa que necesita administrarse. Tampoco sé decirte, porque no me ha interesado averiguarlo, si está en ejercicio, si vacante, si separado, si en *disponibilidad*, si cesante ó si jubilado; lo que está de cierto es *de sobra*. Este señor es de muy pocas palabras, no porque le falte amabilidad, sino porque le faltan ellas: resulta de esto que suele acabar las frases que ha empezado con una porción de inofensivos y prudentes, etcéteras, que empiezan rápidamente y recio, y van bajando al piano, pianino, pianísimo. Tiene un vientre y una nariz muy respetables, si es que se respetan las cosas por su tamaño; trae siem-

pre puesto un frac negro, que es, con alguna que otra estatua romana mutilada, las anti-güedades de que se envanece Bornos. Mientras no juega, no sabe qué hacer con sus manos, y las cruza sobre el vientre, haciendo dar vueltas á sus dedos pulgares alrededor el uno del otro. Se llama D. Bonoso Rincón.

El tercer tresillista es el comandante de armas, ex-alabardero de la reina María Luisa, que, según dice, le quería mucho, y le llamaba *el buen mozo*: por ahí podrás apreciar el grado de jactancia, la manera de mentir y de ponderar del comandante D. Cristóbal Tamaño. Te diré cómo define el tío Miguel, jardinero y casero de esta casa, que es un viejecito muy chusco, á estas tres notabilidades.

—«Señorita—dice,—el comandante, cuando resuella, parece que no cabe en el mundo; pero no es de paño fino, y á lo mejor descubre la trama. Los *pináculos* (1) dicen siempre á la corta ó á la larga; que han comido con cuchara de palo.» De D. Pío dice «que tiene más *sen-*
cia que cuerpo, pero que es como el P. Peña, que leía siempre en el mismo misal». Y de don Bonoso, «que es bueno para colación, porque

(1) *Pinos* se suelen llamar en los cuerpos facultativos del ejército á los oficiales que no son de aquella clase y ascendieron desde soldados. De pino se ha derivado aquí *pináculo*, con la misma ó análoga significación.—
(N. del E.)

no es ni carne ni pescado, ni es zorra ni lobo, y no arrima ni bochea».

También te pintará sus caracteres la manera que tiene cada cual de nombrarme: D. Pío, á lo viejo, me llama *niña*; D. Bonoso, respetuosamente, *señorita*; y el Comandante, á uso del mundo, me llama *Primitivita*.

Ya estás, pues, al corriente de cuanto nos rodea; sabes lo que es Bornos y nuestros tertulianos. He escrito tanto, que mi pluma me pide alafia, y el papel misericordia; mas espero haberte despicado; con lo que volverán á brillar tus gracias, tu hermosura y tu buena educación, que eclipsan lastimosamente tus piques.

En mi amistad hacia ti no hay eclipses; es inalterable como un brillante. ¿Qué oigo?..... ¡Las campanas que despiden el día tocando la oración! La tarde se me ha ido en pluma de hierro. ¡El ángel del Señor anunció á María!.....

PRIMITIVA.

CARTA IV

CARLOS PEÑARREAL Á FÉLIX DE VEA

Bornos, 24 de Junio.

He recibido tu carta, y te diré como Balzac: «Hállome feliz en saber que echas una mirada amiga sobre mi existencia, á la vez florida y

desierta.» No podrás creer tú, que vives en la más fastuosa disipación, que cuando leía tu amistosa carta, en la que te conduces de mi suerte, me hallaba contento en este silencioso albergue, que cobija el cielo más brillante, que alegra el canto de los pájaros, y al que dan las flores que cultivo la más genuina elegancia y el ambiente más embalsamado. En el gran naufragio de mi existencia he salvado dos tesoros, Félix: la pureza de mi conciencia, y la paz de mi alma; y con estos tesoros no se puede ser infeliz. Dios es tan benéfico, que nunca prueba á sus hijos en el infortunio, sin que le acompañe una compensación como alivio; y á fin de que no hubiese dolor sin consuelo, creó el perdón, para que enjugase las amargas lágrimas del arrepentimiento.

Es cierto, querido amigo, que el Señor ha asentado su mano sobre nuestra estirpe. He visto morir á mis dos hermanos en la gran lucha de principios que volvió á teñir de sangre el suelo aún húmedo por la vertida, al expulsar las poderosas huestes del gran usurpador; he visto bajar en la flor de su vida á la tumba á esos dos héroes, sin que la señale un epitafio que recuerde su nombre ilustre, ni una cruz que atestigüe que eran cristianos! Mi madre y dos hermanas pequeñas murieron en el cólera, sin que cerrasen sus ojos las manos de un padre, de un hermano ó de un marido. Vi ex-

tinguirse á mi padre en el destierro, repitiendo hasta su último aliento, con la firmeza de la fe, pero sin la soberbia de la jactancia: «¡No transige la conciencia!» Y cuando yo, pobre peregrino, volví á la abandonada heredad que nos legaron nuestros antecesores, ¡no hallé sino ruinas! Sólo y aislado entre éstas, como quedaría la última columna de un palacio devorado por las llamas, ¿qué puedo hacer sino esperar tranquilo á que el tiempo me acueste al lado de las otras, y que, cual la yedra á ellas, el olvido nos haga desaparecer para siempre?

No consideres estas palabras inspiradas por la melancolía, que es una debilidad del corazón; míralas como dictadas por la conformidad, que es una fuerte hija del alma. Así sucede que vivo tranquilo, porque, en mi sentir, hay más satisfacción para el hombre en haber empleado sus fuerzas según su conciencia, que en el goce de las ventajas materiales que hayan podido proporcionarle. Bernardino de Saint-Pierre ha dicho: «La continencia y la temperancia del hombre aseguran su salud; el desprecio de la vanagloria y de las riquezas, su reposo; y la confianza en Dios, su valor.» En vista de que mis recuerdos no despiertan en mi corazón como reflejo de lo pasado sino amarguras; puesto que mi agitada existencia ha pasado sin goces, como un rosal con hoja-

rascas y espinas que se seca sin florecer, nada deseo ni nada echo de menos, y dice el sabio pueblo que todo lo tiene el que nada desea.

No esperes, pues, convencerme, con las razones que te dicte tu amistad y la parcialidad que tienes por mí, á que me ofrezca al Gobierno para que me coloque en el puesto que crees debo ocupar en nuestra patria, entrando así en la gran palestra de la vida activa. No hallo placer, necesidad ni ventajas en lo que en vuestro lenguaje del día se llama *figurar*, y hallo más dulce y encumbrada satisfacción en la independencia, que es la más noble aristocracia personal. Dice Confucio: «Subí á la montaña de Tam-Sam, y el reino de Sú me pareció pequeño; subí al monte de Tai-Sam, que es más elevado aún, vi el Imperio, y ¡me pareció pequeño! Así sucede al cuerdo, que mientras más se eleva, más pequeños le parecen los bienes de la tierra.»

Colítese por cuanto me dices, que crees á la superioridad incompatible con una pobre y modesta posición, á la cual hace odiosa é insoportable; al contrario, la superioridad, traída á un pequeño y obscuro círculo de acción, no lo desprestigia, sino que es una joya que lo ameniza y enriquece. Y no pienses que digo esto con intención de remedar á un Cincinato filósofo; soy sencillamente el último Peñarreal, que viene á morir en la cuna de su raza, como

muere la última hoja de un árbol al pie del tronco de que nació.

Además, no me creas pobre; paso aquí por un hombre bien acomodado; todo es respectivo! Aunque te escribí que á causa del abandono de mis antecesoros y por la dilapidación de un infiel administrador, lo sólo que de mi caudal hallé existente fué la arruinada casa solariega, un olivar que estaba perdido, y una huerta tan bella como improductiva, he arrendado las tierras que fueron olivar, y que me dan mi renta más lucida, consistente en dos mil reales; y con el producto que rindieron el resto de los perdidos olivos, reparé cómodamente la casa de la huerta en que vivo. Ramón y yo la cultivamos, y éste me vende á un precio fabuloso sus productos; él quisiera— aunque no me lo dice, porque es de pocas palabras— que cada naranja se volviese una onza, y cada damasco un doblón.

Como ves, tengo lo suficiente, y te agradezco tu generosa oferta de anticiparme el dinero que necesitaría para sostener los pleitos, que son el solo medio de recuperar mi usurpado caudal. Nunca he tomado prestado; ¡tanto, que para enterrar á mi padre vendí el retrato de mi madre! Félix, la humillación de la pobreza no existe mientras no la estereotipa vergonzosamente la deuda.

¡Cuántas gracias tengo que darte por la re-

mesa de publicaciones nuevas que me has traído de París! Mucho bueno hay entre ellas; pero..... ¡cuánto fárrago! Y no he podido menos de hacer la reflexión de que nada de lo bueno es conocido aquí en nuestro país, y sí todo lo malo, que hasta traducido está; así he exclamado con Zorrilla:

Un viento extranjero, en libros,
 Y pinturas y diarios,
 Pensamientos incendiarios
 Nos traía sin cesar:
 Y sus átomos lanzados
 Por campiñas y ciudades,
 Un germen de novedades
 No cesaban de sembrar.

Has completado en Cádiz la remesa que ha venido á enriquecer mi ya lucida librería, la que con el retrato de mi padre se ostenta en la pieza de gala de mi casa. Esta pieza..... Pero nada te diré del nido que me he labrado, porque quiero dejarte por completo el placer de la sorpresa cuando me hagas tu prometida visita. Sólo te diré que en esta pieza paso los ratos más suavemente apacibles y tranquilamente entretenidos. En ella, y sentado en un rústico, pero cómodo sillón, paso tardes de indefinible bienestar. El trabajo da una dulzura al reposo, que no llega á comprender el que no se cansa. Soy un gran floricultor, y poseo una rara colección de flores, las que todas me son-

ríen ante mi ventana, y al soplo de la brisa parecen saludar á su bienhechor. Por la abierta ventana se entran las enredaderas que he plantado, y me presentan sus flores como una madre á sus hijas; algún jazmín curioso se apoya en mi hombro para leer á la par mía las poesías que celebran su encumbrada jerarquía; ante mí mece una madre selva una de sus flores como un incensario.

Si alzo la vista, el sol, que se inclina á espaldas de mi huerta, lanza de frente sus rayos sobre los montes, pero no alcanzan á iluminar la vega, en que aparecen en una suave medianta el río escoltado por sus adelfas, y las amarillas mieses, entre las que se mueven los segadores: más allá se agitan y susurran las verdes cañas, que por más que se apiñan, no llegan á resistir al menor impulso del viento: á la derecha, métese el río por entre dos montes, que le oprimen como un embudo, hasta que llegan á encontrarse, pero no se unen, para dejar un paso á las aguas, el que es tan estrecho, que lleva por nombre la Angostura, y por ésta pasa el río como una hebra de hilo de plata por el ojo de una aguja: al pie del monte, escondidos entre naranjos y árboles frutales, algunos molinos le aguardan traidoramente como alguaciles, para prender sus aguas y azotarlas sin piedad. Esta vista, tan hermosa como apaciblemente alegre, dilata mi alma y

me sonrío suavemente, como resplandece la luz de la luna. Estos encantos de la Naturaleza son tan ciertos, tan naturales y simpáticos á las sensaciones primitivas del hombre, que no podrán nunca los goces ficticios de vuestros apiñados y ahogados centros de población extinguir su encanto ni excederlo.

Cuando la puesta del sol derrama su vivificante frescura, salgo á dar un paseo á la orilla del río, en el que mi fiel *Tritón*, mi perro de Terranova, se solaza con las delicias del baño. Cuando vuelvo, hallo mis flores regadas, ó bien (según la estación) mi chimenea encendida y mi frugal cena preparada por Ramón. Pero ¿tú sabes quién es Ramón? Ramón es un navarro que fué asistente de mi hermano Jenaro, y es hoy mi amigo. Nunca nos hablamos, así como no se hablan la mano izquierda y la derecha, que obran de mancomún y que rige un mismo impulso.

Cuando murió mi pobre hermano, recibió á su lado, y por defenderle, un lanzazo que le atravesó el costado. Hecho prisionero, fué conducido con otros al campamento contrario, en que militaba la brigada inglesa. Ramón sabía la suerte que en aquella infausta guerra estaba reservada á los prisioneros, y era la de ser fusilados; pero ignoraba que aquellas fuerzas eran mandadas por uno de los generales más caballeros, más humanos y más distinguidos

de que se gloría el ejército. Ramón pidió que se le permitiese hablarle, lo que éste le concedió al punto. Vió entonces este jefe entrar en su tienda á un alto y arrogante mozo, el que con una mano puesta en su boina, y apretando con la otra una ancha herida en su costado, por la que vertía sangre á borbotones, le dijo con semblante sereno:

—Mi general, vengo en mi nombre y en el de mis compañeros, á pedir á vuecencia una gracia.

—Habla—contestó sorprendido el general,

—Señor—repuso el navarro,—quisiéramos ser fusilados por los españoles y no por los ingleses.

—No puedo concederte lo que me pides—contestó admirado y enternecido el general,—puesto que no lo váis á ser; lo que seréis ahora mismo es curados y asistidos, como hombres, como españoles y como valientes que sois (1).

Este es Ramón; el cual, después de canjeado, se reunió á mi padre, y muerto éste, no ha

(1) Este hermoso sucedido, que honra tanto al vencedor como al vencido, ha sido referido al autor por el mismo general que en él actúa, el Sr. Conde de Clonard. ¿Por qué no cunden, no se repiten, no se escriben y archivan tan hermosos y nobles hechos? ¿Por qué cuando hablamos de nosotros no tenemos sino amargo desdén para nuestros contrarios, y para los nuestros sino finchada jactancia, la que empaña el más puro cristal?

querido abandonarme. Ya ves si tengo razón en decir que somos dos manos, una más fina, otra más callosa, que impulsa un mismo sentir y una misma voluntad.

Pero con hablarte tanto de mí y de lo que me rodea, se me olvidaba contestar á la pregunta que me haces, de si hay aquí este año muchas gentes forasteras. Me ocupo muy poco de eso; pero creo haber oído al diminuto doctor, señor de vidas y haciendas de aquí, que no han venido más personas de viso que una señora de Cádiz muy rica, con dos hijas muy lindas.

Expatriado en París, ó sepultado en Bornos siempre es tuyo de corazón

CARLOS.

CARTA V

SERAFINA Á LUISA

Bornos, 1.º de Julio.

¿Por no contarme entre las Eloísas, Safos, Armidas y Medeas, no me crees capaz de querer? Bien veo que en esta materia estás aleccionada por nuestro poeta Efigenio. Pero dime: ¿no cuentas como pruebas de amor mi libre elección, que se fijó en Alejandro, cuatro años que retirada del trato he pasado en dar culto

al recuerdo, y todos mis sentimientos y esperanzas absorbidos por un solo hombre? ¿No es esto querer? ¡Y lo dices tú, tú de quien ningún hombre ha podido hacerse amar, tú que has llegado á los veintiocho años sin acordarte de las Safos y Medeas, que, según parece, son ahora para ti dignos modelos de imitación! Esto me prueba, Luisa mía, que nadie habla de las cosas con más énfasis que aquel que menos las siente.

Aun á riesgo de pasar á tus ojos por una amante de hielo, y propia sola para el capitán Franklin, te diré que nuestra estada aquí me es cada día más grata. La casa que tenemos es muy buena; habitamos lo bajo que cae al jardín, que es hermoso; coge todo el frente de las habitaciones un emparrado colocado sobre las puertas y ventanas como un quitaluz. En este emparrado se encaraman, en unión con la parrá, un jazmín y una mosqueta, luciendo su gimnástica y esparciendo sus perfumes en competencia. De noche y de día es para mí este jardín un lugar de goces y de delicias. Es muy frondoso y rico; tiene naranjos por quitasoles, cipreses por penachos, mirtos por elegancia, bojés por decoro, flores por gala, y por contraste lánguidos sauces, que meditan sobre una alegre fuente que ríe. Está poblado de abejas que extraen la miel á las flores y se la llevan sin piedad; de mariposas que las obsequian y

adulan sin ajarlas; de lagartos que todo lo miran con sus grandes ojos, pero sin meterse en nada, y que solamente ambicionan un rayo de sol; de oficiosas hormigas que presagiaron y aplauden al siglo XIX; de pájaros picotereros que no dejan meter baza al ruiseñor, de manera que éste aguarda el silencio de la noche para cantar sin que lo oigan ni le interrumpen.

A la hora de nuestra tertulia, cuando mi madre se engolfa en su tresillo, me siento debajo del emparrado con los caseros, que son un Filemón y Baucis, que estudio con tanto interés como simpatía. La tía Belica se pinta en estas tres palabras: compostura, bondad y devoción; y el tío Miguel con estotras: honradez, agudeza y buen sentido. La luz ardiente del reverbero, que parece como precipitarse por la puerta y las ventanas de la sala, pasa por encima de la cabeza del buen anciano cuyas canas platea; ilumina al frente un grupo de magníficas dalias, y sube hasta el emparrado, al que da diversos tonos de luz, en que desaparecen misteriosamente las flores entre las hojas. Escucho entonces con igual placer, ya la alegre y sonora risa de Primitiva y el suave murmurio de la fuente, ya la conversación de mis buenos ancianos y el lejano cantar de los mozos con sus guitarras, ya los trinos del ruiseñor y el *paso y juego* de los tresillistas, y todo me infunde paz y contento.

¡Ay, Luisa! ¡Cómo desfigura el hombre la felicidad con sus pasiones turbulentas, su insaciable ambición y el fantástico é irrealizable ideal que se crea y que con tanta razón condena Balzac, diciendo: «¡El culto de lo ideal, esa fatal religión humana!» Pero los hombres suelen dividir su vida en dos fases: la mitad la pasan adorando neciamente ese ideal ilusorio que les hastía de todo lo bueno real, y la otra despreciándolo groseramente, anteponiéndole y acatando sólo lo que es material y positivo.

También en el sencillo Bornos acontecen aventuras romancescas. La otra tarde paseábamos, entrándonos sin recelo de una en otra en las huertas y naranjales, seguras de ser bien recibidas en todas, y aun regaladas con frutas y flores. Son estos los paseos que prefiero, porque en las huertas, esos jardines rústicos, hallo los emparrados, los azahares, los ruiseñores, las flores, las gallinas, los niños, la sombra y el agua; en fin, todo cuanto encanta en la reunión de lo doméstico y de lo campestre. Llegamos á una que llamó en particular nuestra atención por lo esmerado de su cultivo, lo primoroso y lindo de su casa, y lo bien entendido de toda su disposición; sobre todo, admirábase allí un verdadero lujo de flores. Enredaderas cubrían de un todo las paredes de la casa, no dejando casi hueco á las ventanas, en cuyos

cristales se contemplaban el blanco jazmín, la roja indianilla y el amarillo *durmiente*, como otros tantos vanidosos Narcisos. Las lilas, los mirtos, los mundos, las adelfas rellenas, las celindas y otros arbustos, formaban un círculo delante de la casa, en medio del cual un arriate circular contenía las flores más raras y delicadas. Enfilando con la habitación, se habían tallado los árboles, de manera que ponían á descubierto una hermosa perspectiva, que, abrazando la vega, iba á perderse en la magna escalinata de las montañas hasta la remota lontananza en que campea el San Cristóbal.

Cuando más absortas estábamos contemplando aquel sitio encantador, vino hacia nosotras un magnífico perro de Terranova, y aunque su aspecto no era hostil, mi madre, que teme mucho á los perros, y tiene la idea de que es la rabia su estado normal, se puso á dar voces á un trabajador que á alguna distancia trabajaba, diciendo:

—¡Buen hombre! ¡buen hombre! ¡Por Dios, llame usted á ese perro, que nos viene á embestir!

Al oír estas voces el que trabajaba, volvió la cara, y al vernos, acudió presuroso llamando al perro, que se puso á su lado, mirándole con una tranquila mirada que parecía decirle: «Ya sé que no hay cuidado.» Pero ¡cuál sería nuestra sorpresa al examinar á este hombre, que

aunque en traje de campesino, tenía la figura más noble y hermosa, y el porte y maneras del más distinguido caballero! Verdad es que en Andalucía es tan lindo el traje de campesino, que lo visten en el campo los caballeros. Nos saludó con mucha finura y cortesanía, respondió á las excusas que le hizo mi madre por haber entrado sin autorización en su propiedad, inducida á ello por la costumbre establecida aquí, que habría sido tratarle como á paria el haberle privado de la satisfacción que le cabía en que visitásemos su humilde, pero florida posesión, y nos instó para que descansásemos en su casa, á la que nos precedió abriendo las puertas y llamando á su criado.

—¡Vaya, madre, con que va usted á decir á ese caballero *buen hombre!*—dijo Primitiva cuando éste se hubo alejado.

—¿Qué mal hay en eso?—respondió mi madre.—¿Es acaso un mal dictado?

—Señora, nadie quiere ser *buen hombre*; ni aun los malos.

—Y tú, ¿por dónde sabes que es un caballero?—dijo mi madre.—Tiene buena figura y buenos modales, no hay duda; pero podrá haber sido criado de buena casa y haberlos adquirido así. ¿No viste que estaba trabajando?

—Señora—repuso Primitiva,—es un caballero; eso salta á la cara como un cigarrón, ¿no es verdad, Serafina?

—Ciertamente que á mí me lo parece—
contesté.

El desconocido volvió entonces y nos introdujo en la casa, que, aunque pequeña, era tan bonita interior como exteriormente. Subíanse unos escalones para entrar en la primera pieza, que era grande y entrelarga, y tenía en el fondo una chimenea; dividía esta pieza la casa en dos partes, y servía de sala y de comedor. Tenía por todo mueblaje, en medio, una gran mesa redonda de pino, pintada de verde, y sillas americanas de madera, pintadas igualmente de verde. Á la derecha había dos piezas: la primera, que daba al frente de la casa, contenía una rica librería; una mesa de escribir y un sofá, sobre el que estaba colgado el retrato de un hermoso anciano vestido de general. La otra pieza era la alcoba, y tomaba su amortiguada luz de entre árboles que á espaldas de la casa le hacían dosel. Á la izquierda, el mismo sitio que ocupan estas dos piezas era destinado á la cocina y el cuarto del mozo.

Cuando de la librería pasamos al salón, hallamos como por encanto la mesa cubierta con lindas cestas de las más ricas frutas y las más hermosas flores. Primitiva no pudo contener una exclamación de sorpresa y alegría.

—Esto parece—dijo—cosa de comedia de magia.

Nuestro huésped se echó á reir, y le respondió:

—La naturaleza es la maga, y éste es el maquinista —añadió señalando á su criado.— Pero en lo que sí ha intervenido la hada de estos verjeles es en proporcionar á sus flores un destino que estas hijas del solitario valle no podían nunca esperar.

Yo me había acodado en la ventana, y contemplaba la hermosa vista que presentaba la naturaleza, como *con amore*, cual un inmenso cuadro, á los que la aman y comprenden.

—Está usted distraída —me dijo nuestro huésped presentándome en una cesta los afamados damascos de Bornos.— ¿Le gusta á usted el campo? ¿Piensa que esto sea bello?

— Pensaba — contesté — que si le encantan á usted como á mí las bellezas campes- tres, debe ser aquí el hombre más feliz del mundo.

— Soy al menos el más satisfecho y contento; doy poco valor á lo que se llama felicidades en el mundo.

— Tiene usted razón —le dije; — ¡gloria, riqueza, brillo, pasiones, ardientes especias con que los hombres estimulan la vida, sin hacerla feliz ni buena!.....

— Verdad es ésta —repuso él sonriendo— de que todos están convencidos en teoría y pocos prueban estarlo en la práctica; y menos que

nadie lo haría una joven hermosa, para la que, por lo regular, el horizonte de la ilusión no tiene límites.

— Es cierto — contesté; — con la diferencia de que pienso que las ilusiones, cuando no son hijas de una loca fantasía, pero sí hijas del corazón, tienen, no ilimitados, sino rosados horizontes en que se realizan la mayor parte de las ilusiones de todas edades, pues se basan en la sencilla poesía de la vida real.

— ¡Ilusiones de toda la vida! — exclamó mi interlocutor.

— Sí, señor — respondí; — y por eso no creo al ruiñón buen poeta, porque sólo canta una temporada, y la poesía canta siempre y llena de prestigios la vida entera. ¿Qué estado, qué circunstancias, qué edad habrá en la que no entusiasme una bella acción y no encante una hermosa flor, esas dos mayores poesías del mundo moral y material?

— Vea usted — me dijo, al observar que la brisa de la noche hacía que las flores de las enredaderas viniesen á tocar mi frente y á posarse sobre mis cabellos, — vea cómo las flores que la escuchan, la coronan como á su más bella apologista.

— Vámonos — dijo en este instante mi madre acercándose. — Esta niña, que tiene pasión por la fruta, va á tomar una indigestión: no sé cómo está buena; pues en esta estación, y con

los baños tan largos que toma, no comer sino fruta es tirar á matarse.

En seguida dió gracias al dueño de aquel edén, y, según nuestra franca y bondadosa costumbre, le ofreció expresivamente la casa. Por el modo fino, pero frío, con que contestó, infiero que no vendrá: bien se nota que desea vivir aislado. Pero ¿quién podrá tachar como manía lo que todos proclaman como el más alto grado de la sabiduría, esto es, huir del mundo? ¿No siento yo acaso esa misma propensión?

Adiós: estoy preocupada, y se me olvidaba decirte que tengo el disgusto de que desde hace quince días que te escribí, no he vuelto á tener carta de Alejandro. ¡Por Dios! No le imites en no escribir á tu

SERAFINA.

CARTA VI

LUISA TAPIA Á SERAFINA VILLALPRADO

Cádiz, 4 de Julio.

¡Muy bien, mi amiga, muy bien! No sólo me pones en tu epístola de insensible, sino que sacas á bailar mi fe de bautismo con una franqueza campesina de pésimo gusto, y con ella

me colocas poco menos que entre las denominadas trancas del infierno. Por cierto que este puesto que han designado los hombres á las mujeres que no se casan, prueba que han conceptuado, con razón, que toda casada tiene entrada en el cielo, merced á presentarse allí con la palma del martirio. Lo que me dices me ha hecho reflexionar en que el silencio y reserva que he observado contigo, que eres mi mejor amiga, han dado lugar á que tengas de mí una opinión errada, y no quiero por más tiempo aparecer á tus ojos otra de la que soy. Eres la primera persona á quien confío este secreto, y si lo hago, es porque en breve dejará de serlo, é inútil ya el profundo misterio que ha sido necesario observar por tanto tiempo.

No sé si conservarás memoria de la catástrofe que arruinó á mi padre y le costó la vida; porque habiendo diez años de esto, sólo contabas once, y en esa edad pasan muchas cosas desapercibidas á la atención. El único amparo que le quedó á mi madre fué mi hermano mayor, que, establecido en la Habana, gozaba ya de un caudal considerable.

Éste me escribió que si yo renunciaba al hombre á quien amaba (con el que estaba ya comprometida á casarme), daría una lucida asistencia á mi madre; pero que de lo contrario, olvidásemos que teníamos un hijo y un hermano en Cuba. Esto lo hacía, tanto porque

comprendió que el padre del hombre que debía ser mi marido había sido la causa de la ruina de nuestro padre, como porque, arruinado aquél también por las mismas desgracias, su hijo no podía ser una boda conveniente para mí.

En lo primero iba errado; en lo segundo no lo iba. Su resolución era decidida y apremiante; la mía no vaciló: le contesté que me sometía á sus condiciones, poniendo por mi parte otra, y era que nunca supiese mi madre lo que había tenido lugar entre nosotros. Ponía esta condición para que jamás entendiese la madre de mi alma que debía los socorros de mi hermano á un sacrificio mío; lo que le habría amargado el pan de cada día.

El noble hombre á quien amaba, amo y amaré mientras lata mi corazón fué el primero en aprobar mi conducta, y partió á Manila firmemente resuelto á no volver, ó á regresar rico, y ofreciendo á mi madre una suerte más brillante que la que le hacía su hijo, ponernos en situación de no admitir sus socorros condicionales.

¡Diez años han pasado, Serafina! Diez años de trabajos, de zozobras, de ausencia y de constancia, pero dulcificados y alumbrados por la esperanza, como lo está el hogar doméstico por la vivificante y clara luz de la hoguera. Aprende, pues, hija mía, á aguardar; que el

aguardar es el consejo que nos da la constancia para llegar al logro.

Espero, pues, señora mía, que si no me cuentas tampoco entre las Medeas y Safos, me contarás entre aquellas cuyo tipo, mucho más simpático, es el de las Adrómacas y Penélopes. No he tenido, es cierto, una rival tan brillante como la que tienes tú; pero en cambio he tenido un terrible competidor en Mercurio; mas nos llevábamos bien, ó por mejor decir, nos secundábamos.

Mi Felipe va á llegar, trayendo de vanguardia y á retaguardia, si no bizarros y lucidos soldados con clarines y trompetas como tu Alejandro, unos buenos y honrados pesos duros; éstos son lo más vilipendiado y lo más apetecido que existe. Llaman unos al dinero *vil metal*, y una amiga mía que tiene mucho talento y chiste lo considera *una entraña del hombre*. A mí lo que me parece es que los pesos duros se muestran por su más bello aspecto cuando vienen á acortar distancias entre dos personas que se aman, y para hacer dulce la vida á una madre á quien se quiere con ternura; así es que no los miro mal, ni murmuro de ellos. Con sus leones que significan su poder, y sus castillos que significan su fuerza, me gustan más y me parecen más caballeros que los napoleones, á pesar de gastar éstos la orden inglesa de la *liga*.

Exijo de ti, querida Serafina, que no me contestes una palabra á cuanto te he confiado, porque mi madre se deleita en leer tus cartas, y Carolina Meridal me las arrebató apenas las he leído. Además, podría cruzar por tu mente la idea de celebrar mi conducta, y este elogio, Serafina mía, me ofendería más que una censura. Hay cosas que brotan naturalmente del corazón, sin aun tener parte en esto el sentimiento del deber, y son como las plantas del desierto, que regadas con las tibias y perfumadas aguas del elogio, se perderían. Si se enterase de esto mi buena y delicada madre, creería deberme estar agradecida, y esto lo quiero evitar á toda costa. El padre que algo agradece á su hijo, degrada su santa dignidad paterna. Todo se *debe* á los padres, todo, hasta la última gota de la sangre de nuestro corazón, y ni aun con ella les pagaríamos lo que les debemos.

Desde que me escribió Felipe la época de su salida, acabo y vuelvo á empezar la novena de la VIRGEN DEL CARMEN, Santa Patrona de los navegantes, cuyo templo, cual otro faro, se levanta no lejos del de San Sebastián. Esta SEÑORA ha sido, Serafina mía, mi dulce confidenta, mi santa consoladora; y si Felipe hubiese perecido, habría sido todo mi refugio. A cada Salve que fervorosa dirigía á la SEÑORA, me convencía de que salía una estrella más

en el cielo, y retrocedía una ola soberbia en el centro del mar; y que mientras yo rezaba, callaba el viento por respeto á la que contra su furor invocaba. ¡Y no erré, Serafina! Cuando Felipe me escribió los pormenores de su navegación, me decía que una vez en que luchaban con un temporal, rendidos ya, y perdidas las esperanzas de salvación, á la misma hora en que yo me prosternaba ante la SEÑORA para hacer su novena, el viento cayó de repente cual si le hubiesen cortado las alas, la mar pareció haber recibido un impulso contrario al que el temporal le había dado, vaciló, quiso bramar, y sólo pudo murmurar sordamente; las nubes llorosas siguieron al viento que las abandonaba, y entre las fugitivas en derrota, apareció una estrella, aquella estrella que yo invocaba diciendo: STELLA MATUTINA, ORA PRO NOBIS.—¡Ay, Serafina! El que nos crió, puso en nuestra alma la necesidad de una religión y el ansia por un culto, para hacer más accesible á la torpeza de nuestros alcances la revelación que de sí se dignó hacernos. ¡Y hay hombres que anteponen los torpes sentidos á la revelación!..... Pensar que es el constante pensamiento de los turcos el de Dios ES GRANDE, y que entre cristianos ilustrados puede llegar á serlo estotro: *¡Dios es chico y el hombre es grande!*, esto haría reir..... si no hiciese llorar.

Pero volvamos á mi pleito: á nuestra vista hablaremos sobre el particular cuanto quieras ó más de lo que quieras, porque siento necesidad de desquitar diez años de silencio. ¡Y luego dirán los hombres que la bella, fina y delicada mitad del género humano no sabe callar! ¡Y tienen cara para llamarnos habladoras, en el siglo de los discursos, arengas, improvisaciones y alocuciones!..... ¡Habrá insolencia igual! — Tú, que eres tan rica, no creas que tienes que aguardar diez años como yo, ni temas volver á ver á tu Alejandro como me escribe mi Felipe que lo está, ni que él te halle á ti algo ajada como lo estoy yo. Las talegas son muy casamenteras; y aunque no fueses la joven linda, discreta, fina, bien educada y buenísima que eres, hallarías cuantos maridos quisieses, á escoger, como los melones y sandías..... Por cierto que si yo fuese varón, sería entre tus pretendientes, si no el más lucido, el más apasionado.

Mucho me ha interesado vuestra aventura con el cenobita, que después de descollar en manejar la espada, descuella ahora en la crianza de las flores: hace muy bien; que es harto más bello y más grato un jardín de recreo que no un campo de batalla. ¿Concibes que haya hombres que se *entrematen* y se llamen *héroes*, y hombres que metidos entre sus libros escriben de su puño y letra que la guerra es una

necesidad, y que se llamen *sabios*? ¡Qué lindamente zambullía yo á los tales héroes y sabios en el mar Pacífico para apagar sus ardores bélicos! — Mi primo Félix es amigo íntimo de vuestro cenobita, y me ha dicho que se llama Peñarreal. Aunque son de un todo opuestos en carácter, en ideas y en modo de sentir, se aprecian y quieren mucho; lo que prueba claramente que ambos son hombres superiores. Nada demuestra más lo mezquino del pensar y lo acerbo del sentir, que no apreciar en otros sino nuestras propias ideas, y querer aplicar uno por su propia autoridad á las cosas terrestres la gran sentencia de las religiosas, la infalibilidad, el «fuera de aquí no hay salvación». Bien mirado, Serafina, los hombres no valen *un tiro*, como dice mi ama, que ha tenido un padre borracho, un marido holgazán, un hermano pendenciero y un hijo jugador; y si mi Felipe no fuese una excepción de la regla, le diría: «Beso á usted su mano, pero no le quiero», como he dicho á tu amigo míster Sterling, que se ha empeñado en llevarme á Londres..... ¡Como si yo fuese una bota de vino de Jerez!.....

A ti te gustaba mucho la conversación de este apreciable isleño, y para acabar de conquistarle tus simpatías, te diré la respuesta que me dió ayer, primer día que fué á los toros, cuando le pregunté el efecto que le habían

causado: «Vengo — me respondió — indignado contra los hombres, y compadecidísimo de los animales.» Me pareció tan expresiva en su laconismo esta respuesta, que me propuse escribirtela. Sí, sí; tienes razón cuando dices que todo lo queremos hoy día á la extranjera, y que sólo para las bárbaras corridas de toros se guarda el patriotismo y el apego á lo que es nacional. ¡Qué aberración!

¿En qué consistirá esta incalificable indiferencia al padecer de los animales, que por todas partes y á todas horas se muestra sin pudor? ¿Será en la dureza del corazón, ó en la torpeza de la inteligencia, que no comprende cuánto sufren esos pobres seres, avasallados, tiranizados y martirizados tan sin piedad? ¡Y qué razón tiene Cooper en su *Luisa Hardinge*, cuando dice: «No hay duda que el hombre tiene en sí mucho de fiera, y que se le puede traer á hallar placer en presenciar escenas sangrientas!» ¡Y eso que no creo que presenciase el autor ninguna de nuestras cultas corridas de toros, ese *sancta sanctorum* de la nacionalidad española!..... Si las mismas personas que las defienden por ser *nacionales*, fuesen en todo lo demás tan patrióticas, se les pasaría esta defensa como un exceso de patriotismo; pero ¿qué se dirá cuando por lo regular esta pasión y parcialidad á los toros es una excepción en su desapego universal á cuanto existe

aún de nacional?—¿Te acuerdas cuando intentaste hacer una asociación femenina en favor de los animales, esos seres desvalidos cuyo martirio presenciábamos de continuo sin poder aliviarlo, la burla que te hicieron los que se afeitan? Sí, sí; los hombres son atroces; y te repito que si mi manileño no fuese una excepción de la regla, preferiría mil veces el vestir santos, antes que sufrir el yugo de los *no santos*.

¿Por qué será que mi primo Félix me ha preguntado con tanto interés por vosotras?..... Pero ¡ya caigo!..... Es hombre, y basta que seáis bonitas para que se despierte su curiosidad.

Adiós; que todo tiene fin en este mundo..... hasta esta carta magna. No extrañes que una carta tan grave que contiene el secreto de mi vida, la haya escrito en su mayor parte en estilo chancero. Cada nación tiene, por más que digan, su modo peculiar de sentir, de pensar, de hablar y de escribir; esto no lo han de variar los novadores políglotos aunque se vuelvan tarumba. ¡Adiós!..... ¡Tanto como me cuesta servirme de esa palabra..... y la repito!

LUISA.

CARTA VII

PRIMITIVA Á TERESA

Bornos, 6 de Julio.

¡Oh, qué eventol ¡Estremécete!..... ¡La vida de tu amiga ha estado en peligro inminente! Debo mi existencia, y tú esta carta, á un héroe que con un valor, una generosidad y una fuerza nunca vistos, me arrancó de las garras de la muerte y dió otro giro á su guadaña. Ámale, ámale....., como le amo yo, á éste mi noble salvador, el que, con una admirable modestia, no da mérito á la hazaña que ha hecho, y por toda recompensa se contenta con el caparazón de un pavo, que aprecia más que una corona de laurel, y con una pata de gallo, que prefiere á un poema laudatorio de Efigenio..... puesto que este héroe es un perro..... Pero..... ¡orden! *el orden está al orden del día.*

Ya habrás sabido por Luisa, á quien Serafina se lo escribió, cómo hallamos días pasados escondido entre huertas un jardín encantado, con un príncipe encantado en hortelano, el que nos obsequió con unas frutas nunca gustadas y unas flores nunca vistas. El príncipe, aunque un poco serio, como lo exigía su dig-

nidad, es un arrogante mozo, y su ministro, encantado en jornalero, un hombre casi tan buen mozo como su señor, y mucho más grave. Yo no sé cómo las flores están allí tan floridas y tan á sus anchas con sus dos custodios tan *respetuosos*, como diría la tía Belica.

Te harás cargo de lo subida de punto que estaría nuestra curiosidad por saber quién era el solitario y misterioso personaje, y cuál sería aquella noche nuestra ansia porque entrasen los tertulianos, para satisfacerla. Por fin, llegaron los tres en amor y compañía, como los Reyes Magos de Oriente. A la primera pregunta, contestó desde luego D. Pío:

—Eso es que han ido ustedes á la huerta que se llama del Mayorazgo, y el que han visto en ella es su dueño, D. Carlos Peñarreal, caballero si los hay, y caballero de Bornos; y cuenta que ha pasado á refrán lo que sobre esto se dice: «Los caballeros de Bornos, buenos y pocos.» Grandes picardías se han hecho con ese mayorazgo, que era grandísimo. Entre la desidia de los anteriores dueños, que han sido todos militares y no se han cuidado de su caudal, y las picardías de los administradores, todo se lo tienen usurpado, y no le ha quedado á éste sino unas tierras, la huerta y la casa solariega, que está como yo, para dar consigo en tierra el día menos pensado. Bien podría recuperarlo todo si pleitease; pero D. Carlos no

quiere pleitear, y dice que vale más la paz que un mayorazgo.

—¡Ay! ¡Qué bien dice! —exclamó Serafina.

—No dice bien —repuso mi madre; —y el día que tenga hijos se lo echarán en cara.

—Si tiene hijos, madre—repuso Serafina,—serán como él, que no echa en cara á los suyos el haberlo perdido por desidia. ¡Por Dios, madre mía! ¿Qué es lo que *deben* los padres á los hijos? Materialmente, mantenerlos hasta que lo puedan ganar; moralmente, una buena educación y buenos ejemplos. Todo lo demás que hagan por ellos ó les den, son gracias, favores y pruebas de cariño, y como tal, deben los hijos agradecerlo, y no exigirlo como deudas.

—No parece—dijo D. Pío—sino que ha escuchado usted las razones de D. Carlos, pues las mismas que ha dado por defenderle, da él por base á su conducta. ¡Cosa más rara!

—Si estudiara usted la naturaleza moral, como la física, D. Pío —le dije yo,—no hallaría usted eso una cosa rara, sino una cosa muy cotidiana, con su nombre y todo, griego ó latino, como sus queridas enfermedades humanas.

—¿Y cuál es ese nombre, niña?—preguntó.

—Es SIMPATÍA—respondí.

—¡Simpatía personas que no se conocen ni se tocan nada!..... —gruñó D. Pío, que me

pienso tiene á la simpatía por un parentesco, ó por una tía lejana.

Pero yo había traído el Diccionario, y me puse á leer: «La conformidad que algunos tienen entre sí por sus inclinaciones y propiedades.»

—¿Qué me dirá usted ahora? ¿Existe ó no simpatía entre D. Carlos y Serafina, que sienten y hablan lo mismo?

—Niña, niña—repuso D. Pío;—eso es una palabra poética, puramente poética, que pega en la vida real como una rosa en la olla; pero hoy día todos se meten á redichos y poéticos, hasta los gacetilleros..... ¡hasta el Diccionario! Todos se suben en zancos. ¡Así anda ello!

—El difunto padre de ese chico—dijo el comandante Tamaño, que estaba rabiando por meter baza y con ella un embuste—siguió á D. Carlos; le conocí mucho; servíamos juntos en la guerra del francés; éramos uña y carne; nos llamaban *los amigos buenos mozos*. En el sitio de Olivenza matamos entre los dos veinte franceses y diez suizos.

—Pero ¿cómo es que está aquí el hijo?—preguntó mi madre.

—Porque dice el refrán—contestó D. Pío:—«A tu tierra, grulla, aunque sea con un pie», y el consejo advierte: «A lo tuyo, tú.»

—Don Bonoso, ¿le conoce usted?—preguntó Serafina.

—Sí, señorita—contestó éste;—pero le he hablado rara vez, porque es poco amigo de conversación: los domingos, en los porches de la iglesia nos hemos dado los buenos días, las buenas noches, etc., etc.

—¿Y vive solo?—preguntó mi madre.

—Con un asistente navarro—respondió don Pío,—que es un mocetón como un trinquete, y habla aún menos que su amo, y un perrazo como un ternero, que no ladra, pero que no quisiera yo tener por contrario. Dice D. Carlos que es de casta extranjera y de un país muy frío; de suerte que ha de sentir mucho el calor de aquí; por lo que le he pronosticado á su amo, que si bien no rabió el año pasado, rabiará este año ó el que viene. Más miedo le tienen en el pueblo que á un toro de ocho años.

—En todo esto, por más natural que ustedes lo pinten—dije yo,—hay gato encerrado. En el siglo XIX todos quieren ser diputados, pero nadie anacoreta; es un *contrasiglo*. La ficción poética es la única casa noble á quien se le haya dejado amayorazgada su mejor propiedad, la vida pastoril; el suicidio, que priva, ha acabado con el misántropo destierro voluntario. Así, pues, ¿cómo y por qué está aquí? Este es el intrínquilis.

—¿Usted llama á Bornos un destierro, niña?—preguntó D. Pío muy picado.—¿Pues qué diría usted de Benamahoma?

—Que es para los beduinos.

—¿Y del Bosque?

—Que es para los lobos.

—¡Vea usted!..... ¡Bornos un destierro!— prosiguió indignado D. Pío.—Juego, volteretera, comandante Tamaño; no sea usted tan ligero en tirar los naipes, que no es usted el solo en jugar, y aquí no se juega á paso redoblado..... ¡Bornos un destierro! ¿Quién oyó otra?..... Espadas he vuelto. ¡Me perdí! ¡Malditas espadas! ¡No tengo ni una!

—¿Y qué había usted de hacer con ella?— dijo el comandante.

—¡Metido aquí—proseguí para hacer rabiar al extracto de médico—un hombre tan distinguido como Peñarreal, tan fino, tan buen mozo!

—¡Pues, qué, niña!—exclamó D. Pío.—¿Cree usted que en Bornos no puede haber buenos mozos? ¡Si tiene fama por eso! Y hasta la copla lo dice:

En Villamartín los tontos,
Y en Espera están los flojos;
En Arcos los valentones,
Y en Bornos los buenos mozos.

La copla fué interrumpida por la terrible voz ¡*Codillo!*, que como una bomba lanzó el comandante al aterrado D. Pío.

—¡No puede ser!—exclamó éste.—Se ríe usted, comandante; pero á fe que si á usted le

hubiese sucedido, no tendría ganas de reír. Pero ¡si le están distrayendo á uno!.....

—No tenga usted mal genio, D. Pío—le dije;—que dice Octavio Feuillet «que la bondad es el agrado ó hechizo que le es permitido á los ancianos; es la coquetería de los cabellos blancos». Pero ya se ve, como usted los tiene rubios.....

—No tengo ningunos, niña; y por eso necesito peluca; pero creo que á todas edades, cuando se recibe un codillo como éste.....

Pero dejemos lamentarse á D. Pío sobre su codillo, y vengamos á la segunda parte de mi relación, que es la más interesante y dramática, aunque no deja de serlo la primera. Pues ¿hay nada más romancesco que este hijo de Marte, hecho ermitaño entre flores; este príncipe encantado en hortelano por la más pícara de las brujas, la guerra civil, que nos regala con frutas y flores? Esto, hija mía, no lo hallarás en tu vida en las murallas de Cádiz, aunque des la vuelta al recinto, y te probará que el siglo de las jugadas de Bolsa, de los discursos, de los casinos, etc., etc., como dice D. Bonoso, no es tan prosaico como parece. Por más que le señalen á la poesía el Parnaso por cárcel, le han quedado muchas guaridas por el mundo, en el campo, y muchos santuarios en los corazones, y dice muy bien Octavio Feuillet en sus preciosos proverbios: «que detrás

de cada florido matorral hay un idilio, y en cada esquina una novela ó un drama paseándose». Ya ves que adelanto que es una maravilla en el arte de expresar mis ideas, las que después de escritas me parecen mejor que mientras están en embrión en mi caletre. ¡Y yo que creí que las ideas eran el monopolio de unos cuantos que las dan á la prensa! ¡Qué bobada! ¡Cuántas ideas buenas se quedan como perlas en el fondo del mar, y cuántas malas suben, como la espuma, á la superficie! Vamos á mi relación, no sea que me echés en cara que me remonto, lo cual es propensión de las cosas vacías.

Hemos empezado los baños en el río. Según la costumbre establecida aquí, nos han hecho una choza anfibia, esto es, que se asienta en la orilla y se prolonga en el río. La parte acuática está sin techar, pues nos bañamos á la caída de la tarde, cuando ya el sol ha descendido; sus cuatro paredes de cañas, castañuelas y junco vano, unidas por tomiza de palma y sujetas á unos postes con jical de esparto, forman una florida alberca de agua corriente y tibia, muy preferible á las de alabastro con sus estancadas aguas. El buen hombre que la hizo, dejó en el fondo una puerta abierta para que la persona que quisiese pudiera salir al río; pero mi madre me había prohibido hacerlo, porque, aunque no es profundo, le habían ad-

vertido que tenía *ollas*, esto es, unos hoyos en que es muy fácil caer y ahogarse la persona que no sepa nadar. La tarde en que pasó la trágica escena que te refiero, Serafina, que estaba un poco resfriada, no se bañó, y se puso á recorrer la orilla del río con uno de los borriqueros; pues has de saber que el río está bastante lejos del pueblo, y para llegar á él hay que bajar una cuesta; por lo que es preciso ir en pies ajenos para llegar, sin caldearse, al baño. La orilla del río es muy bonita en aquel paraje; por este lado es baja, está cubierta de hierba, y se extiende formando cabos y ensenadas que guarnecen al río de verdes festones, para que no se equivoque un cauce, linda obra de la naturaleza, con un canal, esa feísima obra del hombre. La orilla opuesta, al contrario, se alza abruptamente; pero para desenojar al río de esta prueba de desvío, se cubre de espesa vegetación y de arbustos cuyas ramas le cobijan, se inclinan para acariciarle, é impiden acercarse al que quiere turbar su calma.

Frente de nuestro baño, una zarzamora me tendía sus largos brazos, cubiertos de su fruta, por la que tengo pasión. Después de aviarme para el baño, poniéndome y luciendo como una vestal mi larga túnica ó peinador de franela blanca—que he guarnecido con una greca celeste para paracerme aún más á una impo-

nente romana,—y después de soltar las dos trenzas de mi cabello, entré en el baño, y aprovechando una distracción de mi madre, me salí de mi cautiverio; acción que ni á mi madre ni á Carolina Meridal debe asombrar, puesto que su inocentísimo canario hizo lo mismo el día que le dejó abierta su jaula: el río y el aire son bienes comunes; cada cual puede disfrutarlos sin acreditarse por eso de socialista. Apenas me acercaba á la rama incitadora, cuando perdí pie y me hundí en el agua tan repentinamente, que ni aun pude dar un grito. No sé lo que pasó; pero los borriqueros hubieron de dar gritos, y oídos éstos por D. Carlos Peñarreal, que más abajo presenciaba el baño de su perro, acudió con mi salvador, que nadó á mí, me cogió con la mayor delicadeza por las trenzas, y sacando mi cabeza del agua, me trajo á la orilla, donde me depositó á los pies de su amo: sólo entonces dejó de retener D. Carlos á mi hermana, que se esforzaba por echarse al río para socorrerme, exponiéndose inútilmente al peligro que yo había corrido. Aunque desfallecida, no había yo perdido el sentido, y veía á mi pobre madre y mi hermana cubrirme de besos y de lágrimas, no pudiendo sino sonreirlas, y siéndome imposible pedirles perdón por el susto que les había dado. Peñarreal tuvo la finura de acompañarnos á la vuelta. Cuando entramos en casa, yo, que estaba más serena

que mi madre y mi hermana, le dije, dando una palmada:

—Sr. D. Carlos, hoy ha hecho *Tritón* dos cosas grandes y difíciles: la una ha sido traerme á mí a la orilla del río en que me ahogaba, y la otra traeros á vos á esta casa que no queréis favorecer. Deseo que se las agradezcáis ambas, como hacemos nosotras. *Tritón*—añadí, besando á mi salvador,—¿volverás? *Tritón* dijo que sí con la cola, y se puso á mirar á su amo como diciéndole que tenía ganas de irse. Los deseos serían mutuos, porque después de algunas frases corteses, se fueron los dos en amor y compañía. ¡Qué hurón!.... ¡Y qué devoto de Nuestra Señora de la Soledad!

Adiós. Si yo, como el ratón Pérez, me hubiese ahogado en la olla, espero que habrías sido tú la hormiguita que lo cantase y lo llorase.

PRIMITIVA.

CARTA VIII

SERAFINA VILLALPRADO Á LUISA TAPIA

Bornos, 6 de Julio.

Luisa mía: Nada me prueba tanto la benéfica influencia que sobre mí han ejercido estos aires y estos baños, como lo hace el bienestar

moral de que por grados voy gozando. No podrías creer qué estado de sufrimiento habían producido en mí mis males, porque nunca me quejé de él, considerando que lo producía mi imaginación, y á ésta culpaba mi razón. Pero ahora, gracias al cielo, ha concluído este estado enfermizo y sobreexcitado, producido quizás por las mismas medicinas que tomaba, por ese opio que, en lugar de calmar mi dolor nervioso, lo que producía en mí era una agitación física y un desasosiego moral lleno de angustia.

Un evento, por sencillo que fuese, se me presentaba siempre como una calamidad; el sueño me huía, y si llegaba á posarse ligero como una mariposa sobre mis párpados, lo ahuyentaba tan luego una pesadilla que asombraba mi fantasía y oprimía mi corazón. — Si mis padres de mi alma se quejaban de un leve padecer, lo creía mortal, y á su lado veía con asombro un féretro. La lástima por todos los sufrimientos que veía, sobre todo en los infelices míseros animales, casi siempre sin queja, casi siempre sin amparo, casi siempre sin inspirar lástima, era (y aún es) la continua tortura de mi alma. Todo me asombraba, todo me acongojaba, y llegué á no hallar más lugar en que descansar que al pie de los altares: el dolor físico llegó á ser una distracción para mi alma. Todo ruido, sobre todo de noche, me estremecía. Esos ruidos que oímos de noche, y

cuyo origen ignoramos, me parecían quejas; otros más distintos, amenazas. Así en los bramidos del mar creía oír un grito de triunfo, por haberle concedido el Señor su ansioso deseo de traspasar sus límites. El golpear de los aguaceros me parecía una invasión progresiva, y su fin indefinido. Cuando oía rechinar nuestra veleta en su alta torre, figurábaseme que se estremecía y gemía á causa de altas catástrofes que le predecía el huracán; al ver á las plantas doblar ante este gran poder su cerviz, inclinaba cual ellas mi cabeza en señal de rendimiento. Oía en el crujir de las maderas que sostienen nuestros albergues un esfuerzo del avasallado leño por romper su cautiverio. En fin, en todo creía ver una sublevación de la naturaleza contra el hombre. Así es que un día de calma era y es tan simpático á todo mi sér, que pido á Dios nos lo envíe á menudo, como un gran ejemplo al hombre, que le enseñe que así como todo es tan bello en la naturaleza cuando enfrena los elementos, así lo es la vida del hombre cuando éste enfrena sus pasiones.

En fin, Luisa mía, existía en mí un vivo, palpitante y penoso sentimiento, ó si quieres más bien, un presentimiento de horror, una agonía inmortal que no hallaba fin, como dice el pueblo con su poderosa imaginación que aconteció á Judas, que «aunque quiso dársela, ¡no halló la muerte!» Estos horrores que me

impresionaban, existían como existen otros muchos que no perciben nuestros sentidos, pero que son realmente, como nos los descubre el microscopio.—Recordaba entonces una exposición microscópica que había presenciado, y cuya impresión de horror y repulsa jamás se han borrado de mi memoria; lo que te voy á referir exactamente, para que no creas sueño horrores con el opio, sino que todo lo que es horror, es una triste realidad en este suelo.

La sala en que tenía lugar esta exposición estaba á obscuras; en el frente se veía un gran círculo muy claro, que era reflejado por la luz que al través de su cristal partía de un gran microscopio, que á los pies del salón manejaba el profesor. Vimos primero el lindísimo efecto que causaba la gota de algún líquido corrosivo sobre un pedazo de plomo, cuya superficie, desprendiéndose por la acción corrosiva en globulillos, presentaba el más lindo efecto, formando, ya una silenciosa y brillante cascada de aguas de plata, ya un lindo saltadero de relumbrantes globulillos. En seguida anunció el profesor que veríamos una gota de agua.

¿Has creído tú nunca, Luisa mía, que después de un brillante, pueda haber nada más claro, más bello é inmaculado que una gota de agua?—Pues si como yo antes de ahora lo has creído, desengáñate, es una ilusión; y yo he

visto todos los horrores que puede contener una gota de agua, quizás por permisión de Dios, para convencerme de que nada material hay puro, y que la verdadera y sola pureza está en nuestra alma, que crió Dios á su semejanza. Puede que no quieras creer lo que voy á referirte; pero el conocimiento que tienes de mi formalidad, y el añadir que me puse mala y tuve que ausentarme de allí, te convencerán de la certeza de lo que voy á referirte (1).

Vióse primero un monstruo velludo, con garras como tenazas, pero horrible de tal suerte, que sólo los delirios de una calentura y una gota de agua pueden engendrarlo; el que aparecía, gracias al extraordinario poder del microscopio, de una cuarta de largo: dió una vuelta por aquel redondel en destartalados arranques. En seguida apareció otro aún mayor y más horrible. Apenas se vieron, cuando se lanzaron uno sobre otro para pelearse y devorarse. ¡Parecían hombres, Luisa!—Fué espantoso el combate que con una furia sin igual y con espantosas contorsiones y asaltos sostuvieron aquellos horrendos monstruos. ¡Qué encarnizamiento!..... ¡Parecían hombres! repito.

(1) Quien como el autor haya estado en el establecimiento politécnico de Londres, podrá haber visto exactamente reproducido lo que aquí se refiere.

Te lo confesaré acongojada, sobresaltada: mil veces me arrepentí de haberme dejado arrastrar por la curiosidad á escudriñar lo ignorado; de haber ido á presenciar aquellos horrores, yo, que busco, como mi ideal terrestre, su antítesis en los niños, que son inocentes; en las flores, que son suaves, y en el arroyo, que creía puro; y no me perdonaba el haberme expuesto á esta triste desilusión, y haber desprestigiado por mi curiosidad á mi suave amiga la gota de agua, ¡esa gota de agua que cae del cielo pura, y que en su contacto con la tierra se impregna de horrores!

Pero prosigo mi narración, y acabaré de contar el final del drama, representado en aquel *redondel*, según la voz usual para señalar el gran circo en que se representa en grandes proporciones otro espectáculo análogo.

El monstruo primero, que era el más pequeño, después del combate en que fué vencido, huyó, escondiéndose en el reborde de metal que engastaba el círculo de cristal que contenía el agua.

Entonces el profesor agregó alguna más, en la que salió á la palestra otro monstruo velludo, más pequeño que los otros. Apenas lo vió el vencedor, que campaba por su respeto, cuando con un arranque cuya furia ni aun á la embestida del toro se puede comparar, se echó sobre él. Era horroroso ver la fiereza con la que

acometió, y los convulsos esfuerzos de su víctima para libertarse; había clavado en ella las enormes tenazas que guarnecían su boca, y dos chorros de sangre se desprendían de las heridas, y como caían en el agua, formaban rayas rojas alrededor del grupo horrendo. Atraído por la presa, por la sangre y por la lucha el otro monstruo que se hallaba escondido, salió impetuosamente y se echó á su vez sobre la ya destrozada víctima. ¡Luisa, Luisa!..... ¡Parecían hombres!

No pude ver más; me puse temblorosa é indispuesta, y salí de aquella sala maldiciendo al microscopio. Cuanto te he contado es la más sencilla verdad, por más que te parezca fabuloso; he visto, sí, he visto un horroroso atentado en una gota de agua!..... y te añadiré que el efecto que me causó fué tal, que agravó el doliente estado de mis nervios. Ahora bien: lo referido ¿no da pábulo á esa indefinida angustia y congoja que se apodera del ánimo, que aunque no vea, presiente horrores, crueldades, padeceres y agonías? No queremos graduar de posible sino lo que trae el visto-bueno de nuestra comprensión; y querer circunscribirlo todo á su pequeñísimo círculo, es lo que más prueba la pequeñez, la mezquindad y la estrechez del orgullo del hombre. En cuanto á mí, querida Luisa, no sólo creo en las cosas sobrenaturales que dimanen directamente de Dios, sino que

creo en las que existen en la naturaleza; y nunca me parece la medianía del hombre más terrestre y material que cuando con el diminuto compás de su razón traza un pequeño círculo, y dice á la inmensidad, al espíritu, al universo y aun al poder del que lo crió: «Si no cabes aquí, no existes.»

¡Cuánto me he apartado del asunto de mi carta! He divagado en el seno de la dulce confianza que me inspiras, como por estos campos de Dios, en toda libertad y sin dirección fija. A ti, fina, donosa y pulida gaditana, que puedes hacer todas tus salidas calzados tus piecitos con zapatos de encaje forrados de raso, como hacían nuestras abuelas; que paseas por la plaza de San Antonio, que más que plaza es un estrado con bóveda estrellada, á ti no te gusta el campo, que te parece un destierro, y me preguntas muy seria: «¿Qué es campo?» Pues á ti te parece «polvo en verano, lodo en invierno, y soledad todo el año». — Me recuerda esta pregunta otra análoga que me hizo Peñarreal el otro día, y te contestaré lo que á él.

Desde la tarde en que su perro salvó á mi hermana de un riesgo, al que dió nuestro cariño mayores proporciones que tenía, Peñarreal se ha hecho nuestro tertuliano, y nos acompaña también en nuestros paseos. Sólo tratándole, Luisa, podrías graduar su mérito. No consiste sólo en su entendimiento, instrucción,

distinguidas maneras y la dignidad aneja á todo su sér, sino en la nobleza, la elevación y la delicadeza de sus sentimientos, el elevado giro de sus ideas, y la superioridad de carácter que nunca ostenta y siempre demuestra en todo.

Ayer en nuestro paseo mi madre se sentó con los tertulianos debajo del emparrado de una huerta, adonde la buena hortelana se apresuró á colocar sillas, y Primitiva, Peñarreal y yo seguimos algunos pasos más para disfrutar de la vista del valle y del río. Nos sentamos al pie de un álamo en la falda de la colina, cuya plana ladera cubría un espeso sembrado de trigo, que doblando sus flexibles tallos á impulsos de la brisa, formaba, suaves y movientes olas que vivificaban el paisaje. Primitiva, que no es afecta al campo, me sostenía que era éste el cocinero de las ciudades, cuando Peñarreal me hizo la misma pregunta que tú: «¿Qué es campo?»

—El campo—le dije—es la tierra antes que la despoje el hombre de su bella y florida tez; el cielo sobre nuestras cabezas, sin intermedio; es la libertad entera de la vista, de los movimientos, del vestir y hasta del pensamiento, al que nada absorbe ni distrae; es la dulzura y pureza del ambiente; es lo ancho y variado de los horizontes; es el insecto que me obsequia en sus dominios con su canto, como el grillo.....

—O me despide poco hospitalariamente de sus caminos vecinales, como la hormiga—dijo levantándose de un salto Primitiva y sacudiendo su vestido con su infantil gracia.

—Es—proseguí—el pájaro que me observa torciendo su linda cabecita, y parte instantáneamente cual si fuese sólo su voluntad y no sus órganos su locomotora, y se posa bajo las hojas de este álamo, verdes y blancas á un tiempo, como la esperanza y la inocencia; esas hojas, que son sus amigas, sus techos, sus toldos y las trincheras de su nido; y así, cuando el invierno las mata, ellas se van en pos del ruiseñor, que enmudece de tristeza desde que pasan las rosas.

—Menos los gorriones, esos sedentarios pajarillos—opinó Primitiva,—que viven y mueren donde nacen, como D. Pío.

—¿Mueren?—repuse yo.—Sí, deben morir; pero ¿cómo es que no vemos nunca uno de esos pequeños cadáveres? ¡Un pajarito muerto de vejez y muerte natural, un pequeño Matusalén de la grey alada! ¿Será que los entierra respetuosamente su prole? ¿Será que haciendo una hoguerita de hojas secas, queman sus cadáveres, como los antiguos griegos y romanos? ¿Ó será que son todo plumas, y que una vez muertos se deshacen y los arrebatan el aire?

—No es nada de eso—replicó Primitiva;—es la inhumana y antropófaga lechuza, ese

vampiro de la especie volátil, que tiene sobre su conciencia muchos misteriosos y pavorosos asesinatos cometidos en la sombra y silencio de la noche. Pero ya se ve, como de día se acoge á sagrado en las torres de las iglesias, no se la puede prender ni mandar á presidio. Desengáñate, hermana, el campo es — como los niños — ¡para un ratito! En lo demás, es la mansión de los entes de cuatro pies, como las ciudades lo son de los de dos pies. Y no me salgas con la poesía, Serafina; que Efigenio, que en su vida ha visto más campo que las arenas de Puerta de Tierra, te compondrá una égloga entre paredes y murallas con toda perfección. ¿No ves que la inspiración la comunica Apolo, y no estos andurriales? Además, las ciudades inspiran poesía; yo tengo mi poesía ciudadana. ¿Te parece que no es poético un baile? Un baile en que adquieren tanta elegancia el hombre y la mujer. En lugar de espinas y chinas, encuentras allí alfombras para el breve pie de las bellas; elegantes bujías que en contraposición de este sol *patalallana* que da pecas, extiende su galante luz sobre todos los cutis, como la capa de Noé; hermosas coronadas de flores que parecen ninfas; jóvenes que, á pesar del antivistoso y antielegante frac negro, inventado por la monotonía, toman en oyendo la música cierto aire galán y noble, cierto *chic* de caballeros de la Edad Media. Pues ¿y cuan-

do estalla en el perfumado ambiente un vals de Strauss? Ese Strauss, que ha hecho del vals una cosa ideal, una cosa que apenas toca la tierra, una cosa suave, vaporosa, que se desliza como una nubecita de plata en el éter. Todo esto, si no impresiona poéticamente á los que lo disfrutan, es porque son alcornoques dignos de tu campo. En un baile brillante, el que piensa en otra cosa que en rendir culto á Terpsícore, es indigno de hallarse en él; el que piensa en comer, es un materialista sensual; el que se duerme, es una marmota que debe ser desterrado á Saboya; el que piensa en negocios, es un prosaico y *positivo*.... zoquete; el que, á lo moderno, piensa y habla de política, es el más deplorable, lamentable y detestable engendro del siglo XIX. Pero, dime, Serafina, ¿hallas aún más bellezas que admirar en el campo?

—Sí —respondí,— miles. ¿Acaso no es bellísimo este grave y airoso pino, con su suave y misterioso susurro, á cuya sombra, como dice un refrán ruso, se puede hallar con un pedazo de pan, no un rato de placer y embriaguez como en tu baile, sino el paraíso?

— ¡Siendo dos!....— dijo sonriendo y suspirando Peñarreal.

—No, no —respondí;— no es ese el sentido que tiene el proverbio; el sentido suyo es, que se halla esta felicidad cuando se tiene un áni-

mo sereno, un corazón sin hostilidad, una conciencia pura, y que se explota el manantial que hay de felicidad en amar á Dios, á sus semejantes, á la Naturaleza, y cuando se tiene esa simpatía vasta y benévola que nos hace identificarnos con nuestros semejantes, con el cielo, con la tierra, con sus plantas y con todo lo creado.

—¡Si real y constantemente piensa usted así!....—dijo Peñarreal.—Pero habla usted con entusiasmo y exaltación, y la exaltación no se sostiene, y, como dice D'Arlincourt, es un brote, y no puede ser una base.

—Y yo le digo á usted—repuse—que el desencanto frío y exagerado que han producido en usted sus desgracias, puede que le haga aparecer exaltación fogosa lo que sólo es sentimiento reflexivo.

—Pues señor—dijo Primitiva,—ya que la felicidad la gradúa mi hermana, según el texto ruso, en estar uno sólo debajo de un árbol, y usted, Sr. D. Carlos, en que lo estén dos, y que nadie, ni por política ha dicho que se hallaría estando tres, deduzco que estoy aquí de más. Adiós, ingratos.

—¡Primitiva!—exclamé.

Pero el alegre pájaro había volado. La seguimos, y cuando llegamos á la casa de la huerta, hallamos á Primitiva con un enorme pedazo de pan en la mano.

— Niña — le decía mi madre, — ¿vas á comerte ese pan cuando de aquí á media hora te vas á bañar?

— No, señora, no — contestó ésta; — es para llevárselo á Serafina y á Peñarreal.

— ¿Estás en ti? — exclamó mi madre. — ¿Te lo han pedido?

— No — contestó mi hermana; — pero están sentados debajo de un pino, á cuya sombra, según tradición rusa, se halla la felicidad; mas para que sea completa, es preciso un pedazo de pan, y voy á llevárselo para que nada les falte.

— Niña — dijo D. Pío, que no se dignó oír ni menos analizar la broma de mi hermana; — niña, mire usted que una indigestión de pan es de las indigestiones de peor especie.

— ¡Indigestión! — exclamó Primitiva. — En mi vida he tenido ninguna. Que me aquejara alguna, eso quisiera usted para curármela con quina en polvo, quina en infusión y quina en píldoras. No se mirará usted en ese espejo, don Pío..... ¡impío!..... ¡no!.....

Contándote estas cosas, ha concluído mi papel, y sólo me resta lo bastante para decirte que te quiere de corazón tu

SERAFINA.

CARTA IX

CARLOS PEÑARREAL A FÉLIX DE VEA

Bornos, 7 de Julio.

Te quejas de mi silencio, y me preguntas lo que lo motiva. No sabré decírtelo, porque yo mismo no lo sé. Bien puedes creer que me desespero, al encontrarme yo — que me creía con alguna superioridad de carácter y madurez de entendimiento — en una disposición de ánimo que hallo ridícula y afeminada, y que he combatido sin piedad cuando la he visto en alguno de mis amigos. Consiste en ese inmotivado, triste y lánguido malestar que nace de la unión del vacío del corazón y de la cabeza, y que llaman hoy, al uso del país en que nació, *spleen*, el cual quita á la primavera de la vida su juventud, su robustez, su lozanía y su frescura, y á la edad madura su noble serenidad.

Me llamabas en la carta en que contestabas á mi última, el más viejo de los jóvenes, el más práctico de los filósofos, una primavera con frutos y sin flores; pero ya no son aplicables á mí esos epítetos dulces y picantes á un tiempo, que te dictaba tu amistad, contrariada de ver que no podía compartir contigo tus ideas sobre la felicidad. No soy el mismo, Fé-

lix; no porque mis ideas y las cosas no sean lo que eran antes, no; nada ha mudado, sino el sonido de la cuerda que vibraba en mi corazón; y porque me daba vergüenza escribírtelo, y porque no quería engañarte, por eso se me ha caído la pluma de las manos cada vez que para escribirte la cogía.

Me preguntarás la causa de este cambio, que se ha verificado en mí sin saber de qué manera, y como se apodera la noche de la naturaleza; mas la ignoro, y ésta es la razón de que no le ponga remedio mi voluntad, la que hasta ahora ha sido el jefe al que todo en mí ha estado subordinado, como un bien disciplinado regimiento. Nuestro médico D. Pío—que tiene una gran dosis de buen sentido y otra mayor de experiencia—tiene una antipatía atrabilia-ria contra los males sin nombre. «Diga usted—suele decir á los que sobre males sin nombre le consultan;—dígame usted qué le duele, aunque sea el pie de aquella mesa, pero no me hable de fatigas, que son los arcanos con que la naturaleza burla la ciencia.» Los dolientes no responden; y yo, que estoy en el mismo caso que ellos, no pudiendo precisar la causa de mi mal, debo callar. Tú, Félix, en quien se unen un carácter y unas circunstancias las más á propósito para gozar y embellecer tu existencia, quizás no concibas cuán tristes horas tiene la vida.

La soledad material es un encanto; la moral es un páramo. Porque hay momentos, Félix, en que no llena el vacío que nos circunda, ni la bella hada que aloja nuestra cabeza, ni el santo ángel que abriga nuestro corazón; esto es, ni la imaginación, que crea los bellos sueños y canta, ni el sentimiento, que es el amor, que amando al Criador, ama á lo creado y ora. Nada me interesa, me alegra ni me conmueve: mis habitaciones me parecen vacías y tristes; mis amigos, los libros, no llegan á cautivar mi atención, y me fastidian; el campo me parece lleno de melancolía; el cielo, monótono en su azul serenidad; y así, ¿qué extraño es que el ruido se queje, que las flores se ajen, que la luz de la luna sea fría, siniestra y muerta, y que la del sol, aunque brillante, seque y aje lo que alumbra?

Este mi lenguaje te sorprenderá; á mí me indigna. ¡Me hallo débil, inconsistente, absurdo!..... ¡Yo, que tenía quizás una confianza temeraria, no sólo en la firmeza de mi carácter, sino en la estabilidad de mi sentir! ¿En qué, pues, confiará el hombre, si no puede confiar en sí mismo? «¡Ay! — decía mi vecina, una buena hortelana, al saber la muerte repentina de un hombre en la flor de su edad. — ¡Somos tierra..... y mala!» Sólo el pueblo halla tal energía en la expresión de su pensamiento.

“ Cuando he mirado mi casa solariega, en que

todo se desmorona y nada ha quedado intacto sino el escudo de armas, como de la familia que se extingue sólo queda el nombre, había pensado disponer que cuando yo muera se pudiese este escudo como losa sepulcral sobre mi tumba; pero después he pensado otra cosa, y quiero que sobre mi sepulcro se ponga una losa en que se grave en la parte de adentro la palabra ¡NADA! En la parte de afuera, la palabra ¡OLVIDO!

CARLOS.

CARTA X

FÉLIX DE VEA Á CARLOS PEÑARREAL

Cádiz, 10 de Julio.

La mujer del quesero..... ¿qué será? ¿No ves, mi querido amigo, que das el enigma y la explicación á un tiempo? ¡Héroe fuerte y superior á debilidades humanas..... estás enamorado como un simple comparsa! Desde que me escribiste que las dos lindas hermanas habían hallado la senda de tu retiro, gradué que hallarían la de tu corazón, y pronostiqué que profanarían á un tiempo esa tu Trapa y encantarían esos tus verjeles. Lo que en otras circunstancias habría celebrado, en las presentes

me sirve de pesar, puesto que Serafina Villalprado está comprometida á casarse con el hijo de un general de Marina, que hoy manda uno de los regimientos que forman la expedición de Italia. El padre del novio fué amigo íntimo del de Serafina; se aman desde la infancia; de manera que no pudo poner la suerte fruta más vedada en tu tranquilo paraíso.

No conozco á esas lindas hermanas, pues hace poco que regresé de mis viajes. Además, Serafina ha hecho siempre una vida muy retirada, y pocos la conocen; pero son amigas íntimas de unas primas mías, y por Luisa, la mayor de ellas, que es una mujer de tanto talento natural como generosidad y nobleza de corazón, tengo muchas noticias sobre ambas.

—Las dos—me contestó, cuando después de recibir tu carta le pregunté por ellas,—las dos tienen mucho talento natural y bien cultivado. Primitiva tiene más chiste, Serafina más razón; Serafina más sentimiento, Primitiva más gracia; ésta más brillantez, la otra más profundidad; la menor es más seductora, la mayor más poética; de suerte que la una tiene más admiradores, y la otra más amigos. Primitiva es más propia para la vida activa y social; Serafina para la vida íntima y retirada. En fin— así concluyó mi prima Luisa,—si las inclinaciones nacen de la paridad de caracteres y de las simpatías en el sentir y en el pensar, Sera-

fina es la predestinada á tu amigo Peñarreal, que por desgracia de ambos ha llegado tarde, como Primitiva la que lo está para ti.

—¡Yo casarme!—exclamé soltando una carcajada.—¡Pues qué! ¿Cuatro años pasados en cultas capitales impregnándome de la idea de que el casarse es una gran bobería, serían perdidos? No; el hombre no debe perder su libertad bajo ningún género de yugo. En el matrimonio, la mujer todo lo gana, el hombre todo lo pierde.

—Es cierto—contestó Luisa,—gana, y en verdad á poca costa, la dignidad de madre y de nodriza. Calla, calla, Félix—añadió con violencia;—si vuelves á emitir, aunque sea en chanza, semejantes necios é inmorales lugares comunes, que dices haber aprendido por esos mundos—¡sí!, mundos de clubs, casinos y cafés,—no sólo pensaré que ha sufrido baja tu claro talento, sino que han tenido merma tus buenos sentimientos, lo que es peor.

Al recibir estas noticias, conocí que era Serafina una mujer muy á propósito para ser desde luego apreciada por ti; que este aprecio sería muy á propósito para subir á pasión, y esta pasión la más á propósito para deslustrar á tus ojos todo cuanto no sea ella ó no se roce con ella; lo que ha venido á probarme tu carta. Si fueses otro hombre, te embromaría con este amor; pero en ti, querido Carlos, todo es

profundo y grave, y como tal debe tratarse. En consecuencia, te aconsejo y te ruego que acudas á la panacea de los males de amor, que es la ausencia. ¡Huye, Carlos, huye! Tengo á la huída en estos casos en tan alta estima, como tu doctor D. Pío á la quina para las tercianas. Esta circunstancia imprevista te obligará á ceder á mis ruegos y venir á Madrid: no cambies la noble firmeza de tu carácter en obstinación, y acuérdate de que nos advierte Shakespeare «que no debemos hacernos una cárcel de nuestras ideas». Como incitativo, te participo que voy también; por lo cual haremos el viaje unidos. Voy porque he salido diputado á Cortes por Aldea-Chica; y he querido ser diputado, porque soy liberal como el que más, y deseo ir al Congreso á secundar al Gobierno en cuanto proponga que cuadre con *mis* ideas y no con las del partido, porque mi pensar es independiente, como el aire en la atmósfera, y no le darán dirección ni las *camaraderías* ó pandillajes, ni un espíritu de oposición sistemático.

No entra en mis ideas que pueda obrar ni pueda ser juzgado un gobierno, si, como un navío en el mar, no halla más que rocas, corrientes y vientos contrarios: guardaré la energía de mi oposición para lo que decididamente halle malo y de malas consecuencias para el país, y así mi voto imparcial y no *influenciado*

hará fuerza á las gentes de razón. Estoy seguro de que apruebas mis ideas. ¿Por qué, pues, no las secundas? ¿Por qué no vienes por tu distrito, en que tantas simpatías tienes, al Congreso?

Pero te has empeñado en ser el Quijote del siglo XIX. Verdad es que cuando otras veces te he dicho esto mismo, me has contestado que no te pesaba ese dictado. No niego que Don Quijote será siempre para las almas elevadas y nobles un bellissimo tipo en su esencia; pero en cuanto á su forma, si era heterogénea en la época de Cervantes, ¿qué no será en la nuestra? A eso me contestarás, como sueles, que cambian las formas, pero que la esencia no muda; y que un autor francés responde á la archivulgar frase *el siglo marcha*, que no parece sino que los modernos sabios creen que nuestros antepasados habían cortado las alas al Tiempo. Pero permíteme que te haga observar que no es lógico que des por supuesto que haya sido siempre la marcha del siglo progresiva y quieras detenerla ahora. Hagamos un convenio, Carlos mío, basado sobre mutuas concesiones: yo te cedo la esencia, concédeme tú la forma; y desechando los fatales odios de partido, desdeñando ambiciones personales ajenas de ambos, unámonos en el santo y grande sentimiento y anhelo del bien de nuestra patria, en el deseo de la conservación de todo lo

noble y santo, y en el del progreso de todo lo bello y útil.

Yo, adalid de la innovación, no deseo que reine como usurpadora, sino como compañera de lo existente; quiero halagarlo con dulzura y razón al desvincular su poder, y no irritarlo con altanería y desprecio; quiero respetar lo que él respeta, para que él acate lo que yo acato, y así hacer que caminen unidos la innovación y lo existente con paso lento, pero seguro, hacia el progreso, pero progreso tan palpable que todos lo reconozcan como tal, y no lo miren y teman como embozado enemigo; pues, Carlos, conozco que si bella es la ancianidad cuando acoge y sonrío á la juventud, más bella es aún la juventud cuando acata y respeta á la ancianidad. Si todos los que piensan y sienten como tú y yo se uniesen en bien del país, esto sería lo que acabase con ambas intolerantes opiniones extremas y con ese desgraciado germen de discordia que siembran hombres de mala índole, los cuales medran en el caos de desorden que forman las ideas y los hechos. A mí, como franco y generoso innovador, me toca alargarte mi mano de amigo; á ti, como noble y leal conservador, estrecharla sin desconfianza. ¿Me rechazarás, ó querrás que te aplique lo que decía Lamartine de Bonald y de Maistre? «Son profetas de lo pasado, ancianos de ideas, que se saludan con veneración.

Parados en el quicio del porvenir, no quieren entrar en él, y se detienen para oír los bellos y solemnes gemidos de las cosas que mueren en el espíritu del hombre.»

Carlos, me pesa como un remordimiento la idea de que el amigo de mi corazón sea mi contrario en política. ¿Por qué han de desunir las cabezas á los corazones? ¿Por qué ese predominio de las ideas sobre los sentimientos? Quememos banderas de distintos colores, Carlos, y sírvanos á todos de insignia una rama de nuestros españoles olivos.

Ven, Carlos; *no tengas pardillas* ó seas *pardilloso*, que es una excelente expresión popular que expresa con una imagen, como casi todas las expresiones populares, el poco sonoro *bouder* de los franceses. No creo que resistas al placer que tendrás de oírme en la tribuna eclipsar á Martínez de la Rosa y demás oradores de fama; porque no te figures que voy á hacer un discursillo de tres al cuarto, nada de eso: será el Napoleón de los discursos; un discurso innovador, que cambiará de faz la fraseología parlamentaria. Llevo al intento un invernáculo entero de exóticas flores de retórica, un río de elocuencia con arriada, y una pacotilla de metáforas de último gusto, que va á causar una revolución.

El horizonte político se jubilará y entrará á reemplazarlo la decoración política. La nave

del Estado, maltratada por las borrascas, pasará á pontón, y el Estado tendrá su ferrocarril. Los *padres* de la patria pasarán á ser sus *hijos*, porque es más decente atribuirle á esta noble matrona muchos hijos—todos legítimos, se entiende,—que no tantos padres. Así, querido Carlos, por lo dicho en veras y por lo dicho en chanza, apresúrate á venir á reunirme conmigo en Sevilla, y no hablemos más, que reservo mi elocuencia para la tribuna.

FÉLIX DE VEA.

CARTA XI

CARLOS PEÑARREAL Á FÉLIX DE VEA

Bornos, 13 de Julio.

Has acertado, Félix, y has descubierto la herida cuyo dolor sentía, sin querer reconocer su origen. Yo, que he pasado la primavera de mi vida sin creer que fuese el amor otra cosa que galantería, flores más ó menos efímeras que no tenían raíces ni consecuencias, he venido á este rincón á convencerme, á costa de mi felicidad y de mi reposo, de lo que es el amor cuando lo infunde una mujer como Serafina. Me dices que me aleje, porque la ausencia es la panacea de estos dolores; pero ¿no has considerado que

no son borrables, ni por el ruido ni por la distracción, como lo serán por la ausencia, las impresiones de mi alma, y que la que he recibido quedará grabada en ella para siempre, y me hace desear más que nunca la soledad? Además, Félix, la ausencia está cercana, sin que yo la anticipe; en breve habrá concluído la temporada de los baños, entonces partirán..... y con ellas las flores, los ruiseñores, y cuanto ha hecho este verano de Bornos un paraíso.

Otro motivo no podía llevarme á Madrid. No que no apruebe tus ideas, querido Félix: el denominado despotismo ilustrado y el liberalismo de orden, esto es, religioso y monárquico, no se diferencian en la esencia, sino en el nombre; y si no me uno personalmente á tus bien intencionadas tareas, es por un sentimiento que está expresado en la respuesta que dió á Luis Felipe un realista que le quería y apreciaba mucho, cuando le ofreció un mando bajo su reinado: «Señor—dijo,—no puedo admitir: reservad vuestras bondades, que agradezco, para mi hijo, á quien crío para ser un servidor vuestro.» Mi carrera ha terminado, Félix; conservo mis cicatrices y mis recuerdos, que es lo sólo que queda al vencido, y los aprecio más que toda cosa que pudiera deslustrar su pureza y su dignidad; pero serán contigo mis simpatías siempre que te vea trabajar en

el bien, la gloria y la conservación de la nacionalidad de nuestra patria. A esto me dirás — como has sabido decirme otras veces — que son pocos los de mi partido que piensan como yo; á lo que te contesto: ¿Hay muchos en el tuyo que piensen como tú? ¿Hay muchos que nos hayan tendido una mano amiga? La generación, que por desgracia ha envejecido en sentimientos hostiles, de temer es que no cambie de sentir; pero á la puerta está el porvenir, la nueva generación, y con ella una renovada era, en la que, cediendo cada cual en sus pretensiones, pues la experiencia habrá asustado á los unos al mostrarles los excesos de sus máximas, y habrá desanimado á los otros al convencerlos de que en vano luchan para sostener íntegros sus principios, se unirán como la fresca hiedra al fuerte roble, hermosteando ésta á aquél, y aquél sosteniendo á ésta. — Soy bastante joven para unirme en simpatía á esta fusión que deseo, pero no lo suficiente para unirme á ella de hecho. Como hombre político, imito á la viuda del Malabar: muero con la causa que sostuve. Hay muchos que no conciben que un hombre que ha figurado en la vida pública, la abandone y prefiera el retiro; así como no comprenden que una mujer bonita prefiera al mundo en que ríe y brilla, el convento en que tranquila ora. Yo, Félix, diría á estas personas, que no hay juicios más falsos y

más errados, que aquellos que formamos empeñándonos en juzgar á los demás por nosotros mismos; juicio que condena la filosofía popular, atribuyéndosele en un conocido refrán al ladrón (1). Cuando me hallo en el campo, al pie de uno de nuestros olivos, tan profundamente arraigados en este suelo, viendo pasar por entre las adelfas, que tan brillantes florecen en esta su atmósfera, al río, que, como há siglos, va poco más allá á extenderse por el campo en que sucumbió la usurpación musulmana; en la haza que aún lleva la denominación de *la Cava*, paréceme que las cañas que bordan sus orillas susurran los romances españoles, y que el agua murmura en nuestro claro, puro y sonoro idioma antiguas crónicas de sus glorias y vicisitudes. ¡Y cuánto gozo cuando oigo en boca de estas gentes de campo, referidas aquellas hazañas, ya cantadas en coplas, ya contadas en leyendas, curso de historia tradicional, que sin faltar á la verdad esencial, la embellece con genuinas y poéticas ficciones, y en oírles exclamar entusiasmados: «Buenas serán otras tierras, señor; pero en diciendo ¡ESPAÑA! ¡ESPAÑA! ¡ESPAÑA!....., se le llena á uno la boca, se ensancha el alma y se alegra el corazón.»

Entonces, Félix, vuelvo la cara con dolor y

(1) Piensa el ladrón que todos son de su condición.

vergüenza, de ese heroico pasado á este raquítico presente, comparando este real y patente amor al país, al ficticio y apóstata patriotismo actual, que desprecia cuanto español existe, reniega de su esencia, vende los templos, destruye los monumentos, y burla cuanto aquél acató. ¿Acaso no se acaba de demoler en Córdoba lo que aún quedaba de la casa del Gran Capitán, su fachada? ¿Dónde están los descendientes de D. Gonzalo Fernández de Córdoba, que muchos se precian de serlo, que tal vandalismo permitieron? ¡Oh grandeza de España!..... Despierta, sacúdete, piensa en tus deberes; que bien dicen los franceses en su bella sentencia NOBLESSE OBLIGE. Piensa que has heredado de tus antepasados, no sólo sus rentas para disfrutarlas, sino también su grandeza para sostenerla, su nobleza para honrarla, sus posesiones para conservarlas, y su lustre para transmitirlo ileso á los que te sucedan.

Félix, Félix, ¿qué hemos adelantado en tantos años de moderna cultura y civilización? ¿Tener un teatro francés, una ópera italiana y un *jockey-club* inglés? ¿Esto es lo que presenta como modelo de cultura y adelantos la capital al país? ¿Qué más? Sí; el acatado imperio de la moda y del denominado buen tono, esto es, ver á las mujeres desfiguradas, á la lengua desfigurada, la fisonomía del país desfigurada, y el carácter nacional desfigurado. Buscad

vuestros genuinos modelos en las comedias de Calderón y de Lope, y en todos aquellos cuadros de costumbres contemporáneas, y no digáis que son aquellos tipos de fantasía y muy elevados para la vida real. No, no; eran entonces exactos. De manera que si ahora están elevados, es porque nosotros hemos descendido. Molière pintó á los franceses de su tiempo, que son los franceses de ahora, sin polvos y sin peluca. Si los hombres forman las épocas, las épocas forman la sociedad, y el teatro de costumbres es un traslado.

Así es, Félix, que exclamo, no con la agria sangre del espíritu de partido—no es cuestión de partido ni de política,—sino con la caliente sangre española de mi corazón: ¡Retroceded, retroceded! Y no hagáis de nuestro noble y poético país un ridículo maniquí. ¡Retroceded, retroceded! Que cuando es incontestablemente mejor lo pasado que lo presente, RETROCEDER ES PROGRESAR. ¿No vale más que toméis por modelo al noble padre que os dió el sér, y cuya sangre corre por vuestras venas, que no al vecino que os es extraño y os mira con burla y desdén, por el mero hecho de imitarle? ¡Qué poco muestra valer el que no aprecia y sostiene su personalidad!

¡Llor á los poetas, hijos amantes y amados de la España, sus solos defensores ostensibles, que enarbolan la bandera de la nacionalidad

sacudiéndola el polvo del olvido y del desdén, borrando las arrugas del mal gusto, dando nuevo brillo á sus colores deslustrados, desteñidos por la imitación, ese Mefistófeles del genio, como la llama Lamartine, y alzándola á que ondee libre en la esfera de la inspiración que le es genuina! ¡Llor á estos vates nacionales y simpáticos, á cuya cabeza se halla Angel Saavedra, Duque de Rivas, grande de España por su clase y más por su corazón, al que la fortuna y la naturaleza dotaron de todos sus dones, como para enaltecer en su persona su misión regeneradora!

Me aplicas el trozo de Lamartine, poético y brillante como todo lo de aquel privilegiado talento y poética imaginación, pero falso. Mentiras que sonríen y se engalanan. ¡Cosas que mueren! ¿Qué son las cosas que mueren? No será la verdad, que es eterna. ¿Cuándo han muerto el Trono y el Altar? ¿Cree acaso Lamartine, al aplicar este trozo tan bello de forma á los defensores del Trono y del Altar, que el Trono murió en el patíbulo de Luis XVI, y la Religión de Cristo en aras de la entonces adorada deidad, la Razón? ¡Con cuánta más certeza, experiencia y buen sentido dice el profundo Balzac: «Escribo á la luz de dos verdades eternas, la RELIGIÓN y la MONARQUÍA, que son dos necesidades que los sucesos contemporáneos proclaman, y hacia las cuales todo

escritor de buen sentido debe trabajar en atraer á su país.»

No te pese que yo sea tu adversario en política; yo sólo actué en una palestra, y ésta ha dejado de existir; y ten presente que un noble y leal contrario vencido, es menos de temer que un partidario que no es lo que aquél.

Pero volvamos á mi situación actual.

Bien sabe Dios que, sea por instintiva previsión, ó por el giro que los reveses han dado á mi carácter, haciéndole desconfiado de la sociedad, así como antipático á la vida pública, he evitado, hasta el punto de parecer grosero, el entrar en unas relaciones que, por estar aquí de temporada esas señoras, habían de ser efímeras y superficiales; no me es grato conocer caras nuevas, sin la idea de que se tornarán en amigas, ni cultivar trato, sin la esperanza de que llegará á ser amistad. ¡Cuán lejos, pues, estaría de mí la idea de amar! Tenía la persuasión de lo que tan bien expresas en tu carta, esto es, que todo amor era fruta vedada en mi paraíso. No es mi pobre posición para que pueda ofrecer á una mujer que disfruta de la de Serafina, el compartirla conmigo. Además, sabía por D. Pío que ésta trataba de casar con Alejandro Fuertes, á quien conozco y creo bien poco á propósito para hacer feliz á una mujer tan superior como Serafina. Pero, por más que la razón y la prudencia proponen, los

eventos disponen. Una tarde en que, como tengo de costumbre, había llevado á *Tritón* al río, oí hacia el paraje donde se construyen los baños, gritos que denotaban algún accidente; corrí al sitio, y llegué en el momento en que Serafina, que había acudido al lado opuesto, quería lanzarse al río para socorrer á su hermana, la que, habiendo perdido pie en uno de los hoyos que tiene el río, era arrastrada suavemente por la corriente. Un momento después traía *Tritón* á la preciosa niña, á quien recibían en sus brazos su madre y su hermana. ¡Qué hermoso cuadro formaban en su forma y en su expresión la madre y sus dos hijas! No sé lo que era más de admirar, Félix, si la dulce y serena sonrisa que hermoseaba el rostro de la que acababa de hallarse en tan gran peligro, ó la angustia y lágrimas que embellecían los semblantes de las que no habían corrido ninguno. No siendo posible abandonar á las señoras en aquellas circunstancias, las acompañé á su casa. La gratitud que creían deberme puso en sus labios tan amables reconvenciones por mi extrañeza, y tan finas instancias para que en lo sucesivo admitiese las ofertas que me reiteraron, que era humanamente imposible no corresponder á su cordial finura. Volví, Félix, y volveré mientras aquí permanezcan. No corro riesgo; el mal está hecho y no puede agravarse. Al menos gozaré, como dicen los

andaluces, del sol mientras dure. ¿A qué y con qué fin haría, pues, ese sacrificio, si no puede disminuir un amor de aquellos que deciden de la suerte de un hombre? Pues yo, al menos, considero el amor según lo siento, como el móvil natural del matrimonio, y al matrimonio como á la gran base sobre que asienta el hombre su existencia; pero el amor ha perdido su carácter grave, moral y elevado desde que á porfía lo vulgariza la novela, lo sutiliza y amanera la versificación, toma su nombre el interés y la vanidad, lo frivoliza su alegría, que lo pinta niño, y lo profana y degrada la ciencia materialista en su brutal pretensión de que sobrepujan sus influencias á las del alma.

Dices que no conoces al hada que ha trocado este tranquilo y obscuro rincón en ameno edén. ¡Dichoso tú mil veces! Pues podrá parecerle soportable la vida lejos de ella, y podrás hallar bellas otras mujeres. Sí, Félix, es bella, pues no ha querido la naturaleza que nada falte á una de aquellas pocas obras que forma para modelo y muestra de lo que sabe y puede. La belleza es una necesidad para el amor; y la prueba es que el mismo amor hace bella, á los ojos de la persona que la ama, á la persona que no lo es. Si algún defecto tiene la delicada hermosura de Serafina, es quizás la finura misma y la pequeñez de sus lindas facciones. Lo que le es peculiar (y cada rostro tiene su pe-

cularidad que agrada con predilección, por ser exclusivamente de la persona) es aquella sonrisa tan grave y bondadosa, aquella seriedad tan dulce y tan natural á un tiempo, aquella dignidad bosquejada en suaves tintes, que revela ya la austera esposa y la madre perfecta. En la parte moral, le son peculiares las ideas elevadas, poéticas y maduras que recibe de su alma, de su corazón y de un entendimiento delicadamente cultivado, y las cuales expresa tan sencillamente, que á todos simpatizan y á nadie sorprenden; le son, en fin, aquel corazón tan sano y tan blando, aquella cabeza tan capaz y tan firme, que forman la mujer cumplida, tal como puede apetecerla por compañera el hombre que en cambio le ofrece un amor exclusivo y por toda la vida, un respeto nunca desmentido, una confianza sin límites, y el cumplimiento de todos sus deberes.

Aunque no soy naturalmente expansivo, lo soy con ella, porque cada conversación que tenemos es como un tema cantado á dos voces; lo que sucede cuando llevan los pensamientos un mismo giro, los ocupan las mismas cosas, los elevan los mismos sentimientos, y los consolidan los mismos principios.

La otra noche, después de saludar á su madre, que jugaba, me acerqué á ella, que suele estar sentada á la puerta del jardín en entretenidos coloquios con los ancianos caseros. Per-

manecí callado, porque el recuerdo de tu carta, que había recibido aquella tardé, me tenía aún más preocupado de lo que suelo estarlo.

—¿En qué piensa usted, Peñarreal? — me preguntó al fin Serafina con aquella voz tan dulce, pero tan clara y serena.

— La observaba á usted — le contesté — entre esos buenos ancianos que han vivido tanto, y entre estas frescas y lindas flores que viven tan poco; y viendo que simpatiza con ambas cosas, siendo contrastes, me preguntaba, sin hallar respuesta, qué era preferible, si una vida corta y bella, ó si una vida larga y buena.

— Creo — me contestó — que la razón dicta que lo sea esta última, si no hemos de preferir lo bello á lo bueno, en lo que habría quizás más poesía de imaginación, pero de cierto mucha menos poesía de corazón.

— ¿Cree usted que haya dos poesías? — le pregunté.

— Creo al menos — me contestó — que tenemos dos fuentes de poesía: una que brota de la cabeza, que es teórica; otra que mana del corazón, que es práctica.

— ¿Y me las podrá usted definir? — le dije.

— Puedo — contestó — explicarle fácilmente mi idea. La una crea; la otra embellece. La una tiene una varita de virtud por atributo; la otra un prisma. La primera es una bella hada que evoca maravillas, da alas al pensamiento

y le viste con las más ricas galas del lenguaje, de la versificación, del saber y de la elegancia; lo pule como un brillante, y lo pasa por el crisol de la buena crítica. Lábransele templos, téjensele coronas, es altiva y quiere triunfos. La poesía que mana del corazón no necesita ni lenguaje académico, ni palabras bien rimadas; es modesta, y nada es pequeño para ella; no hay choza, por humilde que sea, que no ilumine, ni terreno tan árido que no haga productivo; y mientras más humilde la veo, más bella y grande me parece. Es, á mi ver, la voz del ángel de nuestra guarda, que se esfuerza en hacérnoslo todo bello y bueno, infundiéndonos simpatías, benevolencia hacia las cosas terrestres, amor y ansias por las del cielo. La primera aspira á la gloria; la segunda á simpatías. La primera quiere y puede aspirar á la inmortalidad; la segunda quiere, cual eco, ser oída, pasar y no ser vista. Á veces están unidas, pero no suelen permanecerlo, porque cuando la primera alcanza la gloria, suele siempre acompañarla el orgullo, que ahoga todo cuanto brota del corazón (1). ¿Quiere usted que le ex-

(1) Podría decirse que hay otra tercera especie de poesía, la de la forma; poesía griega que aún conserva apasionados. Esta hacía que en Esparta se matasen los infelices niños raquíticos ó contrahechos, y que en Atenas se mandasen venir médicos de Asia para hacer abortar á las bellas prostitutas para conservarles sus hermosas formas.

ponga mi idea con un ejemplo, ó prácticamente? Note usted en el mundo esos poetas y escritores tan delicados, tan finos y estéticos en sus escritos; obsérvelos en su vida privada, comunes, viciosos, cínicamente materialistas y groseros. La poesía de sus escritos es poesía ficticia y de cabeza. Vea usted en cambio una madre de familia, cuya existencia es toda amor, toda sacrificio, toda olvido de sí misma, y que parte toda su vida y su alma y todos los sentimientos de su corazón entre rogar al Dios á quien adora y cuidar á los hijos que ama. Vea usted á la Hermana de la Caridad, que vela al enfermo soez y antipático á todo su noble y puro sér; á la joven, que á todo en este mundo prefiere la sonrisa de su madre y la aprobación de su padre, y al hombre que vence y sacrifica una mala pasión de orgullo, de venganza ó de bastardo amor en aras del deber: esa es la poesía práctica, la poesía de corazón; ellos son lo que los otros *pintan*. Hay hombres por el mundo—añadió sonriéndose—que tienen á la poesía en general por una vaciedad, y á los poetas por entes nulos, que emplean un ocioso é inútil trabajo en rimar cosas de poco sentido, con

Es claro que semejantes monstruosidades no pertenecen á nuestro asunto, y sólo las anotamos para hacer observar la horrible y bárbara tendencia de cuanto es material, aun en sus aspiraciones á lo bello.

lo que logran entusiasmar á los melifluos y hacer dormir á las gentes sensatas. Si estos hombres oyeran mi definición, la creerían más disparatada que la misma poesía.

—Siempre en el mundo—repuse—se ha visto en diferentes formas esa lucha entre el espíritu y la materia, que tan magistralmente ha personificado Cervantes en Don Quijote y Sancho. El autor, á quien ha dado la inmortalidad ese libro, hizo su obra con el fin, poco simpático para mí, de ridiculizar el noble espiritualismo en su caballero andante. Su chistosa burla lo parodió á la perfección, pero no le era posible quitarle la parte sublime á su tipo, cuya historia leo siempre con la risa en los labios y lágrimas en los ojos. «La parodia—dice el crítico francés Geoffroy—no estampa en los labios la risa, sino la mueca; no puede hacer escuela ni crear nada; no tiene el poder de la crítica, ni aun de la sátira, porque no respeta ni aun lo bello, y ahoga la idea en la burla.» La poesía —proseguí—á mi ver, está tan fuera del mundo, según lo hemos constituido, que sólo en libros no aparece ridícula. Dice un escritor que se firma Velisla en unos apuntes críticos de las poesías de Baeza: «Por una contradicción harto frecuente en la historia de la humanidad, hay que buscar en una época calificada de bárbara, la sensibilidad, el entusiasmo religioso, el amor caballe-

resco, el culto del honor, fuentes inagotables de poesía. ¡Cosa rara por cierto! Los grandes corazones palpitaban debajo de una pesada armadura de hierro, y ahora que iluminan todo el orbe los destellos del astro de la civilización, los corazones son inútiles; el hierro está en los corazones.» Y en prueba de la verdad de este hermosísimo trozo, ¿cuál es lo grande y lo bello que no se haya ridiculizado? Pobre desquite de esta prosaica, acerba y materialista era, cuyo tosco orgullo escupe á lo que está demasiado alto para que pueda pisarlo. ¿Qué es lo que ha escapado á este desprestigio general, que como una capa de nieve se ha extendido sobre todo, helando con su frialdad toda flor, todo brote, toda vida? ¿Acaso, Serafina, no es escarnecido el mismo amor, esa poesía universal, cuando engendra una pasión sin esperanza? ¿No es ridículo?

—Ridículo no—contestó ella,—pero quizás culpable; y en ese caso, os confieso que perdería á mis ojos toda su poesía.

—Serafina—dijo Primitiva corriendo de su sitio y acercándose á su hermana,—¿no es verdad que te gustan los caminos de hierro? D. Bonoso dice que son muy peligrosos, etcétera, etc. El comandante dice que son paparruchas como los globos, y D. Pío dice que no puede creer que una niña tan sensata como tú, sea afecta á una invención de locos y para lo-

cos. ¡Vea usted—le dije;—pues si mi hermana se entusiasma con ellos como usted con la quinal

—¿Le gusta, pues, la actividad y ligereza?—dije yo.

—No, señor—contestó la graciosa niña.—A mí sí me gustan, pero á mi hermana no le gustan las cosas sino despaciosas y sosegadas; cada uno en este mundo tiene su distinto sér, por más que se empestille la Constitución en que todos somos iguales.

—Entonces—dije, —será por lo cómodamente que se viaja.

—Tampoco ha acertado usted—repuso Primitiva.—En nuestra edad aún no se aprecia la comodidad, ese ídolo de las gentes machuchas; pero las gentes que se baten, que montan, que bailan y que corren, dejan en santa unión á la comodidad y á las canas.

—Pues entonces, ¿por qué es?—pregunté.

—Porque cuando haya caminos de hierro no se martirizará á los pobres caballos. Señor, mi hermana no tiene debilidades humanas; pero en cambio tiene debilidades de corazón, y es una de ellas el angustiarse la vida con las lástimas. Yo también creo que tengo buen corazón; pero evito estármelo crucificando ocupándome de cosas que no puedo remediar. Mi hermana no piensa así; cree que cada lágrima suya es un bálsamo ó un alivio para los atormentados animales.

—¡Ojalá lo fuesen!—exclamó Serafina.

—¡Ya! Si lo fuesen, yo también me pondría á llorar—repuso Primitiva;—pero si no lo son, ¿á qué despilfarrar tantas perlas, como diría Efigenio?

—No hay lágrima perdida—dije yo.—Un poeta alemán, Burger, dice que toda lágrima pura cae en las manos de Dios.

—¿Es usted poeta también?—exclamó la alegre niña.—Pues llorad y poetizad á dúo, que voy á decir á D. Pío que cuando saque á la lotería haré un camino de hierro de Jerez aquí, para venir á verle todos los años, y para que dé gracias á Dios de los progresos de la época, en los que no tiene fe, ni cifra esperanza, ni le inspiran caridad.

—¿Hace usted versos?—me preguntó Serafina cuando su hermana se hubo ido.

—En mi agitada vida—contesté,—no he tenido tiempo para nada sino para obrar.

—Pues ahora—dijo—tiene usted tiempo para todo.

—Y lo siento—exclamé.

—¿Y por qué?—preguntó con extrañeza Serafina.

—Porque mientras el hombre obra, goza; y cuando siente, padece.

—Padeecer es una pretensión muy general—repuso ella;—no tengo fe en el padecer que se explaya y que se queja: por ejemplo, si se que-

jase usted de su suerte, no sería el hombre superior que creo que es. Las palabras son á las cosas lo que el lecho de Procusto: agrandan las pequeñas y achican las grandes.

¡Cómo me he dejado llevar á transcribirte palabra por palabra uno de nuestros coloquios tan profunda é imborrablemente impresos en mi memoria! Te lo he referido para que comprendas y admires el modo de pensar y de sentir de Serafina, y para que veas qué pronto y con cuánta decisión y dignidad corta toda ilusión á mi amor, que en el arrastre del momento escapa á mi pecho. Sabe que la amo; pero ella ama á Alejandro, y rechaza con firmeza el amor que inspira á otro, y lo haría quizás con dureza y desprecio..... si no fuera un ángel!

¡Qué carta! Pero..... ¡hablaba de ella, y no he sabido acabar!

CARLOS.

CARTA XII

SERAFINA Á LUISA

Bornos, 15 de Julio.

Luisa mía: He recuperado mi salud en Bornos, y no obstante, hubiese preferido no venir, porque he de extrañar mucho volver á ence-

rrarme entre escuetas piedras, después de haberme apegado á este hermoso campo; oír aquel ruido monótono y cansado de una ciudad populosa, que fatiga, después de haber gozado de este silencio que encanta; mirar siempre aquel inquieto é incesante bullir del mar, hecha como estoy á la tranquila y dulce transparencia de este río; ver sólo muertos mástiles, cuando aquí únicamente veía árboles con hojas, con pájaros y con vida. Á medida que se acerca la época de nuestra ida, se aumenta mi tristeza, sobre todo cuando estoy sola, y no me domino para disimularla.

Fijo una larga mirada de cariño sobre todos estos amenos parajes, que he hecho tan míos como si en mi obsequio los hubiese criado Dios. Si pasan las galas con que los viste el verano, serán reemplazadas por las que consigo trae el invierno. En los campos, que van quedando escuetos, reemplazará el arado á la hoz, y la venidera cosecha los cubrirá de nacientes sembrados, verdes como la esperanza. La cogida de la aceituna alegrará los olivares; los vallados estrenarán nuevos atavíos; las cargas de frutas serán reemplazadas por cargas de leña para el alegre fuego, que es el alma del hogar doméstico, donde las bellotas y las castañas, en su abrigado traje pardo, inaugurarán el invierno, y el agua del cielo vendrá de parte de Dios á dar de beber á la sedienta tierra.

Mas nada de eso veré , y en compensación me ofrecerán llevarme al teatro. ¡Lo ficticio después de la realidad! ¡Y pensar que si Alejandro se acuerda de mí será para quererme llevar á Madrid! ¡Oh Luisa! ¡Yo no he nacido para esa vida de ruido y de movimiento!

Veo que extrañas que yo diga *si Alejandro se acuerda de mí*; pero, Luisa mía, estoy autorizada á dudar de su cariño en vista de la fría conducta que ha seguido, de la que estaría aún mucho más ofendida si fuese mi carácter exigente. No sólo han sido sus cartas escasas, y escritas con más prisa que cariño, sino que habiendo regresado de Italia, en lugar de haber sido lo primero acudir á mi lado, ha pasado de Barcelona á Madrid, sin fijar aún la época de venir á vernos. Es cierto que puede haber alguna culpa mía en este extraño comportamiento, al que presto alas no dándole quejas ni aun indirectamente: no lo he hecho, porque creo que las quejas, lejos de llenar el objeto con que se dan, causan el efecto contrario; y porque te confieso que ni mi corazón está herido, ni mi amor propio lastimado; y ahora conozco prácticamente las ventajas de los amores que tan graciosamente llamabas mansos ríos sin corriente, cielos despejados sin tormentas, azucenas sin colores ni matices. ¡Cuánta razón llevaba Carolina Meridal cuando nos repetía aquellas palabras de una autora sueca:

«Los grandes eventos, las pasiones violentas, son raros; en el curso ordinario de las cosas forman excepciones y no reglas; por consiguiente, hija mía, no aguardes combates ni emociones romancescas por miedo de que al no hallarlas caiga tu vida en la desilusión y en el fastidio. No busques fuera de ti el exceso de vida y sentir á que tu alma aspira: aprende á creártelo en tu propio seno; ama, sí, ama al cielo, á la naturaleza, á todo aquello que es bueno y puro, y tu vida se enriquecerá, y tu alma se ensanchará, y un suave calor circulará por tus venas!»

El profundo sentimiento que tengo, Luisa mía, y que oculto á mi buena madre cuanto puedo, es el estar comprometida y casarme con un hombre que, no sólo no me ama, sino que tan poco aprecia mi cariño y mi persona. Es la sola vez que este cruel secreto saldrá de mi boca. ¡Triste es confesarlo!..... Pero á la vista está que sólo tiene apego al dote que me da mi buen padre. ¡Ojalá no me lo diera!..... Pero lo que está hecho, está hecho. Para dar un paso atrás en un compromiso, es preciso que sea tal la causa que lo motive, que forme una barrera que alcance á ver toda vista. Alejandro es un hombre apreciable; no seré infeliz unida á él, según el mundo; si no soy feliz según mi corazón, este secreto quedará sepultado en él. ¡Ay, Luisa! ¡Cuán distinta hubiese

sido mi suerte si hubiese conocido antes á Peñarreal! ¡A él sí que se puede aplicar lo que dice Balzac, que «las almas grandes siempre están dispuestas á hacer de una gran desgracia una gran virtud»!

Cuanto bueno me dices que de él has sabido por tu primo Félix de Vea, te parecería poco si llegases á conocerle y comprender lo que vale. ¡Hágale Dios tan feliz como merece, concediéndole en la mujer que le destina lo que á mí me ha negado en el compañero que me preparara: un corazón que le ame, un alma que esté al nivel de la suya y un entendimiento que comprenda el suyo! Sentimos tan conformemente, que, entre nuestras muchas discusiones, te transcribiré una, para que puedas juzgar hasta qué punto simpatiza con mi sentir, y contrasta con aquellos continuos, gansos y necios sarcasmos, que forman por lo regular el tema de los que, sin serlo, se pretenden ilustrados, y entre los que tanto sobresalía Alejandro.

Discutíamos la otra noche sobre la irreligión, que palmo á palmo, y sin que por desgracia casi nada se haya atrevido á contrarrestarla, se ha infiltrado entre nosotros, y sobre el singular afán que tienen muchos escritores del día en asegurar con una serenidad portentosa que el pueblo no tiene ni sabe lo que es religión, y que sólo tiene fanatismo y supers-

ticiones, acatando y llamando milagros á las cosas que no lo son. La buena tía Belica, que nos escuchaba, y á cuya penetración no se ocultaba nada de cuanto decíamos aun en referencia, exclamó de repente:

— ¡Jesús, señorita! ¿Acaso hay quien no cree en milagros?

— Vea usted—me dijo Peñarreal;—para esa buena anciana es más incomprensible un incrédulo que un milagro. ¡Qué magnífica muestra, no sólo de fe, sino de buen sentido!

— Como que la fe—contesté—es la madre del buen sentido, y cuando se aparta de ella, desbarra. Tía Belica—proseguí,—dicen ciertas gentes de las ciudades que en el pueblo no tienen ustedes religión.

— ¡Ave María, señorita de mi alma! ¡Pues qué! ¿Nos creen moros?—exclamó la buena anciana.

— Ó cosa peor—repuso riendo Peñarreal.— Pero diga usted, tía Belica, usted que la tiene, ¿cómo se la ha enseñado á sus hijos?

— Señor—contestó la buena anciana,—como hacemos todos: cuando aún no pueden hablar los niños, les enseñamos á que digan por señas que sólo hay un Dios, y que Éste está en el cielo; cuando mayorcitos, les amenazamos, cuando mal quieren hacer, con que castiga Padre Dios, para enseñarles á que le teman como Juez soberano; cuando pueden hablar, lo

primero que les enseñamos es el Padrenuestro y á persignarse; después van á la amiga, donde aprenden la doctrina, á rezar el rosario y á tener compostura; á los siete años los llevamos á confesar. ¿Y qué más se ha de aprender?

—Y el cura completa la sucinta instrucción que necesita la dócil fe—dijo Peñarreal,—y esta sencilla instrucción contiene toda la Religión y sus misterios, y toda la moral cristiana en la aplicación de los Mandamientos. Quisiera saber lo que esos escritores entienden por esas *supersticiones* y por *ciertas ceremonias*, cuyo origen y significación dicen que ignora el pueblo. Cuando tales asertos se presentan con admirable aplomo al público, se debía, ante todo, profundizar en una materia tan grave; y la censura cumpliría con su deber en prohibirlas, en lugar de prohibir otras cosas de menos importancia y transcendencia. Hay que hacer distinción entre la zupia de los presidios que asesina y roba, y la gran mayoría del pueblo que ara y nos da el pan. El escritor público es responsable ante Dios y los hombres de la exactitud y certeza de lo que escribe. Pero esto habla con los escritores de conciencia..... ¿Y hay muchos? Los que combaten las preocupaciones son los más preocupados; y con tal de que hallen ocasión en que colocar las palabras *fanatismo*, *ceremonias* y *supersticiones*, palabritas bien sonantes para adornar esas fal-

sas, esas viejas ideas, engalanarlas y hacerlas pomposas, tenemos esos platos recalentados de la opípara mesa de Voltaire y secuaces. Estos lamentos, si saliesen de la boca de un anacoreta ó de un justo, tendrían buena intención, y el santo celo les daría respetabilidad y fuerza; pero los escritos en que se ven, les quitan por fortuna esas ventajas.

—¿Qué dice usted, tío Miguel?—pregunté al anciano, que embelesado escuchaba á Peñarreal.

—Yo, señorita—respondió el tío Miguel,—diría á aquellos usías: «¡Válgame Dios, señores! ¡Menos espuma.... y más chocolate!» Si ellos tienen el saber, acá tenemos la fe; y no salimos peor librados, porque siempre se ha dicho LA FE SALVA, y no el saber salva.

—¡Que aprendan esos falsos predicadores el verdadero saber religioso que ellos ignoran!—exclamé enajenada por la magnífica respuesta del anciano.

—Con el modo de pensar y de sentir que tiene usted—me dijo Peñarreal—tendrá muchas controversias que sostener.

—Ninguna—contesté:—ni mi edad, ni mi estado de soltera me autorizan en sociedad para disputar, ni mi carácter me lo permite, pues me sucede como á la simpática Mme. de Sevigné, á quien la sinrazón picaba, y la falta de buena fe ofendía; así es que prefiero callar.

Me arrastra el placer de escribirte estas conversaciones tan simpáticas á mi sentir, y que tanto concuerdan con mi pensar, y no sé hablar de otra cosa.

No puedes pensar lo hermosa que se ha puesto aquí mi Primitiva, que desluzce á todas las rosas de Bornos, y cuánto goza y se divierte, con ese corazón, perenne manantial de bondad, de alegría y de risa. Es cierto que nuestros tertulianos le dan pábulo á mantener su buen humor. La otra noche, cuando subí á mi cuarto, la hallé que pronta á meterse en la cama, se había arrodillado ante la ventana á rezar. Allí, arrullada por el canto del ruiseñor, la cantinela de la fuente y el recitado del grillo, se había quedado dormida, apoyada su cabeza sobre sus cruzadas manos. Llamé á mi madre y á las doncellas, y la acostamos en su cama sin despertarse; allí, tendida, cubierta de su larga y alta camisa de dormir, que retorcida á los pies arrastraba hasta el suelo en anchos pliegues, con la cara algo alzada, y sus blancas manos cruzadas sobre el pecho, parecía una de esas figuras ideales con que Flaxman ha representado el alma en su simbolización del Padre nuestro. ¡Nunca vi cosa más bella! Mi madre y yo nos miramos con dulce y admirada sonrisa; mi madre hizo sobre ella la señal de la cruz al bendecirla, y yo corrí su mosquitero de gasa. ¿Bastaránle en su exis-

tencia que comienza, la bendición de una madre y los cuidados de una hermana para preservarla de todo mal? ¿Cuál será su suerte?..... ¿Será también este ángel, para el hombre que se haga amar de ella y aceptar de sus padres, nada más que *la representación de un capital?* ¡Oh sabios hombres y delicados caballeros que instituisteis los mayorazgos..... por los que todas las mujeres eran pobres!

SERAFINA.

CARTA XIII

LUISA TAPIA Á FÉLIX DE VEA

Cádiz, 16 de Julio.

Por más que ponderen los adelantos de la ciencia médica, no los tengo por muy allá cuando á la hora ésta no se ha hallado más antídoto contra la falta de memoria, que los sempiternos palillos de pasas, á los que se atribuyó una virtud que no tienen, allá en los tiempos de las medias amarillas; pues el tiempo presente no es tan bonachón que atribuya virtudes que no tienen, ni aun á los inofensivos palillos de pasas, esos báculos de las uvas viejas. Averigua si el magnetismo cura la de-

bilidad de cerebro que produce el olvido, y si así sucede, hazte magnetizar cuanto antes.

La noche que te despediste, te hice un empeño en favor de un desgraciado, y te di un memorial que te supliqué entregases y recomendases ahí. A la mañana siguiente me encuentro el memorial — esto es, ¡toda la esperanza y suerte de un desdichado! — ¡en la rinconera, sobre la que al recibirlo lo depositaste! A eso me dirás, con una cara muy poco compungida, que fué un olvido, y con eso te crearás disculpado. Pero te engañas, primo, pues dice Franklin: «Se cree uno disculpado con decir: *¡Fué olvido!* y cabalmente esa es la falta.» Pero los *dandys* como tú hacen gala de todo, hasta de sus faltas.

Perdóname, Félix, mi poco amable franqueza; pero estoy ahora más hostil que nunca contra los hijos de Adán. Ese Alejandro que no escribe á Serafina y se va á Madrid sin verla....., ¿dirá también que es por olvido? El olvido es un compuesto de frialdad, de desatención, de frivolidad y de egoísmo chocantísimo, que sólo es perdonable en los niños. No se merece ese hombre insustancial á la mujer con quien está comprometido; mucho daría porque se desbaratase esa boda, que no hará feliz á la mujer que en el mundo más merece serlo. Él, cuando más, no la ama ni la aprecia como es acreedora á serlo, y, por lo tanto, no

es extraño que cada día la aleje más de sí. Tu amigo Peñarreal es un *raro*, que se hace valer como una buena moza vana, y desear como un día de sol en tu querido Londres.

Tú estás en el camino de la perdición con tus ideas antimatrimoniales—por consiguiente, antisociales,—las que precisamente te hacen mirar á la mujer con menosprecio, sin acordarte de que tuviste madre, y que no desearías que tu padre hubiese tenido sobre el matrimonio las lindas ideas que tú. Todas estas cosas me tienen tan irritada contra vosotros, que si aún hubiese amazonas por el mundo, sentaba plaza en su regimiento; pero ya no existen esas beneméritas heroínas. Es cierto que ha aparecido una falanje de pseudo-amazonas; pero, según he oído, no son nada hostiles al sexo feo, y así han degenerado completamente.

Si quieres volver á mi favor, ya que dices que tanto me quieres, lo puedes conseguir con dos cosas: la primera es que tomes, con calor, interés en la suerte de esa pobre víctima de una patente injusticia de su jefe y de un impertinente olvido de un papá de la patria; la otra cosa, es que tu segundo discurso en las Cortes tenga por objeto el proponer una ley humana en favor de los pobres animales, como se ha hecho en otros países, que en todo se imitan menos en eso. ¡Hazlo, Félix!..... Aunque

no sea más que para probar á los extranjeros que los toros no han hecho de bronce nuestros corazones para con los pobres inocentes animales, que tanto nos sirven, y á los que tan cruel pago damos. Si lo haces, Serafina y yo te alzaremos un altar en nuestro corazón, sin acordarnos de que no miras á las mujeres sino como pasatiempos, y no las crees dignas de compartir la existencia de un hombre.

¡Adiós, diputado! ¡Séate la diputación ligera!— Ten presente que el olvido es censurable en la cabeza, pero imperdonable al corazón; y así, acuérdate de tus amigos y tu patria, en la que, si bien no eres profeta, eres el coquito y el niño bonito.... y no te apedrearán.

LUISA.

P. D. Satisfaz mi curiosidad por escrito, ya que de palabra no lo has hecho, y cuéntame el origen de tu amistad con Peñarreal, porque no sólo me inspira curiosidad, sino que me interesa é *intriga*.

CARTA XIV

FÉLIX DE VEA Á SU PRIMA LUISA

Madrid, 24 de Julio.

Querida Luisa: Llegué á mi destino en el oportuno momento de cerrarse las Cortes, y me hubiese ido con la música y mi discurso á otra parte, á no detenerme aquí varios asuntos, entre ellos tu empeño, que haré con la mayor eficacia, aunque no sea más que para probarte que la flojedad de mi memoria la indemniza la fuerza de mi voluntad. Dícese, y con razón, que España es el país de los empeños, y que por ellos se hacen muchas cosas que no se deberían hacer. Pero ¿por qué no se dice también el infinito bien que hacen estos gnomos benéficos, que trabajan oculta é internamente el terreno del poder, guiados casi siempre por la caridad y la justicia en favor del que sufre ó es atropellado? ¡No parece sino que la sociedad es tuerta, y que ha perdido el ojo con que miraba el buen lado de las cosas, y no le ha quedado sino aquel que mira al malo!

Sábetete, prima mía, que el epíteto *dandy* que me das en tu no favorecida, me impresionó muy mal, como se dice hoy. ¿Tú sabes el ori-

gen de la voz *dandy*? Si hubieses estado en Londres como tu servidor (según lo atestigua inequívocamente mi equipaje, que huele á carbón de piedra), sabrías esta importante etimología: cáatala aquí auténtica. En el reinado de Enrique VIII se acuñó en Inglaterra una moneda pequeña que llamaron *dandy prat*. Desde entonces la palabra *dandy* se aplicó á los jóvenes cuyo exterior es brillante y cuyo valor es poco. Ya ves, prima mía, que el dicterio no es de lo más lisonjero para todo un diputado. Si quieres hacer burla de lo que llamas mi excesiva elegancia, llámame á la española pisaverde; esto, al menos cuando pasee por el campo, será una verdad de Perogrullo. No obstante, bien pensado, propondré en la Academia cuando sea académico, como más lógico, que en adelante el pisaverde signifique un rústico campesino, y que se cree para los melifluos ciudadanos la voz *pisa-alfombras*.

No pienso en hacer una moción para poner freno á las atrocidades que con un cinismo que levanta en peso, se cometen contra los pobres animales. Si tú hubieses hecho conmigo el viaje á Madrid en diligencia, y hubieses presenciado cosas que no te cuento por no causarte una impresión que destroce tu corazón, ¡qué no dirías!.... Pero no pienso desprestigiarme y ponerme en ridículo haciéndome el Don Quijote de los huérfanos y desvalidos ani-

males. Para dar ese paso aquí, es preciso ser un diputado *hembra*, que cuando impela la lástima su corazón, pase arrojado aunque sea por entre las llamas, y se le dé tan poco cuidado del ridículo, que no le valga la pena de alejarlo de sí con su perfumado pañuelo de Holanda, como lo haría con un mosquito. Pero á mí me falta valor para arrojarme á sabiendas á causar una risa homérica entre los dioses y semidioses del Olimpo de las leyes.

Ahora contestaré á la pregunta que me haces en tu carta sobre el origen de mi íntima amistad con Carlos Peñarreal: lo haré con tanto más gusto, cuanto que es éste tan honorífico para Carlos, como lo son todas las acciones de su vida. Una noche en París, en un club de extranjeros, perdí al *ecarté* algunos luises de oro, y al levantarme de la mesa de juego salí del club. Entré en seguida en una tienda, y al querer pagar lo que había comprado, saqué un luis, que me devolvió el tendero diciéndome que era falso; saqué otros, y sucedió lo mismo; de manera que comprendí había sido víctima de una estafa en la casa de huéspedes, en que abriendo mi *bureau* habían extraído un cartucho de luises, que habían repuesto con otro de ellos falsos. Mi primer pensamiento fué que lo serían igualmente los que había dado en pago en el juego. Corrí á casa, tomé dinero, y llegué desalado á la reunión, á la que conté lo que

acababa de sucederme, pidiendo excusas á las falsas monedas de oro, para cambiarlas por otras. Pero me fué contestado que un caballero español, al oír hablar de moneda falsa expedida en el juego por otro caballero español, se apresuró á recogerla, diciendo que conocía á la persona; que sin duda sería víctima de un engaño, y que él se encargaba de devolvérselas; lo que no llevó á efecto porque no sabía dónde yo paraba, ni podía dar con mi domicilio. Yo pedí las señas, y me dieron las de Peñarreal, y pude averiguar el suyo al tercer día de incessantes pesquisas. Esta noble y generosa acción, que salvaba el honor de un compatriota á quien no conocía sino de nombre, no necesita comentarios, ni es necesario decir que fué la base de una amistad como la nuestra; á lo que se agrega la gratitud que cree deberme, por haber asistido, á la par de él, en la enfermedad que le llevó al sépulcro, á su noble y honrado padre. Hija de Eva, ya está satisfecha tu curiosidad con saber, y lo está mi corazón con comunicarte lo que has leído.

Te harás cargo, prima mía, de cuál sería mi deseo de que Carlos, que siente un amor por tu amiga que es, como todos sus sentimientos, noble y profundo, obtuviese su mano en lugar de ese Alejandro que, según todos mis informes, es una calabaza hueca de las más reconocidas por tales. Sé que es muy difícil que esto

se logre, porque, aunque me has confiado que coliges por las cartas de Serafina que ella á su vez, sin saberlo, ama á Carlos, ni uno ni otro, por motivos de exagerada delicadeza, darán un solo paso para el logro de su felicidad. Vengo, pues, á hablarte de una travesura que he hecho, como hizo Iriarte su fábula del asno:

Esta fabulilla,
Salga bien ó mal,
Me ha ocurrido ahora
Por casualidad.

Atiende.

Entre las casas que visito, se encuentra la de la Condesa de Torreones, que es la más innata intriganta que se conoce. Esta señora, que ha estirado cuanto ha podido, á fuerza de moños, menjurjes, modas y toda clase de postizos, los restos de su disecada juventud, tiene una desmedida superabundancia de actividad, y el objeto de su vida es hallar en qué emplearla. Ha proporcionado un sinnúmero de cruces á sus protegidos. Cuando se estableció alguna economía en este ramo, no pudiendo renunciar al anhelo de proporcionar cruces, se ha metido á casamentera. La persona que me introdujo en su tertulia, que es muy concurrida, me informó de todos estos pormenores.

Cuando llegamos, ¿qué crees que es lo primero que nos echamos á la cara? A Alejandro,

que lucía su faja de general, su buena presencia y su aire vano; y lo primero que observé fué las particulares atenciones de que era objeto por parte de la dueña de la casa. Noté que se lo presentó á una señorita muy elegante (mal dije, muy compuesta), muy fina (no dije bien, muy vistosa), muy bien educada (tampoco he acertado, debo decir muy bien enseñada), pues sabe francés, italiano y toca el piano; pregunté quién era, y me dijeron era hija del Marqués de Fuente-Rica, PRIMERO DEL NOMBRE.

La moderna literatura ha puesto en circulación una porción de palabras que dormían el sueño del justo en el seno del Diccionario ó en los archivos de las ciencias, y ha hecho bien; que nunca por mucho trigo hubo mal año. Ocurrióseme esto al ver encontrarse al vistoso Alejandro y á la hermosa Fanchetta (1), por hallar que entre ellos había todas las *afinidades, atracciones magnéticas, corrientes eléctricas, arrastres y gemelismos* imaginables. Poco después se tocó un vals, y la Condesa suplicó al General que bailase con la consabida belleza. Cuando la vistosa pareja pasó en airosas vueltas delante de mí, me quedé admirado como un papanatas. Nunca pudo hallar la vanidad dos intérpretes más caracterizados; nunca

(1) Abreviatura francesa del nombre de Francisca.

frentes más erguidas, ojos más altivos, bocas más dedeñosas y talantes más arrogantes. Se han unido, pensé, y es preciso que sea para siempre. ¿Cómo pensar en divorciar al orgullo y á la vanidad? Deseaba tanto más esta unión, cuanto que, no sólo ellos, sino otros dos seres que tú y yo queremos con tanta ternura, serían felices á su vez uniéndose, lo que indefectiblemente sucedería si llegaban éstos á tomar la iniciativa.

Absorto estaba en estas reflexiones, cuando Alejandro el Grande vino á saludar al amigo que me había llevado allá. Apenas éste me presentó á él, cuando recordó mi familia, y sabiendo que venía de Cádiz, me preguntó si era verdad que la casa de Villalprado hubiese quebrado. Recordé que, efectivamente, una casa de Málaga con el mismo nombre acababa de suspender sus pagos, y una idea instintiva, que no tuve tiempo de definir y calcular, me hizo contestarle con todo aplomo afirmativamente. Al oír esta respuesta pareció muy contrariado; después quedóse por bastante tiempo pensativo; en seguida fué á sentarse al lado de la elegante Fanchetta, y cuando fuí á despedirme de la señora de la casa, oí que quedaron citadas para un paseo á caballo, en el que obtuvo el joven general permiso para formar parte de la comitiva.

¿Qué te parece de todo esto? Bien sé que si

Carlos, con su gran formalidad, supiese lo que yo he hecho, me reconvendría por arrogarme el papel de Destino, y por medios ilegítimos; pero ¿no será más bien que el Destino se vale de mi ingenio para labrar la felicidad de nuestros amigos? Y aun en el caso de lograrse sin intervención del Destino, no me podrás negar que soy más hábil que él.

La señorita Fuente-Rica tiene una enorme cantidad de millones, algunos al contado, otros en esperanza, porque toda la fortuna del Marqués, primero del nombre, es partible entre ella y un solo hermano. Es muy independiente, y no se casará sino á su antojo y sin tomar en cuenta la voluntad de sus padres, á quienes domina en todo: esto lo prueba el que la boda que éstos tenían proyectada con el hijo de otro rico capitalista, y que ella había aceptado gustosa, no se llevó á cabo después de haberla publicado, sin más razón que la de haber dado el novio en el Prado una ridícula caída del caballo.

Supe parte de estos pormenores por el con-
sorte de la Torreones. Este señor, que se casó por condescendencia y distracción, no ha perdido estas dotes, porque habiéndole encargado su mujer que nos hiciese una visita á Alejandro y á mí, y hablase á aquél detalladamente de la señorita de Fuente-Rica, y á mí de unas acciones de Caminos de hierro, el buen señor

no habló á Alejandro sino de vías férreas, ni á mí sino de los millones del Marqués de Fuente-Rica.

Adiós. Deseo salir de esta atmósfera que ahoga, y respirar aquellas brisas que envía la mar, frescas, puras y saladas, que nos vigorizan y alegran; ansío por ver salir y entrar los barcos, esos gigantes que con pies de plomo y ala de palomo recorren los mares. ¡Vivan los puertos de mar! Para quien le gusta la vida activa y el movimiento, son al continente lo que son á las casas los balcones.

En estos balcones hay flores; y la más bella de aquel balcón eres tú, prima mía, y no soy solo de mi opinión: Mr. Sterling, á quien he hallado aquí, piensa como yo. Repite cada hora, como el reloj, que no concibe tu implacable indiferencia hacia él, porque, en su concepto, lo que más debe hacer que se apegue una mujer á un hombre es verse querida. ¡Pobre señor! Se conoce que si bien no nació ayer, está *debutando*, como se dice aquí, en su carrera amorosa. Te digo formalmente que me compadece; el pobre, que lo conoce, dice que mejor hubiera querido enternecerte á ti que á mí. ¡Válgame Dios, primita mía!.... ¡Que tengas el corazón tan blando para con los animales y tan duro para con los hombres! Tu cabeza está completa como el Diccionario de la Academia; en cuanto á tu corazón, está incom-

pleto, como una obra á la que falta el último tomo. Eres un enigma, que acabaré por comprender con el tiempo. En todos será mi divisa la que contiene esta copla que cantaba el calesero que me llevó á Sanlúcar, y que apunté en mi cartera:

Si el casarse fuese un año,
Una semanita ó dos.....
¡Pero por toda la vida!.....
Esa no la trago yo.

FÉLIX.

CARTA XV

ALEJANDRO FUERTES Á SU ÍNTIMO AMIGO
EL CONDE DE BUENAVISTA

Madrid, 26 de Julio.

Tengo que empezar dándote las gracias por la visita que me diste para tu parienta la Condesa de Torreones, porque he hallado en ella, no sólo á la señora más *comme il faut* y agasajadora, sino una verdadera amiga, llena de bondadoso interés por mí. Reúnese en su casa una de las más agradables tertulias de Madrid, quiero decir, sociedad, en la que se encuentran todas las aristocracias y brillan las bellezas de más tono. No puedo ocultarte que una de és-

tas me tiene desde mi *debut* en aquel *hotel* encantado, trastornado, fascinado. De noche, de día, á todas horas, está ante mi vista, y ocupa mi imaginación esta *vaporosa*, *radiante* de hermosura y *esbelta* aparición.

Quisiera ser poeta para describírtela, porque conozco que es una profanación hacerlo en prosa. Meridional cuando monta y *polka*, occidental cuando canta ó toca, oriental cuando recostada en su otomana juega con su abanico ó *degusta* su café, Fanchetta Fuente-Rica es el tipo de la moderna é ilustrada elegante, es una *parisiense*: con esto te lo digo todo; tipo de elegancia interna y externa, pianista consumada, amazona tan airosa como *brava* (1), de carácter *fiero* (2) y desdeñoso, gracias á su incontestable superioridad sobre cuanto la rodea. ¡Qué independenciamiento en sus ideas! ¡Qué energía en su resolución! ¡Qué fuego y qué espontaneidad en aquella naturaleza excepcional! ¡Qué fosfórica imaginación! Seductoramente coqueta, deliciosamente caprichosa..... ésta es la mujer que nació para embelesarme, llenar mi corazón y completar mi existencia!

Digo esto, porque tú no ignoras que allá en mi primera juventud contraí un compromiso con una joven de Cádiz, de mucho mérito, no

(1) Valiente, bizarra, guapa, valerosa ó denodada.

(2) Altivo.

lo niego; compromiso en que tuvieron más parte nuestros padres, que eran amigos, que nuestros corazones, los cuales, por su inexperiencia, bien pudieron equivocarse una tierna amistad fraternal con la pasión del amor. ¡Amor! ¡Qué profanación aplicar ese nombre á aquellas relaciones, después que he conocido esta volcánica pasión hacia el ideal femenino que realiza Fanchetta!

Creo, pues, que es lo natural, lo más noble y honrado el que corte aquellas relaciones que fueron siempre tibias, y que cuatro años de ausencia, como tú comprenderás, no han debido inflamar, puesto que estimo demasiado á mi prometida Serafina Villalprado, que es una buena y dócil joven, para ofrecerle como suyo un corazón que arda en vivas llamas por otra, y sacrificar de este modo en las aras de una consecuencia puritana, no sólo mi felicidad, sino la de ella. ¿Quién será el insensato que se labre por sus manos su desgracia, y que lleve á efecto una cosa con anticipado arrepentimiento?

Además, querido, este siglo de luces ha concluído con toda clase de preocupaciones y de ilusiones, habiéndose refugiado aquéllas entre los pobres de espíritu, y éstas entre los pobres de razón, que son los poetas. Yo, que soy de mi época como el que más, debo considerar la vida, no sólo romancesca, sino prácticamente.

Serafina, hija de padres opulentos, se ha criado con todos los mimos que la riqueza procura, y está acostumbrada á grandezas y comodidades. Si hubiese traído al matrimonio los doscientos mil duros que prometió su padre, casada conmigo, de nada habría carecido; pero, por desgracia, habiendo éste quebrado (y por cierto que ha tenido la indelicadeza de ocultármelo), quedaríamos atenidos únicamente á mi sueldo, con el que no podría yo proporcionarle carruaje, cocinero francés, palco, en fin, aquel lujo á que está hecha, y esto sería para mí muy amargo.

Fanchetta, en cambio, con quinientos mil duros que le da su padre el Marqués de Fuente-Rica, respetabilísimo capitalista y excelentísimo sujeto, podrá seguir viviendo con el boato que tiene ó alguno más, porque el Marqués es económico y modesto, y no está por el boato.

Están, pues, claramente trazados los deberes que me imponen el buen juicio, la sana razón y la delicadeza, que son cortar suavemente y sin escándalo, por mutua ventaja, un compromiso que haría la desgracia mía y la de una joven apreciable, y hacerlo de modo que sin tomar la iniciativa, dé pábulo y pie á que la tome ella; con este fin dejaré de escribirle. Si tachan este proceder de poco franco, podré contestar que poco lo ha sido el de D. Pruden-

cio Villalprado y de su hija con haberme ocultado cuidadosamente su ruina.

Estoy cierto que tú, como yo, miramos con el desprecio y desilusión que se merecen aquel irreflexivo y párvulo axioma: «Contigo pan y cebolla.» No, no, «contigo jamón y champagne.» Esto es lo racional, lo sólido y lo conforme con el lema de intereses materiales que nos rige.

Debo á tu parienta mi felicidad: sus buenos oficios me ganaban el corazón de los padres, mientras mi pasión elocuente, porque era sincera, me ganaba el corazón de la hija, esa joya inapreciable.

Conozco tu amistad y tu influencia en Puer-tosano, y cuento con ella para mi candidatura á diputado. Estaré á la mira para la plaza de meritorio para tu sobrino, que dices no se quiere aplicar á nada. No olvides mi programa: «Bien del país, legalidad, filantropía y amor á las leyes.» Creo que en todos los partidos, fracciones y bandos hallará la más cordial simpatía.

Adiós. Vendrás á mi boda, ¡quién lo duda! Aquel día de felicidad y de enajenamiento no quiero que exista en mi pecho un deseo que no se realice.

ALEJANDRO.

CARTA XVI.

FANCHETTA FUENTE-RICA Á ALINA MUGUET.

Madrid, 4 de Agosto.

¡Y bien, querida Alina, ello es hecho!..... ¡yo me caso! no para vivir como un Catón, sino para gozar de independenciam. Me dirás..... ¿es con un príncipe? ¡*Hélas!* No; en España no hay príncipes como en Italia. Es con un general buen mozo, aunque no tanto como él cree serlo; buen muchacho, y más tonto que un ánsar; pero valsa bien y monta á caballo como Franconi: es, en fin, hija mía, un *pis aller* (1).

Sólo desde que él me acompaña ha podido lucir mi yegua inglesa *Arabella* toda su ligereza y toda su gracia: en el Prado á nadie se mira sino á nosotros; algunas conozco á quienes esto quema como ascuas. Mi noviazgo me fastidiaría de muerte, si no hubiese en favor de mi futuro consorte un secreto dramático, una Ariadna abandonada, la que, según dicen, ama con extremo á su Teseo. Este amor que llora, ha dado al General algún valor á mis ojos. Además, hay para mi solaz los desesperados esfuerzos que hacen para entermecerme

(1) Una torta á falta de pan.

mis demás pretendientes, esos quintos sin talla para mi servicio; uno habla de veneno, otro de echarse al pobre Manzanares: *cela fait pitié.*

A tu buen gusto confío la elección de mi *trousseau* de novia; que sea de lo más rico y de más *nouveau*. Mi padre te ha abierto un crédito de cien mil francos en la casa de F... Avísame si esta suma no alcanzare; el que me puso en el mundo sin yo pedírselo, me hará el favor de cumplir con los deberes de padre como compete. Si tiene millones, casará á su hija como millonaria; de esto te respondo. ¿Pues para cuándo los guarda ese padre avaro? ¿Será acaso para mejor ocasión?

Toda tuya,

FANCHETTE DE RICHE-FONTAINE.

CARTA XVII

FÉLIX DE VEA Á LUISA TAPIA

¡Victoria! La falta de cartas de Alejandro, que te indigna, no era sino el preludio de lo que ha hecho; y á mí, en lugar de indignarme, me encanta. La Fuente-Rica está pedida, está otorgada; el equipaje está encargado á París. Alejandro *reventa da forte.*

¡Nos hemos, pues, salvado, gracias en parte á mi papel de Destino, que he desempeñado de la manera más acertada! ¡Pobre hombre, que creerá de buena fe que Serafina estará llorando por él! ¡Con qué placer, en llegando su día, veré arrancada á su amor propio esta ilusión!

En cuanto á mí, hija mía, estoy perdido. El Duque de... ha participado á la Condesa de Torreones que mi difunto padre adquirió, cuando la enajenó el Duque, la gran parte de su propiedad que tenía en nuestra provincia, y que, por consiguiente, poseo grandes bienes raíces, además de caudal metálico. Desde entonces la Condesa ha hecho de mí su presa, y desde esa época ha descubierto y publica ponderativamente que tengo un regular parecer, unas maneras atentas y unas luces despejadas: desde entonces también me presenta á cuantas señoritas concurren á su tertulia, y me proclama el Fénix acuático de las playas gaditanas. ¡Oh! ¡Felices noches en que lo observaba yo todo desde mi rincón sin ser observado!

Para que la Condesa no gaste su pólvora en balde, le dije la otra mañana, estando sólo con ella, que en vista de que no había pronunciado mi discurso en el Congreso, por desquite trataba de predicar sermones en los templos, y que era mi intento entrar en la Compañía. Quisiera que hubieses podido presenciar el efecto

que le causaron estas palabras; parecía que le habían anunciado la muerte de su padre! ¡Qué raudal de reconvenciones, qué manantial de súplicas y advertencias, qué granizada de funestas profecías se aglomeraron entretreídas sobre sus labios! Por último argumento empezó á hacer elogios de una joven hija de un título, lindísima por cierto, que había visto en su tertulia, y cuyo talento y modestia me habían atraído todas las noches á su lado. Me dijo que tenía parientes en Palacio, y que traería en dote la llave de gentilhombre y uno de los títulos de su padre, siempre que pagase el novio las lanzas atrasadas; y que serían probablemente padrinos los más elevados personajes. ¡En qué cosas pende el giro que toma la voluntad! A veces en una nada, en un capricho, en un brote de independendencia, en un raptó de espíritu de contradicción, en un imperceptible átomo de orgullo, en una exageración de delicadeza; ¡qué sé yo!..... Lo cierto es que á pesar de agradarme y conocer el mérito de esa joven, la intervención de la celosa casamentera, la manera con que expuso como anzuelos las referidas ventajas, me hizo rehusar resueltamente la oferta: por eso dice La Fontaine que hace más daño un amigo imprudente que un enemigo discreto. Después de reflexionarlo bien, me he alegrado: no la amo, y estoy en posición de no casarme sino á mi gusto y

antojo; esto es, de casarme enamorado. No hay consideración ni *métome en todo*, por el que me deje poner el santo yugo; harálo sólo mi corazón. Pero como no amo, ni amaré — porque eso de amar es de tontos ó de hombres sublimes como mi Carlos, y no soy ni lo uno ni lo otro—cátate ahí, prima mía, por qué te repito por centésima vez que no cambiaré nunca mi dulce estado de soltero por la ávasallada y pesada condición de casado. La madre que enferma, el niño que llora, el ama que riñe, la suegra que mangonea, la cuñada que chismea..... ¿Habrá hombre que voluntariamente se meta en esa guinea?

Me dices que en qué consiste que no amo, y si acaso aguarda mi corazón para quitarse su cubierta de hule á que Dios críe exprofeso para mí alguna maravilla. No sé; pero no aguardo, ni busco, ni deseo semejante maravilla; y la prueba es que vuelvo al nido de alabastro de nuestras gaditanas, diciendo que en punto á corazón y á discurso,

El mismo que llevé
Traigo conmigo.

P. D. Hoy mismo escribo la gran novedad á Carlos (por supuesto sin decirle el papel de Destino que me he arrogado), y espero que tú lo harás á Serafina. Si nuestras cartas no surten el deseado efecto de acortar distancias, me

plantaré en Bornos á continuar mi oficio de Destino, porque no parece sino que esas dos medias naranjas, á pesar de haberse dado de narices, están la una en Flandes y la otra en Aragón.

Adiós..... aventajada discípula del famoso patrón Araña, que embarcaba la gente y se quedaba en tierra. Cuando prediques con el ejemplo, harán más efecto tus sermones.

FÉLIX.

CARTA XVIII

CARLOS PEÑARREAL Á FÉLIX DE VEA

Bornos, 6 de Agosto.

¡Cuán íntimo placer sentí al leer la carta en que me anuncias el proyectado enlace de Alejandro con la hija del millonario capitalista! No porque esto pueda dar margen á la más remota esperanza al amor mío; pero sí porque veo á Serafina escapar á la desgraciada suerte que la esperaba, unida á un hombre que es en un todo lo opuesto de ella. Cuando á la noche del día en que recibí tu carta fuí á su casa, la hallé triste y pensativa. Me senté á su lado, á la entrada del jardín, y callé largo rato por no ocurrírseme nada indiferente que decirle.

Al fin me dijo ella, con una de aquellas sonrisas exclusivamente suyas, que serían frías si la bondad no les diese su suave calor:

—¿Acaso habrá, según la poética creencia religiosa del pueblo, pasado volando un ángel entre nosotros, causando el aire de sus alas el silencio, esa incontestable señal de respeto?

—He notado que está usted triste—le contesté,—y así el silencio ha sido premeditado, y por respeto á la tristeza.

—Verdad es que estoy triste—contestó ella;—pero hay más amistoso interés en combatir y distraer la tristeza de nuestros amigos, que no en respetarla.

—Y si por acaso—pregunté—el amigo sabe la causa de esa tristeza, ¿podrá, sin faltar al respeto, combatir la causa en lugar del efecto?

Esto que dije, temiendo ofender el amor propio de esa mujer sin igual, no sólo no la ofendió, sino que ni aun pareció sorprenderla.

—¿Conque sabe usted—me dijo sin embarazo ni encono—que el hombre con quien he estado cuatro años comprometida á casarme, el amigo de mi infancia, ha preferido á otra por compañera? ¡Ha hecho bien, si ha de ser más feliz! La palabra empeñada es una de las trabas del hombre, con la que debe lógicamente acabar el espíritu de independencia de la época. No extraño que esto sea público, lo que extra-

ño es que sepa usted lo que en el bullicio del mundo es público y sabido.

—Tengo en mi arboleda—repuse—un pajarrito tan íntimo, que me averigua del mundo, sólo aquello que me interesa, y éste sabía que cuanto concierne á usted tiene para mí el mayor interés. Sabía cuánto debían afectarme sus penas de usted, y más que ninguna, la de amar sin ser amada, porque se compadecen con más vehemencia en otros los dolores que nosotros mismos sufrimos.

—No gusto—dijo ella—de hacerme pasar por víctima, ni de admitir de la amistad la compasión que no merezco. He amado á Alejandro, pero ya no le amo.

—Entonces —exclamé con júbilo que no pude reprimir, — entonces, ¿por qué está usted triste?

—Lo estoy—me contestó—porque siento en mi corazón, en el lugar que ocupaba un largo é íntimo cariño, un vacío, y que todo vacío es triste; lo estoy porque lo es ver ajada toda flor en el corazón, aun aquellas que no tuvieron fragancia.

—Pero..... ¿está usted cierta—le pregunté—de no amar al que ha amado?

—Muy cierta—contestó;—y no lo digo por ocultar ni aminorar el desaire que he recibido. Yo amo, no á la persona como se amaría una estatua; amo las cualidades que forman el in-

dividuo moral. Si las que creí hallar en el hombre que amaba han marrado ó no existieron nunca, el Alejandro de ahora no es el que amé. Por eso, si algo me es penoso, es la pérdida de mis ilusiones, y no la del cariño de un hombre que para mí no existe; y la prueba es que si fuese dable que quisiese reanudar nuestras relaciones, no lo lograría.

—¿Sería cierto?—exclamé con tal enajenamiento, que, sobrecogido como el que en sueños se despierta á sí mismo por una exclamación de júbilo, desperté á la triste realidad, y consideré que, aun estando libre el corazón de Serafina, no podía yo brindarle con el mío la posición que debe ocupar en el mundo.

—¿Conque extraña usted—dijo ella al ver que nada añadía á la exclamación precedente,—conque extraña usted que no ame á Alejandro?

—No lo extraño—respondí;—lo admiro como una de las mayores pruebas de la superioridad de usted; por lo regular, las mujeres se aferran en amar más á aquellos que menos las aman y menos las merecen.

—¿Y cuáles son, á su juicio de usted—tornó á preguntar,—las dotes que hacen á un hombre digno de ser amado?

—Si fuese por usted, Serafina—le contesté,—sería, ante todo, el saber apreciarla. El que sepa apreciar á usted comprenderá todo lo no-

ble, lo grande, lo elevado y lo bueno; sabrá considerar la vida desde el punto de vista que lo hace usted, con esa superioridad de miras que no aguardó á los años para madurar, considerándola buena por las virtudes, tranquila por la modestia y bella por la poesía; y si después de comprenderla simpatizaba con usted, ése sería el solo que la hiciese feliz, según usted entiende la felicidad.

—Nunca hallaré un hombre—repuso sonriendo Serafina—que tenga de mí esa opinión, que estoy cierta de no merecer.

—Es verdad—le dije—que será difícil, no porque no lo merezca usted, sino porque entre los hombres que actúan en el mundo, pocos habrá que simpaticen con su sentir. Puede que alguno haya, Serafina, y que á éste lo alejen tanto de usted los dones de la fortuna que la encumbran, que pasará usted ante su modesto puesto como el fulgente relámpago, sin notar al que su cercanía deja para siempre ciego á las demás bellezas de la tierra.

Serafina callaba y bajaba la cabeza, y yo no sé si habría tenido fuerzas para ocultarle por más tiempo mis sentimientos, si por fortuna no hubiese llegado en este instante Primitiva diciendo:

—Madre está gozando de las delicias de un tresillo que prolongan algunas *puestas*, *puestas* de mala gana por D. Pío, gracias á mí, que le

distraigo. Ya veo que el tío Miguel y la tía Belica se han ido en amor y compañía á gozar las delicias de un gazpacho con pepino y tomate; vosotros gozáis de las delicias de vuestras sabias conversaciones, y yo voy á gozar de las delicias del más dulce de los Morfeos, el Morfeo de Bornos, que me ha puesto ya los ojos del tamaño de granos de pimienta. Buenas noches, hermana; que descansen usted, Peñarreal..... en su jardín encantado. Memorias á *Tritón* de mi parte y de la de D. Pío: que si siente los síntomas de la hidrofobia, que tome el mezto mezclado con quina.

La hermosa niña abrazó á su hermana, y se fué. ¡A buen tiempo había llegado!..... ¡Porque si bien callando me consumo, declarándome me habría perdido!

CARLOS.

CARTA XIX

ALEJANDRO AL CONDE DE BUENAVISTA

Madrid, 15 de Agosto.

No sé lo que me pasa, ni si lo que estoy palpando es realidad ó es una estrambótica pesadilla. Veamos si puedo coordinar mis ideas: las ideas no podré; pero veamos si puedo coordinar los hechos.

Habrá ocho días que fué introducido en casa de tu tía, cuyo salón tiene ensanche de baldío y prerrogativas de miscelánea, un joven refugiado italiano, el conde Lasido Remí, de quien los papeles de su comunión habían hecho, sin su intervención, un héroe. Jamás vi fatuo más impertinente, más movible, más estrepitoso y más insustancial. Á poco de haber entrado, y como si estuviesen atraídos el uno hacia el otro por un imán de la fuerza más irresistible, se unieron las manos de este intruso con las de mi amada prometida para lanzarse en el torbellino de un vals, y para engolfarse, en las paradas, en una conversación tan animada, que no sé lo que sobresalía en animación, si los pies en el baile ó las palabras en el diálogo. Por fin terminó el vals, pero no la conversación; y cuando me acerqué á ellos, Fanchetta hizo como si no me viese; pero ¡cómo!—¡lo mismo que si hubiese sido mi persona invisible!—¿Lo concibes?

La conversación seguía con animación progresiva, sazónada de carcajadas y de burlas y sarcasmos sobre las cosas de España. Yo estaba volado y titubeando sobre el partido que debía tomar en la desairada y embarazosa situación en que me ponía la mujer que aquella misma mañana me había recibido como el amante con quien en breve va á unirse para siempre, cuando, organizándose un nuevo bai-

le, el Condesito se levantó para sacar á una dama con quien estaba comprometido á bailar.

—¿Quiere usted bailar?—dije á Fanchetta.

—No quiero bailar más—contestó volviendo la cara á otro lado.

—Bien, hablaremos—repuse disimulando mal la rabia que sentía.

—Es que tampoco quiero hablar—respondió con descoco.

—¿Y por qué?—le pregunté comprimiendo aún mi ira.

—Un capricho—contestó echando el lente á la pareja del Conde.

—Es que yo no sufro semejantes caprichos—exclamé indignado.

—*Comme il vous plaira* (1)—repuso la amable joven con la mayor frescura.

—¿Cree usted decente y delicado—dije—el que una señorita comprometida, y en vísperas de casarse con un caballero, se ocupe, de la manera que lo hace usted, de otro?

—Soy coqueta, se lo he advertido—me contestó.

—Me pone usted en ridículo con su coquetería.

—¡Ah! ¡ah!—exclamó.—Lo más ridículo del mundo es un marido celoso; nunca me ca-

(1) Como gustéis.

saré con un Otelo. Por lo tanto, agradezco á usted que me demuestre lo abominable de su carácter en tiempo oportuno para evitar el que llegue á ser su esclava consorte.

—Señorita—dije con voz sofocada por la ira,—este no es el lenguaje que es permitido á una mujer con el hombre con quien está comprometida.

—¡Avasallar la voluntad y el corazón á un compromiso!—exclamó.—¡Jamás! ¿Lo ha hecho usted? ¡Bueno sería anticipar el tirano poder de las cadenas del matrimonio!

—¡Si la oyese á usted su padre, Fanchetta!—exclamé asombrado de su imprudencia.

—¡Mi padre!—contestó ella.—¿Me quiere usted hacer miedo con mi padre como á los niños? ¡Pobre señor! ¡Ah! ¡ah! General, mi padre podrá escatimarme lo que se le antoje de su dinero; en cuanto á disponer de mi persona, tengo la independendencia suficiente para hacer vanos sus esfuerzos si lo intentase.

—¿Habla usted formal, Fanchetta?—pregunté atónito.

—Y tan formal—contestó,—que voy á decir á mi madre la escena escandalosa que en medio de un baile acaba usted de promover, de resultas de la cual tengo una jaqueca horrosa y los nervios atacados, y quiero retirarme al momento.

Diciendo esto, se levantó erguida y airada,

sin dignarse mirarme; buscó á su madre, habló con ella algunas palabras, y se fueron.

Yo me quedé como quien ve visiones, y haciendo un triste papel, que es lo que más siento.

Á la mañana siguiente fuí en casa de esas señoras para tener una explicación, y no fuí recibido. Posteriormente me avisté con el padre. El buen señor se me demostró muy sentido, me dió en todo la razón, y acabó por preguntarme qué era lo que haría yo en su caso, en vista de que su hija se negaba á cumplir su compromiso, no habiendo términos hábiles para obligarla á ello. El padre es un viejo, un patán, un necio sin carácter y sin ideas sobre las cosas, ni sentimientos de decoro, que tiembla y se encoge, sobre todo ante su hija. ¿Qué hacer, pues?..... Lo que hice: mandarle á paseo, á él y á toda su plebeya casta.

Estoy desesperado; voy á ser la fábula de Madrid, un héroe de zarzuela. No puedo permanecer aquí, pues provocar al Conde es colgar las campanas al campanario; y quedar impasible en este lance, además de serme imposible, me cubriría de ridículo. ¡Lo que me ha sucedido es inaudito! No extrañes si oyes decir que me he tirado un pistoletazo.

ALEJANDRO.

CARTA XX

EL CONDE DE BUENAVISTA Á ALEJANDRO
FUERTES

Puertosano, 20 de Agosto.

No, amigo, no; no pienses en suicidarte. Se-
mejante intentona es más que una calaverada,
es una calabazada, y por consiguiente poco
grave para un hombre positivo y predestinado
á la diputación. Te pondría en un espantoso
ridículo, y te daría visos de retrógrado, pues
el suicidio es lo sólo que por unanimidad de
votos conservadores y progresistas está conde-
nado á sí mismo. ¡Un BRAVO militar como tú,
muerto y no á manos del enemigo! ¡Quita
allá! Si te aferras en morir, vete á Hon-Sam-
King-Tou-Ly, y declárate en pro ó en contra
de la raza pelinegra—lo mismo da—y brillarás
en tu muerte como lord Byron, ó volverás á
tus lares coronado de hojas de té, que es el
laurel de los chinos.

¿No decías que era la señorita Fanchetta de-
liciosamente coqueta, seductoramente capri-
chosa? ¡Toma lo coqueta y toma lo caprichosa,
y vuelve por otral! ¡Bien empleado se te está!
Pero ¡qué *imbroglio*, qué guirigay, qué *salmi-
gondi*, qué galimatías de voces y de ideas con-

tienen tus cartas! ¡Unir lo oriental, lo occidental y lo meridional, que ni el palacio de cristal de Londres, para celebrar á una mujer! ¡Vaya con las tonterías! Cuando celebráis á las mujeres, no parece que buscáis el elogio, sino el lucir la extravagancia en la expresión.

¡Oh insigne Perogrullo, que yaces olvidado en algún oscuro rincón!.... ¡Si abrieses los oídos! Cuando halle tus restos, que busco —si es que aún quedan restos de ti en la que fué tu patria,—ofrezco á tus manes levantarles un monumento, que consistirá en una fuente de agua clara, sobre la que se levantará tu estatua con la mano cerrada, la que con tanta propiedad llamaste puño. ¡Oh insigne PEROGRULLO!

Bien te escribí que me chocaba aquello de *independencia* de ideas, *naturaleza excepcional*, etc..... Hijo mío, aquí en Puertosano creemos que lo *excepcional*, lejos de ser un mérito ó una gracia, es en el hombre lo extravagante y en la mujer es lo disforme, y que la tal independencia es una especie de dañino vértigo que torna el mundo en una casa de locos, y el hogar doméstico en un infierno. Cuanto te sucede te está bien empleado. ¿Quién ha visto á hombres que se afeitan, y á caballeros que se precian de delicados, celebrar como gracia los vicios de las *loretas* francesas, esto es, de muchachas de baja esfera y sin educación, encumbradas, por el vicio de los hombres de malas

costumbres, á la *brillante* categoría de mujeres entretenidas? Así es que tenéis las ideas torcidas y los gustos viciados por tanta novela francesa de malas tendencias, cuyos autores parece que no hallan ni conocen más heroínas que enaltecer que mujeres perdidas. Vé á Francia y pregunta á las gentes de razón y á las personas más delicadas si son allá tales gracias los citados vicios, y te responderán que son cabalmente aquellos de que más preservan á sus hijas. Porque podéis tener entendido que en Francia, como en España y en todas partes del mundo, los reales atractivos y méritos de la mujer, el mejor fruto de una buena, fina y culta educación en una joven, son la modestia y el decoro en su conducta y en sus maneras; el respeto, la sumisión y cariño á sus padres; el cuidado de su fama; en fin, todas las virtudes con las que el hombre que no tiene gustos estrambóticos crea en su mente el ideal de la mujer, y aparta de este suave tipo todo cuanto puede tener de común con su propia naturaleza, si aquél ha de ser exquisitamente femenino. Las mujeres nos dan en esto una lección de buen juicio, de buen criterio y de buen gusto, por lo poco que les simpatizan los hombres afeminados.

En fin, en lugar de hacer tragedias, da gracias á Dios de verte libre de la tal Fanchetta, que no era mala ancheta, y deja que en buen

hora cargue con ella el Conde, y que gaste los millones del padre en sociedades secretas, con lo que se verificará aquello del dinero del sacristán....., y considera que era cabalmente ese señor la media naranja de la niña de las *fieras miradas*, amazona tan *airosa* como *brava*. Reflexiona que eres entre el Lasido Remí y la Fanchetta un tercero *en concordia*, que es lo más inútil del mundo. Que no te lleve el Conde, vivo ó suicidado, amarrado al carro del triunfo, como los emperadores romanos á los que habían vencido. Di: «Camino de hierro, ¿para qué te quiero?», y vuela hacia los campos de Andalucía para deshacer la mala impresión que puede haber causado tu prolongado silencio, y devuelve tu corazón á Serafina Villalprado con los doscientos mil duros de que te ha placido privarla, puesto que, según he sabido por un sujeto de Cádiz que ha venido aquí á tomar los baños, su padre nunca pensó quebrar, y jamás ha gozado de más crédito que en la actualidad. Mira que las plazas vacantes en el servicio de las lindas jóvenes están solicitadas como nombramientos de diputados; pretexto para disculpar tu silencio una parálisis de la mano derecha ó cosa equivalente; en amor, el mentir es *peccata minuta*.

Este es el consejo de un amigo que desea no verte suicidado como un escorpión, sino diputado como una notabilidad. Ciertamente tra-

bajaré en tu candidatura, no porque me haya entusiasmado tu programa (en el que, entre paréntesis, se te olvidó añadir *al amor de las leyes «en particular á la del embudo»*), sino porque te creo moro de paz, y éstos tienen todas nuestras simpatías, pues no gustamos de que se vuelvá el Congreso un campo de Agramante para solaz de los enemigos del orden y de la unión. Pero déjate de buscarle plaza de meritorio á la buena alhaja de mi sobrino, que no ha querido aprender y estudiar. ¡Eso quisiera él para ir á Madrid con las mismas ideas, á pasearse, estirarse el frac y pedirnos dinero para ir al teatro Real y á los toros, y darse tono! ¡No en mis días! No ha querido aprender, ahora aprenderá prácticamente y á la fuerza. He escrito á un amigo á Barcelona para que le embarque en un barco suyo con un buen capitán, á fin de que se instruya en la navegación y se haga capitán de barco, lo que es hoy día una bonita carrera lucrativa é independiente.

Esto le bajará los humos; mal que se ha hecho epidémico y general. Todo humea hoy día: los barcos, los caminos, las fábricas, el dinero, la literatura, las artes, el teatro, la tauromaquia, el periodismo, la medicina, la espada, la toga, y sobre todo las cabezas! Todo ha subido en categoría, hasta los verdugos, que actualmente se llaman con todo respeto y decoro

ejecutores de la justicia, con ese *buen tono* imitador que han puesto en uso los periódicos de la capital, y que imitan los de las provincias con entusiasmo servil. Desengáñate, Alejandro, el buen tono y la verdadera elegancia es en todas partes no la *imitación*, sino la finura, la generosidad, la atención genuinas, unidas al buen gusto, á la delicadeza, al dominio sobre sí, adquiridos por la buena educación, adecuadas al país, al carácter nacional y á la época. El que imita, atrás se queda. Con esta verdad de mi simpático Perogrullo termino, y quedo tuyo

BUENAVISTA.

CARTA XXI

PRIMITIVA Á TERESA

Bornos, 25 de Agosto.

¡Qué cosas pasan en este mundo! ¡Qué estupendas, qué atroces y qué solapadas! ¿Puedes figurarte, Teresa mía, que Alejandro, ese feliz mortal que iba á tener la sin igual suerte de casarse con mi Serafina, de buenas á primeras la deja bonitamente plantada? Esto es inconcebible, pero muy cierto.

Serafina, felizmente, no la echó de Dido: no

se le conoció, por cierto, en la cara su percance, y así nada sospeché. Que no se aflija, lo comprendo; pero que no se indigne, ¡esto es lo grande! Bien se expresa la tía Belica cuando dice que tiene mi hermana sangre de horchata! En cuanto á mí, que la tengo *meridional*, como dice Efi, y *efervescente*, como asegura D. Pío, no habría tomado la cosa tan flemáticamente, y ese amante fementido y desleal hubiese oído de mi boca las tres famosas verdades del barquero. ¿A que no sabes tú cuáles son esas tres verdades, de las que todos hablan y pocos averiguan? Pues yo te las diré, porque me las ha enseñado mi tío Miguel. Son: «peso y medida, cuenta y razón, y la verdad encima»; lo que significa: el peso, esto es, las piezas que lo componen, las taras; las pesas que marcan la cantidad, y la lengüeta que arriba marca la igualdad de las pesas y que se llama la verdad.—Tía Belica explica estas tres verdades tan decantadas de otra manera; pero ahora no tengo tiempo de referírtelo, porque quiero proseguir mi relato, y contarte por sus pasos contados los *memorables eventos* que suceden en este Bornos, tan hipócritamente tranquilo, monótono é inocentón.

Pues, como te iba diciendo, Alejandro, al volver de la capital de los fieles, la echa de fiel; á poco se arrepiente, toma el camino y llega aquí la otra noche, donde cae en medio de la

tertulia inesperadamente como una bomba de grueso calibre. Carlos Peñarreal es el primero que se levanta y toma el portante; pero en lugar de dirigirse á la puerta del corredor se dirige á la del jardín. Don Pío desaparece imperceptiblemente, como una sombra que es. Don Bonoso saluda al General, le ofrece su casa, sus servicios, su persona, etc., etc., y se aleja haciendo cortesías hasta darse un encontrón en la puerta. El Comandante empieza á referir pormenores de su *intima* amistad con Belinto (Wellington), hasta que mi madre le interrumpe haciéndole presente que su huésped necesita descanso; el amigo de Wellington levanta el campo, entonces mi madre arruga el entrecejo, Serafina permanece impasible, y yo me echo á reir de ver la cara compungida de Alejandro, que parecía un San Pedro arrepen-tido, de uniforme. Parte entonces de entre sus bigotes una explosión de disculpas tocante á su silencio, si una tonta, otra más, como una escala en piano destemplado: una enfermedad, una caída de caballo, un consejo de guerra, una parada, estas cosas reunidas y contradictorias, unidas al deseo de causar con su repentina llegada una agradable sorpresa á Serafina, son las causas de su prolongado silencio. Mi madre, pobrecita de mi corazón, que es tan buena, que nunca decide nada por sí, sino por la impulsión que recibe de mi padre, decía que

sí, que no, que qué sé yo; hasta que Serafina, con mucha calma, tomó la palabra, y dijo: «Creo todas estas disculpas superfluas. Alejandro ha usado del derecho que le da su libre albedrío para variar de propósito en cuanto al compromiso que conmigo tenía, y no ha oído de mi boca una sola reconvención; espero que me imitará cuando á mi vez le diga que no variaré en el que, en consecuencia de su iniciativa, he tomado, de no volver á anudar nuestras cortadas relaciones. Como, por suerte, tengo padres tan buenos y amantes que no forzarán mi voluntad, todo está terminado con esta mi peréntoria declaración.» Diciendo esto, se levantó Serafina más seria que un juez, abrazó á mi madre al darle las buenas noches, saludó á Alejandro y se retiró.—¡Amigo!—pensé yo.—Esto se llama tener dignidad, y es harto más propio de una señorita bien educada, que aquello que á mí se me ocurrió de las tres verdades del barquero. ¡Ay, Teresa! ¡Lo que es tener una hermana mayor que dé buen ejemplo!.... Me pareció que también en esta ocasión debía seguir el ejemplo de mi hermana, y eclipsarme cual ella, para no aparecer una niña curiosa; pero mientras recogía mi bordado, oí que decía mi madre á Alejandro: «No te canses: conozco á Serafina: nada hace sin reflexión, y por consiguiente no suele variar de propósito. Cuanto hagas no la hará

cambiar, y sólo servirá para mortificarla. Y no cuentas con nuestro apoyo, porque su padre dice, y dice bien, como siempre, que aquellos que tienen una hija tan perfecta como Serafina, deben, en recompensa de su buen juicio y cordura, dejarle su libre albedrío en la elección del compañero de su vida. Quédate algunos días con nosotros, como antiguo amigo de familia, para que no llame la atención tu brusca partida, é imitemos en nuestras relaciones de amistad al día, que antes de desaparecer pasa por el crepúsculo.»

A consecuencia de lo que dijo mi madre, se ha detenido Alejandro aquí dos días; pero ¡qué dos días! ¡En mi vida pienso pasarlos más aburridos! Aquella alegría, aquella franqueza, aquella calma de los anteriores ha desaparecido; no parece sino que el risueño verano se ha trocado en un mustio invierno, sin lumbre, sin castañas y sin Nochebuena. A Peñarreal ni se le ve, ni se le oye, ni se le entiende; lo que no es muy político que digamos en un caballero tan fino como él. Don Pío guarda cama, porque está resfriado, lo que creo es debido al mucho aire que levantó Alejandro al entrar tan brusca y estrepitosamente. Al ver á éste tan displicente, D. Bonoso no sabe dónde mirar, y se le hielan en la boca hasta las etcéteras. El Comandante es el único que hace el gasto de la conversación con sus historias más absurdas

la una que la otra. En la partida, Serafina reemplaza al médico, que se estará curando á sí mismo, según el precepto del Evangelio. Mi madre está distraída; Alejandro suspira y bosteza alternativamente; y yo, por no tener que hacer otra cosa, me he venido á referírtelo todo como una cotorra. Pero ahora llega Morfeo espada en mano, sin concederme más tiempo de vela que el preciso para rezar y decirte: ¡Buenas noches!

(A la mañana siguiente.)

¡Ay, Teresa! ¡Alejandro está malo, con calentura, dolor de cabeza y ronquera! ¡Y D. Pío que no puede venir á verlo! Don Bonoso ha ido á consultarle en comisión, y ha traído por respuesta que siendo lo que aflige al paciente un hervor de sangre, debido á su precipitado viaje en tan calorosa estación, debe darse al instante una sangría, y tomar lamedor de calabaza. Yo me eché á reir, al ver que D. Pío se volvía homeópata sin saberlo. Serafina es una *roca sin orejas*, como dice Luis de Góngora, cuando no la enternece la melodiosa ronquera de Alejandro, víctima infeliz de la ley del Talió.

¡Oh Bornos, teatro de grandes sucesos y punto de reunión de hombres extraordinarios! Aquí se ve un príncipe encantado en jardinero que no se quiere desencantar. Un D. Pío con

alma y sin cuerpo, y un D. Bonoso con cuerpo y sin alma. Un comandante que conoce á todo el mundo, y á quien nadie conoce. Una joven salvada de la muerte por un héroe que no se enamora de ella. Una infidelidad fulminante como el rayo, á la que sigue sin intervalo un arrepentimiento estrepitoso como el trueno. ¡Vamos, que este verano en Bornos será entre los veranos una notabilidad!

PRIMITIVA.

CARTA XXII

ALEJANDRO FUERTES AL CONDE DE BUENAVISTA

Sevilla, 28 de Agosto.

¡Confundidos se vean los nuevos regeneradores desde el primero hasta el último! Ellos han privado á la desesperación y á la misantropía de su solo refugio, que era la Trapa. ¿Qué les importaba la Trapa? ¿Qué mal les había hecho la Trapa? ¿Qué les estorbaba la Trapa? ¿Qué competencia podían tener con ellos los trapenses que no hablaban? ¿Por qué, pues, privar á la humanidad afligida de este campo de asilo? ¿Por qué quitar á los hombres el único lugar de paz y de descanso que para ellos existía, mediante á no pisarlo nunca una mujer?

¡Inflexible! ¡inexorable! ¡sin piedad! ¡sin recuerdos!..... Más hermosa que nunca, más rica que antes, esa Serafina me ha visto á mí..... á quien ama desde la infancia; sí..... me ha visto sufrir hasta caer enfermo, con una impasibilidad y una indiferencia que no hacen, por cierto, el elogio de su corazón. ¡Las mujeres! ¿Conoces algo más variable que la mujer? ¿Quién podrá confiar en el amor de una mujer, cuando es inconsistente hasta el amor de Serafina?

Todos han conspirado en mi daño. En primer lugar tu tía, que es la más entrometida é inoportuna casamentera del orbe; después Félix de Veá, ese Rothschildito, con mucho lastre en su caja y ninguno en su caletre; que me dijo que había quebrado D. Prudencio: ¡vea usted si se puede uno fiar de las noticias de un diputado!—Ella, Fanchetta, esa falaz coqueta sin sentimientos, formalidad ni decoro; y últimamente tú, sí, tú, que me aconsejaste que viniese aquí para que se renovase más vivo y ardiente que nunca mi amor por Serafina, este modelo de virtudes y conjunto de encantos, y para coger una insolación; de resultas de ella me sangraron, y allí corrieron unidas la sangre de mis venas y la de mi corazón, sin mover á piedad á aquella mujer insensible á todo..... ¡hasta á mi faja de general!

Me voy, me ausento, huyo de este país de

mujeres inconstantes é insensibles; me voy, pero no á China, como me lo aconsejas (¡vaya un consejo peregrino! ¿Qué tengo yo con los chinos?) Me voy á la Habana, á poner mar por medio, y pegar mi coraje contra los piratas; que así al menos serviré á mi patria. Las habaneras son lindas, seductoras, graciosas y ricas: puede que alguna cure las sangrientas heridas de mi corazón.

Adiós. Si quieres cigarros, te los enviaré; pero con una expresa condición, y es: que cuando vayas á Madrid, adviertas á la falange literaria que es tan fijo como el reloj, que provocaré en desafío al primero que bien en traducción, ó bien por su propia cuenta, haga la apología del vicio de la coquetería, el más perjudicial á la parte varonil de la humanidad.

ALEJANDRO.

CARTA XXIII

CARLOS Á FÉLIX

Bornos, 26 de Agosto.

¡Qué días he pasado, Félix! ¡Cuántos tormentos encierra un amor imposible! Créese la copa de acíbar colmada con la palabra *imposible*; pero aún hay sufrimientos que agregarle,

y son éstos los celos y la ausencia! Ya te escribí que había llegado inesperadamente Alejandro, y á qué punto exacerbó su estada aquí mis sufrimientos. Ha marchado; y si bien su ida no ha hecho brotar en mi pecho ninguna esperanza, ha dado al menos tregua á los tormentos que padecía; mas el verano está para terminar, y llegará la final ausencia, en que se envolverá mi vida como en una mortaja.

¡Qué carácter tan elevado, qué suave y modesta firmeza tiene, y qué incomparable mujer es Serafina! Parece siempre una suave y blanca nube de verano, inmóvil, gracias á la serenidad de la alta atmósfera á que se ha elevado. ¡Cuál será el feliz mortal que ella ame! Porque ahora me persuado que no ha querido á Alejandro: apegada á él en la infancia, después tratada de casar, no ha seguido en estas relaciones el arrastre de su corazón, sino el suave yugo de la costumbre y del deber. Separados desde cuatro años, ni el trato, ni la paridad de ideas, ni las simpatías de sentimientos que no existen, han podido despertar en ella el hermoso sentimiento del amor.

Alguna vez, Félix, cuando en la entera concordancia de nuestras almas, ella y yo echábamos una misma mirada sobre la existencia que tan conformemente considerábamos, hemos venido á concluir de común acuerdo sobre la parte de felicidad que Dios ha concedido á la

criatura, haciéndola consistir en lo inmaculado de la conciencia, tanto en punto á obras como en sentimientos; en que sean tales los afectos que abrigue el corazón, que se los pueda presentar á Dios como virtudes; en la completa indiferencia hacia las grandezas y vanidades del mundo, indiferencia que lleva consigo la modestia, como el estuche en que toda joya de valor se guarda. Y entonces, cuando veía llegar á esta joven sin experiencia de la vida, sólo por su exquisito sentir femenino, por instinto de lo bueno y de lo bello, por intuición de la cordura, al punto que he llegado yo á fuerza de conocimientos adquiridos práctica y teóricamente, y gracias al gran maestro, que es el infortunio, entonces ha habido momentos en que nos hemos visto unidos en esfera tan alta, que no eran parte á separarnos las razones que rigen en esfera más baja y cercana á la tierra. Pero desechaba tan pronto como la percibía esta consoladora idea, para que no se volviese esperanza que echase su áncora en mi corazón.

No puedo ofrecerle la posición que tiene derecho de aspirar. Y es mi sentir que el hombre debe elevar á su compañera, y no hacerla descender de la posición en que se encuentra. Sus padres rehusarían al desgraciado á quien queda de su patrimonio sólo una ruina, y de sus servicios sólo una cruz. Y yo, Félix, que nunca

conocí la ridícula y pequeña vanidad, ese vicio de ruines; yo, que tengo el orgullo por tan necio en la adversidad como brutal en la prosperidad, tengo la dignidad que impide ponerse en lucha con la sociedad, esa hidra malévola, ese estúpido gigante de cien brazos, que tritura al desgraciado y se ríe del poderoso. No me expondré á ser desdeñosamente rehusado. ¡No volveré á verla! Además, sufrir lo que sufro y callar, es ser más héroe que Mucio Scévola. ¡No, no volveré á verla!.... Teniendo presente que dice Shakespeare que de las poderosas razones nacen los poderosos hechos.

Adiós. Te envío, porque me la pides, esta cédula de vida, ó mejor dicho, esta expresión de mis padeceres, porque ya ellos solos forman mi vida.

CARLOS.

CARTA XXIV

SERAFINA Á LUISA

Bornos, 28 de Agosto.

¡Por fin partió, Luisa! ¡Y ha faltado poco para que ese hombre fuere el compañero de mi vida! Bien decías tú que no le amaba; porque estoy tan feliz al verme libre de este com-

promiso, que siento un sincero agradecimiento hacia él por haberlo disuelto. Luisa, en aquella alma tan pequeña no cabe su vanidad, á pesar de llenarla toda! Es hombre político por vanidad; su ambición es vanidad; su orgullo es vanidad; su amor es vanidad; todo en él es vanidad. ¡Qué cerebro tan vacío! ¡Qué ridículo y chabacano buen tono! ¡Qué pena de amor tan mal fingida! ¡Qué encono é impaciencia tan mal disimulados!

Pero, Luisa de mi corazón, ¿concibes que después de nuestra última entrevista, que te referí minuciosamente, no haya vuelto á casa Peñarreal, ni aun después de la ida de Alejandro? ¿A qué, pues, fingir, si no era verdadero, aquel amor tan sentido y tan profundo, aunque callado, por creerme comprometida con otro? ¿Acaso, Luisa, será la suerte de las mujeres honradas ser el juguete de los hombres, en despique de serlo ellos de las mujeres locas y coquetas? Yo me confundo; y las lágrimas, que no puede ya contener mi corazón, rebosan y caen sobre este papel, sin que trate de ocultártelas, porque ni hallo vergüenza en ser engañada, ni reparo en confesarte que mi corazón ha sido arrastrado á amar, por todas las cualidades y ventajas que pueda reunir un hombre para serlo, y todas ellas realzadas por la más bella, la dignidad en la desgracia, esa aureola que conservan caídos los hombres no-

bles, como los reyes su majestad en el destierro. La conducta de Peñarreal le parece á mi madre extraña, á Primitiva impolítica; ¡yo sola sé que es cruel! ¿Por qué introducirse poco á poco en la intimidad de mi alma; por qué siempre á mi lado, haberme hecho tan dulce mi estada aquí, tan bello cuanto nos rodea, para cortar de repente y sin motivo estas relaciones, que no puede ocultársele que me eran gratas? ¡Los hombres son duros, y siempre en nuestras relaciones ellos serán el acero y nosotras las heridas!

Mucho ansío porque nos vayamos; pero Primitiva desea quedarse para la feria de Villamartín, que es el 15, y mi madre quiere complacerla.

Hoy una pequeña causa me impresionó profundamente: oí de repente en el silencio de la hora de siesta los sonidos de un organillo, sin duda atraído por la próxima feria de Villamartín. Muchas veces has sido testigo de la impresión que me causa oír este instrumento. Sólo el poeta encuentra voces para explicar estos misterios del alma, estas impresiones indefinidas que, como volantes nubes, ya rosadas, ya negras, surcan la región del corazón. Pero es lo cierto que esos pobres sonidos, hijos de la armonía, presos en aquella cajita, esclavos de su dueño, que les obliga, ya á precipitarse, ya á arrastrarse lánguidos, martiri-

zándolos de modo que mueren de una débil queja, me han causado siempre una dolorosa lástima. Traídas á un país que les es extraño, esas modulaciones que después de reinar y entusiasmar en los primeros teatros del mundo, son arrastradas por toscas manos á los arrabales y mercados bastos, y que se ven mezcladas á dichos obscenos y groseros dicterios, me parecen ninfas entre salvajes que no comprenden su lenguaje, ni aprecian su exquisita belleza. He visto en esto siempre un sacrilegio músico, una profanación del arte. Así es que son para mí los sonidos de los organillos ambulantes tristes, tristísimos, ora precipítense en ficticia alegría, como baila el pobre jadeante perro al ver el palo en la mano de su bárbaro amo, ora decaigan lánguidos, como la voz que se ahoga en las lágrimas. Los organillos son el purgatorio por donde pasan las pobres melodías antes de volver al Paraíso, su patria.

Todo esto lo sentía tanto más, cuanto que me parecía mi corazón una de esas melodías que, despertada y movida por una mano poderosa, y abandonada después por ella, vibra aún, como una triste queja que se apaga en lágrimas!

SERAFINA.

CARTA XXV

FÉLIX DE VEA Á LUISA TAPIA

Madrid, 30 de Agosto.

He visto con gran placer confirmado en la carta que me escribes, lo que esperábamos, esto es, que nada lograría Alejandro; de lo que me alegro, con el doble motivo de ver á tu amiga sustraída á un enlace en que no habría sido feliz, y de ver al soberbio y engreído Alejandro llevar el premio que merece su odiosa conducta. ¡Qué castigo tan adecuado para el hombre más vano que he conocido en mi vida! No cesaba de hablar de la bella Fanchetta, que le oía con sumo agrado, de su noble raza; era pariente de los Churrucas, Gravinás, Apodacas, Galianos, Grandallanas, Ulloas, Alavas, en fin, de lo más ilustre de nuestra antigua Marina; mil veces sofoqué en mi garganta las palabras de una de las lindas fábulas de Hartzenbusch:

No se envanezca de su ilustre raza
Quien debió ser melón y es calabaza.

Me dices que estás indignada con la conducta que observa Carlos hacia tu amiga, en lo que eres sumamente injusta, según la en-

vejecida costumbre del bello é injusto sexo, que todo lo hace de prisa, sobre todo el juzgar. Por eso se han visto mujeres guerreras, mujeres poetas, mujeres maestras de latín, mujeres abogadas, mujeres sacamuelas, mujeres toreas, pero mujeres jueces..... ¡nunca! Belona comparte con Marte el diosado de la guerra, las Bacantes con Baco el de las borracheras, Tetis con Neptuno el imperio de las ondas, Juno con Júpiter el del cielo, las Musas con Apolo el de letras, artes y ciencias; pero en el reino de Minos no ha habido nunca mancomunidad femenina. Explicarte el móvil de la conducta de Carlos sería detenido, y lo dejo para nuestra próxima vista; pero ten por seguro que en todas ocasiones tiene ésta por móvil la delicadeza, que alguna vez exagera Carlos. Parto mañana para ésa. Cuando llegue hablaré á D. Prudencio Villalprado, y adquirida que tenga la certeza de que Peñarreal será recibido en aquella familia como es acreedor á serlo, lanzo mi vuelo hacia aquellos hermosos montes..... y por mí la cuenta de que el VERANO DE BORNÓS concluya por un casamiento, como una pieza de teatro ó una novela. ¿Y sabes que esta idea me sugiere otra? Y es que, en vista de este desenlace poco dramático, pero al fin término legal y moral de todas las novelerías pasadas, presentes y futuras (pésele al socialismo), si se imprimiesen nuestras co-

rrespondencias, compondrían, sin que le faltase tilde, una novela de la más genuina y cándida verdad, y de la más incontestable actualidad; su impresión no te llenará el bolsillo, pero te acreditará por el papel que en ella haces de buena y sincera amiga. Piénsalo: te autorizo á dar á la prensa mis cartas, que no son las menos interesantes, puesto que en estos sucesos represento el papel de Destino. No puedo pronunciar mi discurso; en cambio se imprimirán mis cartas. ¡Váyase lo uno por lo otro!

Me voy á despedir de la Condesa de Torreonnes, que no pudiéndome obsequiar con ninguna especie de cruz, me obsequiará con un diploma de incasable, que llevaré como mi broquel y más estimada alhaja. ¡Viva la vida de soltero, libre de cuidados, de exigencias mujeres, de ruido de niños, de suegra, cuñadas, compadrazgos y demás calamidades del horripilante hogar doméstico! El amor es un pasatiempo; y nunca falta una bella que no ponga á su amor un precio tan excesivo como el de uncirse recíprocamente al arado. Así pienso, aunque me riñas, y así pensaré siempre. Por fortuna, hay pocas Luisas y pocas Serafinas en el mundo, que serían las solas que me podrían hacer mudar de modo de sentir, y hacerme faltar á mi propósito.

FÉLIX.

CARTA XXVI

FÉLIX DE VEA Á LUISA TAPIA.

Bornos, 4 de Septiembre.

Persuadido como estoy de que no es curiosidad femenina la que te ha llevado á exigir de mí una extensa relación de todo lo acaecido desde mi llegada aquí, sino que es el interés del cariño que profesas á Serafina, me apresuro á cumplir mi cometido y á comunicarte cosas..... ¡cosas!..... cosas, Luisa mía, que no te aguardas.

Pero empezaré por referirte mi entrevista con D. Prudencio Villalprado, que no tuve tiempo de contarte, en la que, como ya sabes, proseguí representando mi papel de Destino, proponiendo á este señor, sin estar autorizado á ello, á Peñarreal por yerno. Hallé en D. Prudencio un hombre tan delicado como racional. Siendo su hija rica, no fué la falta de bienes del pretendiente óbice que le alejase, y siendo bien nacido, no fueron tampoco los pergaminos de Peñarreal cebo que le atrajese; porque D. Prudencio no es hombre vano, es un hombre digno; no es hombre que á todo antepone el dinero, sino que lo deja en su puesto secundario. Así fué que las buenas prendas y méri-

tos de Carlos, de las que tenía noticias, lo que de él le referí yo, y, sobre todo, la última carta de Carlos y la de Serafina que me entregaste, y que ambas puse en sus manos, fueron las razones que le llevaron á condescender gustoso en un enlace que hará la felicidad de esa hija que tanto ama y aprecia.

Llegué por la tarde aquí, y me hice conducir en derecha al *jardín encantado* de nuestro solitario. Le vi de lejos, apoyado contra un naranjo, con los brazos cruzados y la cabeza inclinada sobre el pecho. Dos seres que le aman le observaban: *Tritón*, que acostado á sus pies, fijaba en él su inteligente mirada y que no me sintió venir, y Ramón, que había dejado caer la azada, y absorto en contemplarle, tampoco notó mi llegada.

—Voy creyendo—grité desde lejos—que tiene razón Primitiva en llamaros encantados, pues por ahora lo estáis todos en estatuas.

Carlos se inmutó mucho al verme, y pasamos á su linda, fresca y perfumada habitación.

Conoces mi genio, y puedes inferir que me sería imposible privar por un solo instante al interesado de una feliz noticia; así fué que, apenas entramos, cuando dije á Carlos: «Aunque no has querido favorecerme con el cargo de pedir en tu nombre á un padre á su hija, yo me lo he tomado sin tu licencia, y con mil expresiones atentas de D. Prudencio Villalpra-

do, tráigote un recado especial, y es: decirte que será para él una satisfacción cumplida la de que obtengas el sí de su hija Serafina.» No puedo expresarte las emociones que se pintaron con energía en el hermoso semblante, por lo regular tan inalterable y sereno, de Carlos. La sorpresa, el enajenamiento, y últimamente la contradicción y la duda. Yo, que leía sus pensamientos en su rostro como en un libro abierto, le dije entonces: «Carlos, Carlos, la exageración es el escollo de las virtudes caballerescas; es el espíritu alambicado en que se disuelve la perla; es la sonora cuerda que por demasiado tirante se destempla; es, en fin, el imán con que un vicio atrae á sí á una virtud; por ejemplo, cuando hace que la delicadeza degenera en orgullo.»

—Pero—repuso Carlos con voz conmovida y aún irresuelto—¡si ella no me ama!

—Serafina te ama—exclamé, presentándole lleno de júbilo su última carta.—¡Anda! Tú que despertaste aquella suave melodía, recógela en tu corazón *antes que se apague en lágrimas.*

Carlos cogió ansioso la carta, pasó la vista por ella, en seguida se cubrió los ojos con una mano, como deslumbrado, y se dejó caer en una silla. Conocí que debía leer á solas aquella carta en que se retrata el alma y el amor de Serafina, y salí diciéndole que iba á

quitarme el polvo del camino, para que en seguida fuésemos á casa de las señoras, á las que ansiaba por conocer.

Cuando á la media hora volví, hallé á Carlos más sereno y más dueño de sí, aunque no pudo hablar palabra cuando me estrechó en sus brazos; y eso, Luisa mía, que ignora el golpe maestro en mi papel de Destino.

Llegado que hubimos á casa de esas señoras, hallando las puertas abiertas, entramos sin cumplimiento, á uso de Bornos, y vimos á la madre y á su hija mayor sentadas debajo del emparrado; la primera leía recio una carta, mientras la segunda ocultaba el carmín que cubría su rostro, inclinando la cabeza sobre el pecho. Colegí que ésa sería la carta que debía haberles escrito D. Prudencio.

—Señora — dije cuando nos presentamos, viendo á Carlos absorto en la contemplación de aquella encantadora mujer cuyo amor acababa de presentársele como un brillante sol que alumbraba su vida;—señora, aunque este caballero debía presentarme á usted, espero que no será necesario, si es que ha recibido una carta del Sr. D. Prudencio, en la que debe anunciarle la venida del mejor amigo de Peñarreal.

—Sí por cierto, sí por cierto—contestó apurada la señora mirando á su hija, que por lo visto aún no se había explicado sobre el asunto de que trataba la carta de su padre.

Pero yo, que estaba en antecedentes que faltaban á la señora, determiné marchar marcialmente hacia la solución de la cuestión. Así fué que dije á Serafina:

—Las situaciones embarazosas es preciso terminarlas brevemente. Traigo de Cádiz un sí, que espero será ratificado aquí con otro. Ya sé que es usted decidida para dar un no, á quien por castigo lo ha merecido; si es usted justa, debe tener la misma decisión para otorgar un sí á quien se lo merece como premio.

—¿Premio..... de qué?—repuso Serafina con alguna amargura, alzando la cara más linda que he visto, y fijando sus grandes ojos negros en el enajenado Carlos.

—Señora—dije á la madre,—me parece que para estas explicaciones estamos ambos de más. Si quisiese usted tener la complacencia de enseñarme el jardín, que con su frescura y fragancia nos convida á visitarlo, dejaríamos libre la discusión, según las exigencias de la época. Pero antes de todo—añadí dirigiéndome á Serafina—ruego á usted que lea esta carta, que la hará conocer mejor los sentimientos de Carlos que lo que él mismo pudiese hacerlo.

Diciendo esto, le entregué la consabida carta de Carlos, y me alejé con su madre.

Paseamos algún tiempo por el jardín, que me pareció muy lindo y muy alegre, sobre todo cuando echaba una furtiva mirada sobre

la hermosa pareja que tanto amamos y veía pintada en sus rostros una felicidad tal, como no la pueden comprender los que no saben amar como ellos.

Anocheció, á despecho de la luna más cachetuda del mes, que parecía soplar frescura y esparcir luz sobre aquel jardín fragante y engalanado. Pusieron en la sala la mesa del tresillo y trajeron el reverbero; entraron los consabidos tertulianos, que la señora salió á recibir. Me puse entonces ante la ventana á observarlos sin ser visto.

—Ahí está D. Carlos—dijo un hombrecito diminuto con voz agria, en el que reconocí á D. Pío:—es de manías.

—No habrá venido estos días pasados porque se lo habrán impedido sus quehaceres, el calor, etc., etc.—repuso en suave voz de bajo un señor gordo, en el que reconocí al señor Bonoso Rincón, sentándose á alguna distancia é imprimiendo su movimiento de rotación á sus pulgares.

—Los militares, fuera de las cosas de ordenanza, hacen lo que les da la gana; ¿está usted, D. Pío?—dijo con tono recio y sin sordina un militar alto y cano, pero derecho como una pica, que se paseaba por la sala, y en el que tú, como yo, habrás reconocido al comandante Tamaño.

En este momento entró en la sala..... ¿qué

te diré, Luisa? ¿Cómo te lo diré, que no te burles de tu pobre primo, vencido antes de luchar, prisionero antes de haber podido recurrir á la fuga? ¡Entró Primitiva!..... ¡Tú la conoces! Conoces á esa personificación de la primavera, en su belleza, en su frescura, en su alegría, en todos sus encantos; pero tú no la has visto, como yo, entrar en aquella sala, ajena de que nadie desconocido la observase, con su cabello remangado, fantásticamente coronada de flores, con un pañolón de espumilla graciosamente terciado, y decir á D. Pío, tomando el aire y deje de una gitana:

— ¡Real mozo, vengan acá esos cinco espárragos, que le quiero decir á su mercé la buena ventura! Vamos, señor, no sea usted *desabrido*, con esa cara de rosa del año pasado, esos ojos en cueva y ese pescuezo de botella; ¡no gaste tanta fantasía..... que no la tengo yo, y corre por mis venas la sangre del rey Faraón!

— La niña siempre está de buen humor— dijo en tono agrídulce el diminuto doctor, acercando la silla á la mesa y repartiendo las fichas.

— ¿Quiere su mercé, cara de pitiminí—prosiguió la hechicera gitanilla,—que le cante una copla?

Y sin aguardar respuesta, cogió una guitarra, y con una hermosa voz y mucha gracia se puso á cantar:

Médicos y cirujanos
No van á misa mayor,
Porque les gritan los muertos:
—¡Ahí pasa el que me mató!

—¿No le hace á su mercé gracia la copla?— prosiguió la niña, al ver que el doctor, más serio que un duelo, no pestañeaba.—Pues le diré un trabalengua, por ver si lo repite tal cual se lo diré.

Y con increíble velocidad prosiguió:

—El bastón del doctor Soyoclo no tiene puño; del rabo de la gatica mendiga scipitipandiga se le hará uno; y responde la gatica mendiga scipitipandiga, que su rabo no está para hacer puños al bastón del doctor Soyoclo.

—Vamos, Primitiva—dijo su madre;—deja esas niñadas, que son chabacanas.

—Madre—contestó ésta,—¡si estamos en Bornos, que es como si dijéramos en las Alpujarras!

—Niña, me parece.....—dijo D. Pío.

—¡Don Pío, calle usted!—exclamó Primitiva.—Y tenga presente que cada vez que su amor patrio le ha llevado á salir por campeón de Bornos, le ha costado un codillo.

—¡Juego!—dijo D. Cristóbal Tamaño.

—¡Comandante....., caramba con usted!—exclamó D. Pío.—Es usted capaz de decir que juega sin haber visto sus naipes. ¡Juego más! ¡Solo!

—¿Que juega usted sólo?—preguntó el comandante.—No puede ser.

—¡Solo, y tres más!

—Entonces son cuatro—repuso el veterano.—Doctor, ¿ha mirado usted con despacio sus naipes?

—¡Dale bola!—gruñó D. Pío.

—Eso quisiera usted—le dijo el comandante.

—Comandante—exclamó impaciente el doctor,—he dicho que juego solo; ¿lo ha oído usted?

—Don Pío, D. Pío, usted se exalta, se entrega á la pasión de la ira—dijo la divina niña,—y sepa usted que dice Bernardino de Saint-Pierre que los ancianos desprendidos de pasiones se asemejan á los dioses. Usted, por lo visto, no quiere entrar en esta categoría de semidioses, la que á los hijos de Esculapio da la ventaja de ser doctores del Olimpo. ¡Peor para usted! Pues así no pulsará á Venus, que tiene dengues, ni á Tetis, á la que le han sentado mal los baños de mar, ni á Diana, que padece de insomnios; ni podrá usted recetar su querida quina á Saturno, á quien sus hijos se le han indigestado.

—¡Vamos allá!—repuso D. Pío.—Se conoce que la niña lee con fruto, y que tiene buena memoria, pues hasta saca citas como un predicador ó un compendio. Pero, niña, usted que

sabe tan bien la fábula, ¿ha aprendido con igual perfección los deberes de casada y de madre de familia?

—Por ahora, D. Pío, sólo sé los de soltera é hija; y no quiero estudiar los otros, no sea que no me case y haya estudiado en balde. Además—añadió acercándose á su madre, cuya cabeza abrazó, besando repetidas veces su frente,—tengo tan buen modelo, que aprenderé sólo imitando.

—Pues ese buen modelo—repuso con su agria voz el Hipócrates de Bornos—en su vida ha leído un libro, según él mismo confiesa; ¿está usted, niña?

—Don Pío—contestó ésta,—los novios presentes, á imitación del siglo actual, tienen otras exigencias que los anteriores; sépalo usted.

—Niña, niña—repuso D. Pío,—lo que exigen los novios de todas las épocas es que sus novias sean mujeres de sus casas y buenas madres de familia; y los libros..... ¡maldito lo que contribuyen á esto!

—Según sean ellos, señor mío—exclamó Primitiva.—¡Ojalá—prosiguió echándose á reir—que mi buena aya, Carolina Meridal, que nos ha hecho quemar las pestañas sobre los libros, hubiese participado algo del sistema de educación femenina de usted, en el que aparece la ignorancia como base fundamental de

la perfección mujeril! ¡Las cosas que se hallan en Bornos! Toda mi vida he oído hablar de una secta ó partido que, según aseguraban, tenía muchos adeptos y partidarios, sin que jamás, por más que los he buscado, encontrase ninguno; ese sistema tiene por nombre *obscurantismo*, y ya encontré su gran preste. ¡Las cosas que se hallan en Bornos!

— Primitiva—dijo su madre,—deja en paz á D. Pío; que le distraes. No hables más disparates, que está ahí Peñarreal y otro caballero.

—¿Peñarreal ha venido?—exclamó alegre la niña.—¡Buenas noches, desertor! ¿Sabe usted que desde que no hay quien le saque de su jardín encantado, desde que le envié la flor del aire que para usted hice traer de Puerto Real, mandándole á decir que le remitía el emblema de su amistad, y que ni por ésas se ha dignado venir, le llamaba *Peña muy Real*? ¿Sabe usted que iba á mandar que doblasen las campanas, creyéndole muerto? Don Pío dice que tiene usted tercianas y debe tomar quina; y yo digo que es usted el marido de la luna, con sus crecientes y menguantes.

Entramos entonces con su hermana en la sala; mas apenas me vió la hermosa niña, cuando avisada quizás por aquel instinto mujeril que les hace adivinar instantáneamente la impresión que causan, se quedó parada, bajó los ojos, y un cambio repentino se verificó en

ella. Yo no sabía si sentirlo ó celebrarlo; pues si hermosa y seductora estaba antes, ahora me lo parecía aún más; ¡tal es el encanto del suave y delicado barniz que extienden la modestia y la timidez sobre la hermosura y gracias femeninas!

No te digo más, prima mía. ¡Estoy enajenado, loco!..... ¡Qué criatura! ¡Qué incomparable belleza, qué encantadora inocencia, qué seductora gracia, unida á tanta distinción y delicadeza! El hombre que puede aspirar á embellecer su vida con una compañera como ésta y no lo intenta, es un poste sin alma y sin corazón. Así es, Luisa, que te entrego mi persona, atada de pies y manos, para que en ella cebes tu bien empleada burla; y sólo te diré con León Gozlan: «He escuchado tu consejo, y doblo la rodilla ante tu buen sentido»; *el buen sentido*, que es aquella flor misteriosa, buscada por los españoles en los bosques del Nuevo Mundo, y que, según allí les dijeron, alumbra en medio de la noche, porque en lugar de rocío absorbe durante el día parte de la luz del sol.

Luisa, Luisa, acato ese tu buen sentido, porque ahora pienso y siento lo que me decías. ¡No! La existencia del hombre es incompleta cuando no tiene hogar doméstico, y en él una compañera á quien se adora en la juventud, se aprecia en la edad madura, se respeta en la ancianidad y se quiere en todas edades.

Á no ser aquel que se entrega á la vida religiosa, activa ó contemplativa, bien puede el hombre soltero distraerse, divertirse y gozar; pero ser feliz..... ¡no! A menos que no sepulte su sér en odioso egoísmo sin atender á su misión, ó abrigue en su pecho culpables amores ilegítimos, ahogando su conciencia; pues no hay amor noble y puro sino en el hogar doméstico. Siento y me avergüenzo, querida Luisa, de deber mi sincera y entusiasta conversión al poderoso arrastre del amor, y no á la suave persuasión de la amistad; pero ¿qué le hace, si el resultado es lo mismo? Tú, prima mía, preparaste el terreno en que había de nacer y alzarse la bella flor que recibe de la razón su virtud, de la moral su hermosura, y del amor su fragancia.

Abjuro, pues, mis necios errores en las manos y á los pies de los dos seres que para su dicha y su consuelo otorgó Dios al hombre; que son la AMIGA y la AMADA.

FÉLIX.

CARTA XXVII

SERAFINA VILLALPRADO Á LUISA TAPIA

Bornos, 10 de Septiembre.

Querida Luisa mía: Ya que por tu primo Félix lo sabes todo, ¿qué podré añadir? Que me pregunto cómo he merecido que tanto me favorezca Dios, que después de concederme los padres más cumplidos para haberme hecho feliz, me concede el compañero más completo para hacerme dichosa.

Nada me queda que desear sino el estrecharme sobre mi corazón. ¡Feliz tú como lo soy yo, cuando llegue el hombre á quien amas con aquel amor profundo que echa raíces tanto más fuertes cuanto que concentrado no se esparce en ramas y flores!

¡Me amaba..... Luisa! Lo sabes; pero déjame que lo repita mi corazón, como repite la voz la melodía que vibra encantadora en el oído; me ama y me amará siempre; lo siento, lo sé y lo deduzco, porque su amor es igual al mío. Me siento tan profundamente feliz, que cuanto pudiera decirte serían variaciones sobre el mismo tema. Como puedes colegir, nos establecemos aquí; pero pasaremos lo rigoroso del invierno con mis padres, y ellos parte del verano

aquí. Mi madre y Félix, que dice que tiene por misión especial intervenir y arreglar cuantas cosas á Carlos conciernen, lo mismo que tienen las Cortes la de intervenir y arreglar las del país, no quieren que vivamos, como hubiese deseado yo, en la preciosa casa de la huerta, que podría agrandarse agregando á la espalda local para las oficinas interiores. Se va á restaurar la casa que posee Peñarreal en el pueblo, y que mi madre halla hermosa. Félix es el que se ha encargado de todo, porque su innata actividad le hace hallar un placer en ello, y su buen gusto á nosotros una ventaja. Chimeneas, papeles, cuarto de baño, nada le faltará de cuanto el moderno buen gusto pueda injertar sobre la antigua solidez y grandiosidad; de manera que la buena anciana de piedra saldrá de las manos de tu primo como el Fénix de entre las llamas.

Este incomparable amigo ha hecho aún más. Habiéndose negado Carlos á dar pasos sobre la recuperación de sus bienes con una desidia *antigua española*, como la nombra Félix — desidia que estoy lejos de aprobar por mucho que me simpatice, — mandó aquí con todo sigilo á un hábil abogado, el que tanto en las escribanías, como por testimonio de agrimensores y noticias verbales, reunió todos los datos necesarios para entablar pleito, si necesario fuese, al apoderado de la casa; pero no lo

fué. Supo Félix en Madrid dónde residía el dilapidador, que es en la actualidad un rico y encumbrado personaje.

Este hombre, al saber por Félix la vuelta á su domicilio paterno del actual poseedor, á quien creía muerto; al examinar los datos que traía Félix, que descubrían la falsedad de cartas y firmas fingidas; al ver los avalúos rectificados, se sobrecogió y anonadó, dándose por muy feliz en devolverlo todo, con condición de que el asunto y las cuentas atrasadas se sumiesen en el olvido. Félix no quería; pero Carlos ha declarado perentoriamente que así será.

—Mal hecho—le dice Félix;—por esa mal entendida generosidad andan las cosas como andan en España.

—Verdad es—contestó Carlos;—pero la justicia tiene muchos defensores, que lo son por obligación y por encargo del Gobierno, que para eso los retribuye; esos deben defenderla porque es su sagrada obligación; yo estoy en mi derecho para perdonar, y perdono. Además, Serafina así lo desea.

—¡Ah!—exclama entonces Félix.—Si vas á seguir en todo las inspiraciones de Serafina, pronostico á los cuadrúpedos de Bornos la edad de oro.

Me dices que deseas que te escriba lo que nuestros tertulianos han dicho al saber mi ca-

samiento; cada cual se expresó según su carácter y su manera peculiar de ver las cosas.

Por primera vez vimos la cara de D. Pío completamente satisfecha, con la que dijo, dirigiéndose á Primitiva:

—Niña, ya ve usted que los caballeros de Bornos.....

—¿Que los caballeros y médicos de Bornos son buenos y pocos?—le interrumpió mi hermana. — Ya lo sé, D. Pío. Sepa usted, señor mío, lo que de seguro ignora, y es que los relojes de repetición ya no están de moda.

El comandante aseguró que con quedarme yo á vivir en Bornos, valía este pueblo ciento por ciento más, como un militar á quien adorna una condecoración.

Don Bonoso Rincón dijo que el Sr. D. Carlos tenía muy buen gusto, muy buen juicio, muy buen tino, etc., etc.

Pero, por hablarte tanto de mí misma, he omitido hasta ahora hablarte de otra cosa que me interesa tanto ó más que si fuese propia, y ésta concierne á mi amada Primitiva.

Sé la impresión que esta hermana de mi alma ha causado á tu primo, porque además de no disimularla, se lo ha dicho á Carlos, así como te la ha escrito á ti. Ahora te hablaré, como deseas, de la que ella recibió. Ese corazón, transparente aún como el cristal, no oculta sus más leves impresiones. Sabes que su pro-

longada infancia no ha sido deslustrada por esos amores anticipados, ridículos, fingidos y raquíticos, que, á pesar de su insignificancia y superficialidad, desfloran las primicias del corazón, distraen la aplicación necesaria para acabar la educación de una joven, impiden que se madure la razón, y crean los vicios de la vanidad, del disimulo y de la competencia, que aquélla no puede aún refrenar. Para conservar la niña, Primitiva no ha sido acostumbrada á ir á las diversiones; tampoco se la ha privado de todas, para evitar tanto el engreimiento, como el no dar lugar al incitativo de la fruta prohibida; pero las ha disfrutado escogidas y con moderación. Bien guiada y siempre vigilada, Primitiva es, en toda la extensión de la palabra, una joven bien educada; es alegre, sin ser frívola; inocente, sin ser simple; viva, sin ser atolondrada; instruída, sin pretensiones; bonita, y sabiendo que lo es, pero sin ser presumida; vehemente, pero contenida, y sobre todo dócil y verídica; cualidades que son la piedra fundamental de toda buena educación. Así es que su educación, unida á su carácter, que es aniñado, han alejado de ella hasta ahora todo pensamiento de amor. Siempre he temido á las primeras impresiones que recibiese ese immaculado corazón, porque sabía que serían profundas y vehementes, y he rogado á Dios que se las causara un hombre que la mereciese, y

fuese por lo tanto acreedor á que aprobasen nuestros padres la elección de su hija.

Cuando llegó, vi brillar en los ojos de Félix la admiración que le causaba esta hermana de mi alma; y cuando la vi á ella por vez primera bajar los suyos, turbarse y concentrarse su activa y móvil alegría, comprendí que iban á amarse y que debían amarse. Gradué que ella iba á ser el último y estable amor de ese Félix que tan ambulante y tan alegremente ha pasado los primeros años de su juventud, y que él iba á ser el primero de mi Primitiva.... ¡primero y último, Luisa, porque sólo una vez debe amar la mujer afortunada á quien no dejan sola la inconstancia ó la muerte; que la joven que comprende y conoce la inconstancia profana su corazón!

Félix, en los días que estuvo aquí, buscó siempre el lado de mi hermana, la acompañó á todas partes, aunque no la habló de su amor, porque si lo hubiese hecho, de cierto ella me lo hubiese dicho; pero se lo demostró tan patentemente, que ella no pudo dudarlo. Por mi parte, á pesar de las marcadas preferencias de que fué objeto por parte de tu primo, ni una broma le dí. ¿A qué despertar con ruido al que despertará suavemente por sí? Aunque me digas, como en otras ocasiones, que exagero, te confesaré que esas bromas sobre amor, dadas con tanta ligereza, me chocan mucho, porque

ofenden el pudor de los sentimientos secretos del corazón.

Partió Félix, y el dolor de Primitiva fué tan acerbo, que al ver las lágrimas que inútilmente trataba de reprimir, sentí correr las mías y estuve muchas veces tentada de estrecharla contra mi corazón y decirle: «¡Te ama!», para que no sufriese el dolor que pocos días antes destrozaba mi corazón. Pero me contuve, porque no tenía evidencia de los sentimientos de tu primo, y menos de la estabilidad que pudiesen tener.

Ayer recibió una carta mi madre; la abrió, y vió que era sólo un sobre, que contenía una carta dirigida á mi hermana.

—¿Qué es esto?—dijo mi buena madre, tan falta de malicia que le roba toda penetración.

—Será de Teresa—repuso Primitiva.—¿Por qué no me habrá escrito en derechura, como hace siempre?

Mi madre le entregó la carta.

—¡Ay! — exclamó Primitiva al tomarla — ¡No es letra de Teresa!

—Ábrela—le dije,— y veremos de quién es.

Primitiva rompió el sello y la abrió; pero apenas hubo mirado la firma, cuando el más vivo carmín se extendió por su rostro, que al momento después palideció, quedándose blanco como la azucena, sus manos temblaron, y dijo con voz que apenas pudo ser oída:

—¡Es de Félix de Veá!

—Y bien—dijo mi madre á la inmóvil niña,
—¿por qué no la lees?

Diciendo esto, los ojos de mi pobre madre se llenaron de lágrimas; había comprendido; á un tiempo desgajaban del árbol sus dos ramas. ¡Pobre suelo que criara la flor que una mano extraña se apropiará! ¡Válgame Dios, Luisa! ¡Que haya tanto encomio, tanta admiración y tanta gloria para un buen general, un hábil gobernante, un diestro facultativo, un cantante, un torero.... y no haya en los labios de los hombres ni un elogio siquiera para la buena madre de familia, el tipo más heroico, más respetable, más simpático y más ideal de la humanidad, que queda desapercibida como la bendita espiga en los campos de batalla! ¡Ay, Teresa! El corazón de sus hijos debe indemnizar á las madres de la punible indiferencia con que el mundo las ve cumplir su grande y noble misión!

Primitiva, que miraba la carta sin leerla, vaciló, clavó sus ojos en mí, y con un rápido impulso, se echó en mis brazos diciendo:

—Léela tú, hermana.

En seguida escondió su cabeza en mi hombro mientras yo leía.

«Primitiva: Yo la amo á usted, la amo con una pasión, un entusiasmo, una ternura y un respeto que me hacen temblar al aspirar á una

felicidad de que no soy digno, suplicándole á usted que me otorgue el que la pida á sus padres por compañera de mi vida.

»Aguardo su respuesta, para volar á sus pies y darle las gracias si es favorable, ó para volver á expatriarme en caso de que no lo sea.—
FÉLIX DE VEA.»

—Y bien, ¿qué dices? —preguntó mi madre á Primitiva, que seguía ocultando su rostro en mi seno y lloraba.

Y viendo que no contestaba, añadió:

—Pero ¿qué motivo hay para llorar, criatura? No veo que te pueda ni ofender ni afligir el que te quiera Félix de Vea. Por buena que sea la boda, bien sabes que no entra en las ideas de tu padre, y por consiguiente en las mías tampoco, el forzar las inclinaciones de nuestras hijas. Si no quieres á Félix, á pesar de su mérito y de ser un partido brillante, se rehusa y santas pascuas!

—Madre, yo no rehuso —dijo Primitiva;— no sé si la boda es brillante ó no; pero sí creo..... que amo á Félix.....

—¡Angela María! —exclamó mi madre.— ¡Acabáramos! Pero si lo quieres..... ¿me harás el favor de decirme á qué viene ese llanto?

Primitiva levantó su cara inundada de lágrimas, pero las que iba borrando la sonrisa como el arrebol de la mañana las estrellas, y dijo, echándose en sus brazos:

—¡Lloro..... lloro, porque si me caso nos separaremos!

—¡No lo permita Dios!—contestó mi madre cubriéndola de cariños.—¿Acaso no viviremos en el mismo pueblo? Pero ahora, hija mía, piensa en tu respuesta.

—¡Yo!..... ¡yo escribirle! — exclamó Primitiva. — No, no; no sé..... no puedo y no quiero.

Yo dije á mi madre, que exclamaba que á qué se había gastado tanto dinero en su educación, y mandado venir un aya de Francia, si á la primera ocasión que se le presentaba de escribir una carta salía diciendo que no sabía hacerlo, que la respuesta no corría prisa, y que era necesario que una joven, para dar el sí, no se mostrase tan apresurada.

Dos días después pude conseguir que Primitiva contestara; pero rompió cuantas cartas escribió, unas por cortas, otras por largas, otras por tontas, otras por frías, y acabó por echarse á mi cuello, suplicándome por nuestro cariño que le contestase yo en nombre de ella; lo que he tenido que hacer por complacerla y sacarla de sus apuros. Espero que Félix será bastante delicado para apreciar ese velo de modestia que el mismo amor tupe y borda con perlas. Te copio mi carta á tu primo.

«Mi hermana Primitiva ha querido contestar á usted para otorgarle el permiso que le pide; pero cada vez que lo intenta la pluma se

le cae de las manos, y esconde su encendido rostro en mi seno.

»Si este rubor que la retiene trémula al dar el primer paso en la vida, aunque ésta le sonría, contraría á usted, venga á mitigarlo, que, ayudado por el tiempo, lo conseguirá.»

Ahora, Luisa mía, quédame el pedirte excusas por una indiscreción que he cometido; no he podido ver el entrañable cariño que tiene por ti tu primo, sin haberle comunicado tu casamiento; no quiero que creas ha sido mi madre la delatora, pues no ignorarás que la tuya se lo ha escrito. Me dijo entonces Félix que te escribiese que había hallado en Bornos, entre otras cosas buenas, la solución del enigma que tanto ha buscado: el último tomo de la obra incompleta y la etimología de tu insensibilidad para con el apreciable míster Sterling. Añadió que te pondría en la Historia Natural; á lo que repuse que yo pondría á Felipe, y convinimos en que haríais una pareja, si no tan novelesca, mucho más simpática al corazón que no Eloísa y Abelardo.

SERAFINA.

CARTA XXVIII

PRIMITIVA Á TERESA

Bornos, 15 de Septiembre.

¡Teresa mía! Me llamas poco franca porque no te he escrito que tu primo Félix me amaba. ¿Acaso lo sabía yo? Para distinguir con seguridad lo que en los hombres es amor ó galanteo, sentimiento ú obsequio, es necesario aguardar á que el tiempo y las pruebas los deslinden. ¡Harto presente tenía el falso amor de Alejandro! Ahora que Félix ha probado la sinceridad del suyo, puedo decirte, sin lastimar mi recato de joven ni ofender mi delicadeza femenina, que yo también le amo, y es tanto..... tanto, que la más corta ausencia me entristece como una desgracia. — Pero ¡qué mucho, si el amor, con ser tan dulce, es triste! Mi alegría se ha dormido desde que ha despertado mi corazón, como calla el ruidoso gorjeo de los mil pajaritos del monte cuando en el valle comienza el ruiseñor su cantar divino.

Le amé porque conocía, sentía y sabía que él me amaba; pero su ida sin promesa de regreso me hizo dudar. ¡Ay, Teresa! ¡Qué punzante dolor sentí cuando pude creer que no

volvería á verle! ¡Jamás pensé que pudiese arrancarme lágrimas tan acerbas sino la muerte de mis padres!—Nunca habría sabido nadie que las causaba un amor desatendido, porque hay un sentimiento instintivo en la mujer que hace conocer á la menos culta que, en el amor, la mujer que toma la iniciativa sale de su esfera femenina, tiene en poco el recato y el decoro de su elevado sér y trueca en desfavor suyo el giro con que la misma naturaleza la enaltece, haciendo de su otorgamiento y correspondencia un favor apetecido y rogado por el hombre, y esto la desprestigia hasta á sus propios ojos.

Así fué, querida Teresa, que en aquellos crueles días y dolorosas noches velé *más que las estrellas* (1), lloré más que las nubes, ¡pero callé!.... como el arroyo que cuaja el rigor del frío. Otras lágrimas sucedieron á aquéllas cuando llegó la carta en que Félix se ofrecía á ser compañero de mi vida; pero, Teresa, una alegría que llora es una alegría solemne y pura, pues al pasar al través de estas aguas del corazón se ennoblece y dulcifica. Ya ves que tengo el corazón tan conmovido que todo me impresiona; así no he podido menos de conocer que éste no es tierno hasta que lo ablanda el amor, ni es blando hasta que lo enternecen las lágri-

(1) Byron.

mas, y por eso será tan general la crueldad en los niños y en los idiotas.

Suelto la pluma porque te vas á burlar de mi carta y á llamarla melancólica, y no concebirás que la haya escrito tu alegre y atolondrada amiga Primitiva que tanto se ha burlado de la melancolía; pero era de la enfática, negra y desconsoladora, esa ficticia hija que la afectación atribuye al corazón: la mía es suave y rosada, como los arreboles que preceden á un hermoso día. Además, Teresa, la vida nos va enseñando muchas cosas, y una de ellas es á no decir nunca «de este agua no beberé».

Dicen, y dicen bien, que el amor es un egoísmo entre dos.—Por hablarte de mí y de Félix he omitido hasta ahora hacerlo del fausto suceso que nos tiene á todos tan llenos de satisfacción, y es éste el enlace de Serafina y de Peñarreal. ¡Si era preciso que así sucediese!—¿Te acuerdas que yo fuí la primera en descubrir la simpatía que entre ellos existía y en hacérsela notar á D. Pío, que no quiso reconocerla, como que no era una calentura que salía al pulso y se curaba con quina?—Según colijo, por lo que he oído ahora, Alejandro abandonó á mi hermana porque llegó á comprender que no tenía dinero, y Carlos Peñarreal no la solicitaba, amándola, porque creía que lo tenía. ¡Válgame Dios!..... ¡Que piensen los hombres en el dinero para querer ó dejar de querer á

una mujer. ¿No es esto verdaderamente ridículo?

En el feliz desenlace de todo esto creo que ha hecho Félix el papel de buen ángel. Cuando se le dice, responde que, en recompensa, Dios le ha concedido para su felicidad el hallar aquí el tipo real del papel que representaba.—Félix dice Serafina que vendrá mañana..... ¡pero ahora está á catorce leguas de aquí!—Vuelvo, sin querer, á hablar de tu primo, y suelto esta pluma que no quiere obedecer á mi voluntad, sino seguir los impulsos de mi corazón.

(Tres días después.)

¡Teresa!..... ¡ha venido..... y con mi padre!—
¡Tres días han pasado como tres ligeros pájaros de brillante plumaje, en los que todo lo he olvidado, hasta el escribirte! ¡Perdónamelo, Teresa, en vista de que no es por falta de cariño! Es porque no me deja tu primo, que siempre busca pretextos para quejarse de que no le amo como él á mí; será porque, sin poderlo remediar, estoy á su lado callada y retraída. ¡Pues qué! ¿No conoce que no lo estaría tanto si le quisiese menos? Hoy me decía tantas veces que no era expansiva, y que era esto por falta de amor, que al fin le contesté que si me fuese á casar con D. Pío lo sería, pero que con él no me era posible serlo, y que agradándome él y no agradándome D. Pío, no

debía ser la expansión una prueba de agradar. Debí atinar en mi vindicación, porque se rió mucho y se quedó muy satisfecho.

Peñarreal, á quien quiero ya como á un hermano, está tan feliz que se ha hecho chance-ro.—Me dice que he convertido á Félix en un día á las buenas ideas sociales, no habiendo podido él en muchos años convertirle á las buenas ideas políticas; por lo cual debe la amistad ceder al amor en punto á proselitismo. Por lo visto, Félix no quería casarse nunca: le he dicho que siento que por mi causa haya desistido de su proyecto, que habría tenido la plena aprobación de las amas de llaves.—También me embroma Peñarreal con que Félix está loco por mí; á lo que le contesto que me alegraré que sea cierto y que se cumpla el referido refrán de que la locura no tiene cura.—En fin, Teresa mía, ¿qué más te diré? Que al ver á mis padres tan contentos, á Félix tan enajenado, y al sentirme tan dichosa, te aconsejo, si quieres conocer la felicidad, que ames. Pero para que sea cumplida como la de Serafina y la mía, ama de manera que cuando des el sí al hombre que va á ser tu compañero, sea mientras tu madre te abraza y tu padre te bendiga.

PRIMITIVA.

P. D. No quiero cerrar mi carta sin referirte la impresión que causó á nuestros tertu-

lianos, cuando mi madre se la comunicó, la noticia de mi casamiento. Don Pío puso mal gesto, diciendo: «¡Que..... se casa!..... Muy niña es usted para casarse. Vaya, que ese casamiento no ha bajado como los otros, sino caído del cielo. ¡Vamos, si hoy día todo va por la posta! Ya no es el tiempo un venerable anciano, como siempre se le ha representado, sino un caballo inglés de carrera.»

Don Bonoso no dió ninguna señal de sorpresa, de agrado ni de desaprobación, y me dijo con su impasible y monótono modo de producirse: «Sea en hora buena. Deseo á usted muchos años de prosperidad, felicidades, alegrías, etc., etc.»

En cuanto al comandante, aseguró que si hubiese tenido cuarenta años menos, no se habría llevado D. Félix de Vea la más bella gala de Bornos sin que él se la hubiese disputado.

Yo pensé, sin decirlo: ¡Oh inapreciables cuarenta años!

También te diré que Félix ha comprado la casa en que vivimos, y me la ha regalado, para que vengamos todos los años á pasar el estío con Serafina y Carlos. Como puedes pensar, lo primero que ha hecho es subir su salario al buen tío Miguel y á la tía Belica, que bendicen este verano como el más venturoso que han conocido en Bornos.

CARTA XXIX.

DOÑA MARIANA LA RIVA DE VILLALPRADO
Á SU HERMANA MARÍA, MONJA DESCALZA

Bornos, 4 de Septiembre.

Querida hermana: Me alegraré que al recibo de ésta te halles en la más cabal salud; yo sigo buena, así como toda mi familia, para lo que gustes mandarnos.

Esta se dirige á participarte cómo las dos niñas tratan de ponerse en estado, y es á satisfacción de Prudencio y mía, por ser ellos personas que no se las desmerecen. Pídele á Dios, hermana mía, que tengan acierto en su elección y que sean felices en su matrimonio, como, gracias al Señor, lo he sido yo.

Aunque nada tengo que oponer á estas bodas, me meto por los rincones á llorar sin que nadie me vea, porque no quiero con mis lágrimas aguar sus satisfacciones; pero considerarás, hermana de mi corazón, lo sola que me quedo. Verdad es que tengo á mi marido, ese compañero bendito que Dios me ha dado, pero quedan en la casa dos cuartos vacíos, en la mesa dos asientos desocupados y á mi lado echaré á todas horas de menos á la hija discreta y prudente, que era mi confidenta y amiga, y á la

niña cantadora y risueña, que era la alegría de la casa. Su padre está contento y sereno; pero alguna vez, cuando nos miramos, se acerca á mí, y secándome las lágrimas con su pañuelo, me dice: «¡Mariana mía, la felicidad de ellas es la nuestra!» Tiene razón, como siempre, hermana mía, pero es muy triste que después de haber criado á sus hijas con todo esmero, y cuando van pagando los cuidados y desvelos que han costado, venga un señor con sus manos lavadas..... ¡y se las lleve!

Es cuanto tengo que decirte; pronto nos veremos, porque regresamos á ésa la semana que viene. Tus sobrinas me encargan muchos cariños para ti. Darás expresiones á la Madre Abadesa y á la Comunidad, y diles á todas que rueguen á Dios para que sean felices mis niñas, y tú manda lo que gustes á esta tu hermana que mucho te estima y verte desea,

MARIANA.

Recibirás esos canastos de fruta, que es la mejor que se ha hallado, y esas gallipavas, que son de casta muy ponedera.

CARTA XXX

AL LECTOR DE ESTA NOVELA

DON PRUDENCIO VILLALPRADO Y DOÑA MARIANA LA RIVA DE VILLALPRADO *participan á usted el enlace contraído por sus hijas SERAFINA y PRIMITIVA; la primera con D. CARLOS PEÑARREAL, y la segunda con D. FÉLIX DE VEA, deseando merezca su aprobación.*

FIN DE UN VERANO EN BORNOS

